

CAPÍTULOS GRATUITOS

Lo que quedó bajo la nieve

Javier Guiroy

PARTE 1

«Sí, para nosotros es tierra en los zapatos. Sí, para nosotros es piedra entre los dientes. Y molemos, arrancamos, aplastamos esa tierra que con nada se mezcla. Pero en ella yacemos y somos ella, y por eso, dichosos, la llamamos nuestra.»

ANNA AJMÁTOVA

«Siempre que trato con hombres del campo pienso en lo mucho que ellos saben y nosotros ignoramos, y en lo poco que a ellos importa conocer cuanto nosotros sabemos.»

ANTONIO MACHADO

«A un gran corazón ninguna ingratitud lo cierra, ninguna indiferencia lo cansa.»

LEÓN TOLSTOI

I

1899

—Calla, Iliusha —susurró su madre.

San Nicolás parecía mirarlo fijamente, hasta lograr hacerlo sentir acongojado de haber roto el sagrado silencio solo por querer agradar a Katya con una broma.

Se mantuvo estático unos segundos, y poco a poco relajó sus músculos al comprobar que nadie lo observaba. Bueno, San Nicolás seguía allí, pero él era de madera. No contaba.

Las rodillas le dolían un poco, y es que llevaban mucho tiempo arrodillados. Entendía que era un día especial, y cada día así conllevaba alguna ceremonia solemne y eterna, aunque no por serlo tenía para él un significado particular. Debía obedecer, decía su papá, y ser devoto, agregaba su mamá. Lo intentaba, no es que no lo hiciera, es que simplemente no le salía.

A veces deseaba ser como su hermano Yegor, quien se entregaba en un trance místico cada vez que entraban en la iglesia. O tal vez como su hermana mayor Alina, siempre tan devota y dispuesta a servir a los demás.

Pero él era distinto. Quizás por eso quería tanto a Katya. Solo le superaba en un año, aunque parecía haber desarrollado su carácter mucho antes que cualquiera, al punto que con once primaveras ya no anhelaba ser alguien más que ella misma.

—Suba mi oración como incienso en tu presencia —exclamó con voz gruesa Grigoriy, el sacerdote de la ciudad.

Desconfiaba de él. Nunca le había hecho nada, no, pero su personalidad fría lo asustaba, y más lo hacía la influencia que tenía sobre Yegor y su padre. Sus rígidas reglas se seguían en su hogar, y con frecuencia alentaba una especie de efervescencia apocalíptica que solo traía sombras a su vida. Era en esos momentos cuando Piotr, cabeza indiscutida de su hogar, parecía descargar la angustia acumulada bajo proclamas del fin de la tierra. Por suerte, meses habían pasado ya del último episodio, y la vida parecía volver a su curso natural en Bui, la imponente fortaleza de Catalina la grande.

Illya, o Iliusha, como le decía su madre, entendería recién muchos años después que la ciudad de su infancia, esa imponente empalizada que había protegido a la madre Rusia del enemigo, no era más que una pequeña aldea rodeada de bosques sin prácticamente ninguna relevancia para el poder imperial. Pero la nieve y la distancia muchas veces tapan la realidad, y el caso es que Bui, para sus habitantes, era el lugar más importante del mundo. No era una casualidad que la gran zarina le hubiese dado categoría de ciudad hacía más de doscientos años. Nadie agregaba el detalle que cientos de aldeas habían visto elevar su condición en el mismo momento. No era necesario. Bui había sido elegida por Catalina, y hasta allí llegaba el asunto.

Tan importante era aquel detalle, que Piotr y Oksana habían nombrado a su segunda hija en honor a la gran emperatriz. Yekaterina nunca había emitido opinión por esa decisión, aunque en casa no se permitía que las mujeres hablaran libremente.

Quedó absorto por sus pensamientos por un largo momento, y fue el brusco movimiento de Piotr al levantarse lo que lo espabiló. Era hora de irse. Se preguntó por qué no habían recibido el misterio en una misa tan importante, pero no conocía todos los ritos

que oficiaba el padre Grigoriy, y, en realidad, tampoco le interesaban demasiado.

No había cruzado aún la puerta de madera cuando una brisa helada golpeó su rostro, haciéndolo sonreír. Amaba el invierno. Por momentos era aburrido, y su madre no les dejaba salir de casa. Pero cuando el clima parecía calmo y amable, no perdían la oportunidad para colarse en el bosque a jugar. Katya era siempre quien dirigía. Nadie se atrevía a llevarle la contra, ni sus hermanos ni los demás niños del pueblo. En definitiva, era mejor así. No había otra con tanta imaginación como ella, y solo siguiendo sus indicaciones podían terminar algún plan sin dejarlo a medias antes de cenar.

Ese día ya no habría tiempo. Eran pocas horas de luz para compartirlas con una ceremonia tan larga. Pero no se entristeció, sino todo lo contrario. Sabía que en esa jornada en particular la oscuridad traería alegría y entusiasmo. Cuando la noche reclamara Bui, la ciudad se cubriría de fiesta.

Su madre parecía apurada en llegar a la isba¹, y dejaron que se adelantara un poco con Alina. Eran las responsables de la cena, y todavía quedaba mucho por preparar. Piotr y Yegor, por otro lado, decidieron esperar al padre Grigoriy para luego acompañarlo a la pequeña plaza donde, si la nieve no los sorprendía, se juntarían todos los habitantes de la ciudad para recibir la bendición antes de comenzar a comer.

—Mejor para nosotros —pensó Illya. Solo quedaban Katya, el pequeño Misha y él, por lo que podrían hacer la vuelta más interesante. No tuvo ni que proponerlo, ya que su hermana repentinamente se internó un poco en el bosque y cogió unas ramas con las que armó una pequeña camilla.

—¿Se habrá dado cuenta? —preguntó ayudando a subir a Mijaíl al improvisado centro de madera.

—¿De qué? —replicó Katya.

—De que intenté hacerte una broma.

—¿Papá? No. Estaba tan concentrado en el canto, que no debe de haberse dado cuenta. De todas formas, no lo volváis a hacer. Sabes que me divierto contigo, pero en la iglesia debemos guardar silencio.

—Pensé que no te tomabas muy en serio lo que tiene el padre Grigoriy que decir.

—No lo hago, pero tampoco quiero provocar enojo en papá ni tristeza en mamá. No es cuestión de obrar porque sí. Hay que pensar antes.

—Lo siento.

—No lo sientas. No has obrado con maldad. Quizás con estupidez.

1 Casa típica rusa, construida al colocar marcos cuadrados de troncos sin un solo clavo.

—No todos somos tan inteligentes como tú —agregó Illya jocosamente.

Katya le respondió con una amplia sonrisa. Era menuda, más incluso que él. Su pelo rubio era suave y ondulado, aunque estaba firmemente atado y cubierto por un tocado que revelaba solo su rostro. No era considerada la muchacha más bella del pueblo, de hecho, Alina era mucho más hermosa, pero el carisma de Katya y sus penetrantes ojos la hacían una de las más prometedoras esposas para quien lograra cautivar a Piotr. Claro que todavía era joven, pero ya comenzaba a hablarse del tema.

—¡Más rápido! —ordenó Misha con voz dulce e infantil. Tenía tan solo cuatro años, pero ya participaba de cada juego que se proponía entre los niños de la aldea. Era el preferido de Katya, sobre todo por su personalidad rebelde en pleno desarrollo. Illya sentía celos con frecuencia, pero también se dejaba seducir por las ocurrencias del pequeño.

—¿Quieres que lo hagamos interesante? —le preguntó Katya con picardía.

—Me apetece correr un poco —insinuó con complicidad justo cuando Misha entendió qué tramaban.

Se adentraron un poco más en el bosque, hasta llegar a una pequeña colina que en su extremo oeste estaba totalmente despejada, y que en línea recta desde allí les permitiría llegar casi sin esfuerzo al poblado. Lo habían hecho muchas veces, pero no por eso dejaba de ser excitante. Como siempre, Katya fue quien dirigió la operación. Primero, debían juntar más troncos, luego, atarlos utilizando la misma corteza de las ramas.

Desde la cima se alcanzaba a notar el humo de las chimeneas. Posiblemente alguno provenía de su isba, lo cual significaba un recinto caliente e inundado de olor a coles y setas para cuando llegaran.

—¡Vamos, Misha! —gritó Illya cuando vio el trineo terminado—. ¡Debemos llegar antes de que Yegor y Alina se lo coman todo!

—¡Y papá! ¡No olvides a papá! —respondió divertido el pequeño.

—¡Eso! ¡Que es un glotón!

Katya comenzó la carrera. Debían atravesar toda la cima hasta llegar al punto donde el descenso se hacía pronunciado, y allí subirse también al trineo para conducir la operación y proteger a Misha, quien iría en medio.

—¡Más rápido! —exigió Misha—. ¡No seáis tan flojos!

La ocurrencia de su hermano hizo reír a Katya, lo que le impidió ver una pequeña raíz en su camino. Apenas la notó cuando tropezó con ella, provocando que soltara a su vez la rama que le servía para empujar.

—¡Illya! —advirtió—. Vas solo.

No importaba. Mil veces lo habían hecho de a dos, y nada había ocurrido.

Siguió empujando hasta que llegó al punto de descenso, y motivado por el entusiasmo de Misha, saltó con audacia hacia el extremo trasero del trineo. Tomó rápidamente el tronco que le permitiría darle dirección al descenso y apuntó hacia una corta planicie que disminuiría, al final, la velocidad.

Rápidamente cogieron ritmo, y el viento frío en el rostro los obligó a fruncir el ceño y a callarse por un instante para concentrarse en el camino. El bosque se mostraba imponente delante de ellos, alternando sus tonos verdes, grises y blancos, mientras que desde atrás se podían sentir los gritos de aliento de Katya, aunque ella no pudiera participar.

Illya se puso serio un instante, ignorando la repentina carcajada de Misha. De forma extraña, le parecía que habían cogido demasiada velocidad. Posiblemente la nieve estuviera demasiado compacta, o algunos rayos de sol que él no recordaba habían hecho resbaladizo el hielo.

Misha gritaba ahora de la emoción, sin notar siquiera el semblante de su hermano. Ningún grito de Katya podía ayudar desde esa distancia. Ni siquiera para avisarles de que unas rocas se habían librado de la cárcel de nieve, y que, ocultas tras un montículo, esperaban a su próxima presa.

Ni siquiera lograron verlas antes de que estas destrozaran la base de troncos que sostenía el trineo, para dejarlos luego rodar caóticamente por varios metros hasta que la misma planicie que marcaba el fin del juego detuviera la caída.

No sintió nada por un instante, ni siquiera su respiración. Se desesperó al no saber si se estaba quedando sin aire, pero un sobresalto instintivo lo inclinó, y tras un par de segundos volvió en sí. A lo lejos, notó que una figura se acercaba corriendo y tropezando a la vez. Reconoció rápidamente a Katya, y casi de inmediato se levantó para buscar al pequeño. Un llanto ahogado le sirvió para localizarlo. Misha había aterrizado a una veintena de metros y, si bien parecía pararse sin problemas, su cara estaba ensangrentada y cubierta de lágrimas.

Lo abrazó y, por primera vez, su hermano se lo permitió. Mijaíl siempre había sido reactivo a ese tipo de afecto, incluso con su madre.

—¡Misha! —gritó Katya, que parecía haberse tropezado casi tanto como ellos.

—Está bien —respondió Illya con calma para serenar el susto de su hermana—. Sangra un poco porque tiene una herida aquí —dijo señalando la frente del pequeño.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—No, Illya. No lo estás —respondió tras mirar aterrorizada el brazo de su hermano.

Solo allí lo sintió. Siempre se preguntó si fue más la desesperación de ver su brazo torcido o el dolor en sí. La mirada de susto de Katya no le ayudó tampoco para controlarse.

Comenzó a correr hacia la aldea con un loco frenesí, intentando pensar lo menos posible en su hueso y evitando caer para aumentar la tragedia. Segundos que parecieron horas, así lo recordó siempre. El bosque parecía no acabar nunca y la lejana humareda de las chimeneas se alejaba a cada paso. De pronto, sus lagrimales comenzaron a dolerle, pero un fuerte dolor en la mandíbula no le permitió llorar con libertad.

—¡Mamá! —chilló desesperadamente cuando logró distinguir la isba. Tan fuerte lo hizo, que antes siquiera de llegar a la puerta Alina y su madre salieron con prisa.

Ese fue su último recuerdo de aquel día.

* * *

Despertó sin tener noción alguna del tiempo que llevaba allí. Ni siquiera reconocía el lugar. Las paredes de aquella isba estaban repletas de libros, y solo una tintineante chimenea iluminaba vagamente el resto del mobiliario. Por un momento pensó que estaba solo, pero luego reconoció una espalda encorvada que cada tanto se enderezaba para desperezarse. Intentó visualizar quién era, pero una mano tomó su pecho para empujarlo nuevamente sobre el colchón de paja.

—No debes hacer movimientos bruscos, al menos por unos días.

—¿Mamá? —indagó Illya. Recordó al instante por qué estaba allí, y observó su brazo herido. Sin embargo, no vio sangre, ni siquiera su propia piel. Una superficie blanca y dura cubría su brazo desde el hombro hasta la mano, sin dejarlo siquiera moverse en lo más mínimo—. ¿Qué me han hecho? —preguntó desconcertado.

—Agradécele a Mister Eaton —respondió la borrosa figura al tiempo que se levantaba de su silla. La luz del hogar iluminó un poco su rostro, lo suficiente para hacerlo reconocible.

—Señor Kozlov —exclamó Illya.

—Es un milagro que haya estado aquí —afirmó Oksana levantándose a la par que su anfitrión. Kozlov era un personaje atípico en Bui. No tenía gran fortuna, pero sí había cultivado su mente como nadie en la aldea. De hecho, provenía de San Petersburgo, donde había estudiado medicina hasta casi acabar sus estudios. Fue justamente su falta de dinero lo que le impidió finalizar, y lo que a su vez le hizo decidir instalarse en algún recóndito lugar que necesitara de sus conocimientos. La vida lo llevó a Bui, y Bui lo enamoró. Sus bosques, sus largos inviernos, la simpleza de sus habitantes y la estima con que lo trataban terminaron inclinando la balanza. Con el paso de los años comenzó también a visitar la

ciudad de Kostromá, a cien verstas² de distancia, donde podía estar al tanto de los últimos descubrimientos y técnicas, además de divertirse un poco. Pero siempre volvía allí. Maksim Kozlov era, a su vez, joven y guapo, y ser el centro de la atención de las muchachas del pueblo le gustaba.

—Gracias —murmuró Illya con voz entrecortada—. Pero... ¿qué me han hecho? —preguntó al observar nuevamente su brazo.

—Es yeso de París —explicó Kozlov—. No te preocupes. Se usa mucho en las ciudades de Europa. Mantiene tu brazo quieto hasta que el hueso se recompone.

—¿O sea que está allí dentro?

—¿Dónde más podría estar? —replicó el doctor, divertido.

Illya respiró aliviado. Sentía un dolor agudo debajo de aquella amalgama blanca, pero confiaba en aquel personaje, como lo hacían todos.

—¿Estaré bien? —preguntó con cierto temor.

Oksana suspiró profundamente, y el doctor la miró con cierta reprimenda en su intensidad.

—Mira, muchacho —dijo sentándose al lado de sus pies—, es pronto para saberlo, pero es mejor estar advertido y preparado para lo peor. Tu brazo ha sufrido más de una ruptura y, si bien recuperarse del todo es una posibilidad, también puede ocurrir que no sea el mismo, y que no puedas moverlo tan libremente como el izquierdo. ¿Entiendes?

No lo hacía. Intentó imaginarse utilizando solo su brazo inhábil, pero no lo logró. De alguna manera, sentía incluso algo de fuerza en su brazo herido.

—¿Misha? —preguntó sin dar demasiada importancia a su propio diagnóstico.

—Tu hermano está bien. Ahora mismo debe de estar haciendo alguna de sus travesuras —explicó su madre—. Duerme, debes descansar.

—Haz caso —ordenó Kozlov—. Ya todo está bien.

El doctor volvió a su pequeño escritorio, donde tenía desplegados una decena de libros.

Illya cerró los ojos, y tras sentir las caricias de su madre en su pelo, entró rápidamente en un sueño liviano. Pensó antes de dejarse llevar qué sucedería si solo se quedaba con un brazo, pero nuevamente sintió algo bajo el yeso y, tras sonreír levemente, se durmió.

* * *

—Oye, deja algo para nosotros —reclamó Katya mientras Misha se apuraba por beber todo, a

2 Medida de longitud equivalente a 1,068 km. La versta se utilizó hasta 1924, cuando se adoptó el sistema métrico decimal.

modo de broma.

En la inmensidad del bosque se sentían seguros. Era algo que solían hacer cuando no tenían cosecha que levantar o siembra en la que ayudar. Por eso amaban el invierno. No los intimidaba la nieve; ¿cómo podía hacerlo, si era siempre el escenario de sus aventuras?

—Ven, dame. —Illya quitó bruscamente de las manos de su hermano el pequeño recipiente que contenía la savia del abedul. Habían dejado que se llenara por un día, y casi no quedaba nada.— Diablos, Misha —rezongó al sentirlo vacío—. No es gracioso. ¡No te rías!

—Calla —interrumpió Katya mientras miraba fijamente hacia un punto entre los árboles. Por un instante, Misha e Illya se observaron sin comprender qué podría haber visto u oído su hermana, hasta que finalmente se dirigió a ellos.— Debemos ir con cuidado. Ya estamos cerca.

Recobraron la marcha con lentitud, aunque frenaban a cada instante. Alrededor, un sinfín de abedules dominaba el terreno, dando la impresión de no acabar jamás, pero tras unos minutos reconocieron una pequeña humareda en el aire, y luego, ya más cerca, una isba en medio del bosque.

La conocían muy bien. De hecho, era su objeto de diversión de las últimas semanas, desde que la nieve había comenzado a ceder. Allí vivía un hombre de lo más particular. Su padre les había pedido que no se acercaran a él, pero Piotr casi nunca estaba en casa y, además, tampoco les había dado una razón. Solo sabían que era enorme, y que vivía desde hacía un par de años en aquel lugar. Cada tanto visitaba la aldea para comprar algunas verduras en el mercado, y podía incluso vérselo en alguna misa especial del padre Grigoriy, pero no mucho más.

El juego era simple. Debían acercarse lo suficiente para no errar, y desde allí arrojarían una piedra hacia las paredes de madera de la isba. Cuando aquel extraño hombre saliera para ver de qué se trataba, tocaba correr por el bosque hasta perderle de vista. Podía parecer un entretenimiento estúpido, pero lo divertido era escucharlo insultar a los cuatro vientos.

En general, les gustaba ir más tarde, pero Katya había sido astuta al recomendar otro horario para no caer en una trampa, por lo que ese día partieron a primera hora. Oksana estaba demasiado atareada, y tampoco sospechaba que algo raro ocurría. Los niños iban a jugar al bosque, pensaría, como prácticamente todos en aquel poblado.

Decidieron agazaparse y utilizar sus manos para acercarse. Illya solo podía hacerlo con una, ya que, si bien el doctor Kozlov le había quitado el yeso, aún no tenía fuerzas para moverlo con normalidad. A veces, el dolor era tan grande, que lloraba por horas hasta que su

madre le preparaba sbiten³ y se dormía.

La isba era pequeña, pero más que suficiente para un solo hombre. Sus dos ventanas estaban cerradas, y un vidrio empañado les indicaba que seguramente su dueño estaba cómodo y caliente.

Mejor. Más se enojaría.

Misha ya tenía una piedra en la mano, aunque en realidad nunca llegaba ni siquiera a acercarse a su objetivo. Solo Katya podría lograrlo, ya que Illya aún no controlaba su brazo derecho con soltura. De igual manera, Katya tenía una puntería excelente, por lo que los dos varones se dispusieron un poco detrás, preparados para correr cuando fuera el momento.

La piedra recorrió el trayecto en forma limpia, y con absoluta precisión golpeó una de las paredes provocando un ruido seco y fuerte.

Misha se levantó para comenzar a correr, pero al notar que sus hermanos se mantenían estáticos, volvió a acostarse.

—Es extraño —indicó Katya agudizando la mirada—. Debería de haber salido ya.

—Tal vez no está —sugirió Illya.

—¿Y dónde más, si no? No es día de feria. Además, fíjate, tiene un fuego encendido. Quizás duerme. —Tomó otra piedra cercana, y apenas levantándose la arrojó, con el mismo resultado. Sin embargo, nadie salió.

—Te digo que no debe de estar —repitió Illya.

—Está bien. Volvamos mañana —resolvió Katya antes de levantarse. Dio media vuelta mientras se quitaba la tierra pegada a su camisa, y antes de volver levantó el rostro.

Un hombre alto y barbudo los miraba fijamente. Tendría unos cincuenta años, y su tapado de piel de alce cubría prácticamente todo su cuerpo.

Illya no supo cómo reaccionar. Observó rápidamente a su hermana, pero esta parecía paralizada. Misha era quien más cerca estaba del aparecido, y aun sin poder verle la cara, comprendía que también estaba bajo pánico. Por un instante pensó en correr, pero eso dejaría al más pequeño en desventaja, y un pensamiento de culpa le impidió dar el primer paso.

Sorpresivamente, quien rompió aquella tensión fue el alto hombre.

—Conque vosotros sois quienes me molestan cada día. Vaya, si por un momento pensé que erais más grandes.

Katya intentó responder, pero las palabras quedaron presas en su garganta.

3 Bebida con base de miel, especias y hierbas curativas.

—Debería despedazarlos por arruinar mi calma —agregó con voz enfadada—. Y quizás lo haga.

—No... no es necesario —respondió Misha.

—¿No es necesario? —De repente, una risa estruendosa brotó de aquel hombre. Tan estrepitosa era, que Misha comenzó a llorar del susto.

—Vamos, vamos. No lloréis —continuó endulzando su tono—. Me has hecho reír con tu respuesta. No os haré nada. Solo deseaba asustaros un poco. ¡Y bien merecido lo teníais!

—¿Podemos irnos? —preguntó Katya—. No volveremos, lo juro.

—¿Por qué tan pronto? ¿Acaso tenéis otro compromiso? ¿Otra persona a quien perturbar? Vamos, quedaos un rato. Tengo el samovar⁴ listo para servir.

Illya miró a sus hermanos un instante, pero terminó tomando él la decisión. Era su oportunidad de ser valiente.

—Aceptamos.

—Si no nos mata —agregó Misha, provocando otra grotesca risa.

—Muy bien, entonces; venid.

Caminaron detrás suyo con miedo, aunque al entrar a la isba todo cambió. Se imaginaban un interior tenebroso y oscuro, pero encontraron un espacio bonito y acogedor. Las paredes estaban decoradas con telas de diversos colores, y la pequeña estufa alcanzaba para calentar cada rincón. Solo una cosa les provocó cierto recelo. Una larga espada colgaba de una columna de abedul.

—Mi nombre es Andrey, Andrey Morózov.

—Nosotros somos Illya, Misha y Katya —respondió el primero señalando a cada uno.

—Es un placer —replicó Andrey de forma muy respetuosa—. Lástima que no nos hayamos conocido antes. Me hubiese ahorrado varios sustos.

—Lo siento —murmuró Katya.

—Bueno, ya es cosa del pasado. Debo admitir que rompían la monotonía.

—¿Por qué vive tan lejos de la ciudad? —indagó Misha con su tono infantil.

Andrey observó un instante la ventana. Desde allí podían verse las copas de varios abedules meneándose con el viento.

—Porque quería escapar del barullo de las ciudades. De las de verdad —explicó con cierta melancolía—. Verán, soy militar de carrera. Pertenezco al Regimiento de Preobrazhenski, la impresionante fuerza creada por el zar Pedro. El grande, claro, no el inepto. Ingresé cuando tenía más o menos vuestra edad. Impresionante, el ejército ruso. Lo es sin dudas. Me ha dado

4 Recipiente metálico que sirve para hervir agua y mantenerla caliente para el té.

mucho más a mí de lo que yo he podido ofrecerle. Saben, he conocido lugares increíbles, desde desiertos desolados hasta bosques mágicos, superficies cubiertas de hielo hasta el infinito y ciudades inmensas. Y todo esto sin salir de nuestra amada patria.

—¿Y por qué abandonaste? —preguntó Katya intrigada.

—No abandoné, como dices —respondió Andrey algo molesto, aunque al instante recuperó la compostura—. Mira, así como nuestro glorioso ejército me dio momentos únicos y el orgullo de haber pertenecido a él, también hubo experiencias malas. Muy malas. No quiero hablar de ello, pero el punto es que solicité otra función dentro de mis posibilidades, y eso me llevó a San Petersburgo. En ese entonces era *stabskapitan*⁵ del cuerpo de infantería, y podía ser útil en el entrenamiento de los cadetes de la escuela Pávlovsk.

Los tres hermanos escuchaban fascinados. No conocían mucha gente. Menos aún a alguien tan experimentado. ¡Si hasta conocía la capital!

—Diez años serví allí —prosiguió el soldado—. Pero no aguanté más. La ciudad me asfixió.

—¿Hay demasiada gente? —indagó Illya.

—Sí, pero no era eso, sino algo muy distinto. Me indignaban la hipocresía, el egoísmo y la opulencia. Verán, en San Petersburgo hay mucha riqueza. Los palacios se suceden uno al otro, y compiten para ver cuál es más grandioso; carruajes adornados con oro, plata y bronce deambulan por sus calles intentando hacer visible la fortuna de su propietario, esquivando con asco la miseria de millares de hombres que se amontonan en barrios de miseria absoluta. La majestuosidad del teatro Mariinski y sus óperas no logran acallar el llanto de los niños muertos de hambre que claman sin entender por qué siempre se sienten igual. No conseguí calmar mi conciencia, ni entender cómo quienes llevaron a Rusia a ser el imperio más extenso del mundo no pudieran ver con ojos de amor a su propio pueblo.

Solo Katya e Illya lograban comprender a qué se refería el militar, aunque Misha conservaba el silencio en forma respetuosa. Algo había en la forma de hablar de ese hombre, algo romántico y sensible, pero a la vez firme y poderoso.

—En fin —prosiguió Andrey—, las preguntas que rondaban mi cabeza me obligaron a alejarme de aquel escenario y buscar consuelo en lo que yo creo es el alma de la patria.

Los hermanos percibieron cómo de repente eran observados con una suave expresión de ternura.

—Vosotros —aclaró—. Los campesinos de Rusia. Es en vosotros donde está nuestro

5 Rango militar original del ejército prusiano.

espíritu. Nunca lo había tenido tan claro.

Andrey se levantó y cogió el samovar. Tomó luego cuatro tazas pequeñas y las sirvió con cuidado.

—Ahora bebamos —indicó—. Contadme. ¿Quiénes son vuestros padres? ¿Tenéis más hermanos?

Misha vio su oportunidad para participar y comenzó a relatar con la simpleza de su edad la composición de su familia y las características de cada uno.

Illya lo escuchó un instante, pero luego notó que su hermana estaba distraída, y se preguntó qué estaría pensando. Nunca supo que Katya había entendido exactamente el reclamo del viejo soldado, y que, de algún modo, ella también se sentía así.

* * *

Era aún temprano cuando Piotr lo levantó en forma algo brusca.

—Vamos —ordenó—, debemos visitar al señor Baranov.

Illya conocía al dvoryanstvo⁶ de Bui. Más de una vez lo había visto rondando el pueblo, aunque siempre asistía solo. Al parecer, tenía familia, pero por algún motivo no frecuentaban los mismos lugares. Tampoco comprendía del todo la relación que su padre tenía con él, solo que le debía dinero por las tierras que trabajaba, aun cuando Piotr no las hubiese elegido, sino que las había recibido en herencia, junto con la deuda.

Bebió un poco de té, cogió su abrigo, su ushanka⁷ de piel de conejo y salió rápidamente. Yegor estaba ya afuera, esperándolos.

Tomaron el camino que sucedía el puente sobre el Kostromá⁸ y se dirigieron hacia la residencia Baranov, a unas cinco verstas de distancia. Al principio, el trayecto le pareció tedioso y aburrido. Piotr no hablaba mucho y Yegor a cada rato le reprendía sin motivo. No tenía mucho cariño por su hermano más grande. Tenía una mirada seria de la vida, siempre temeroso del castigo eterno y de la opinión del padre Grigoriy. Una vez, Katya le explicó que Yegor era en realidad una persona gravemente turbada e insegura y que, como no lograba controlar sus pensamientos, los trasladaba a ellos con quejas y retos.

Haciendo caso omiso a las reflexiones de su hermano, Illya decidió dejarse llevar por su

6 Terrateniente.

7 Gorro.

8 Afluente del Volga.

imaginación. El bosque siempre lo ayudaba a ello. Podía imaginarse como un rico boyardo en su fortaleza, o como un soldado experimentado similar a Andrey, combatiendo en cualquier extremo de Rusia por el zar y la patria. En general, sus escenarios ficticios incluían a Katya y Misha, pero jamás a Yegor, Alina o a sus padres.

Volvió a la realidad cuando distinguieron la cúpula bulbosa que el terrateniente había mandado construir el año anterior como símbolo de su riqueza. En la edificación habían participado, entre muchos otros, Piotr y Yegor, como servicio compensatorio por no cubrir el pago anual con la cosecha.

Cada año pasaba lo mismo. A veces hasta Misha participaba de algún capricho que Baranov les imponía. Solo un par de años antes la familia entera debió ayudar en el armado de una red y un gran espacio cuadrado que serviría para un juego de moda entre los ricos. Recordaba el día del estreno, y cómo tuvo que sostenerse con cuidado de una rama de abedul para intentar distinguir a la distancia el resultado de su trabajo.

El palacio era enorme, aunque Andrey les había hablado de construcciones mucho más grandes. Tenía al menos veinte ventanas de cara al sur, y un color celeste claro que contrastaba suavemente con los marcos blancos de las aberturas. El edificio entero estaba rodeado de un jardín sumamente cuidado, y una quincena de jardineros se encargaba de mantenerlo todo a la perfección.

Reinaba un ambiente de paz y tranquilidad, pero, extrañamente, se sintió incómodo, como si ese mágico lugar lo rechazara.

—Quédate aquí —ordenó Piotr al llegar a la escalinata de la entrada.

—Pero, Yegor...

—Yegor es el mayor, y en el futuro será quien se encargue de nuestras tierras. Debe aprender a manejarlas.

Su hermano asintió mirándolo con desdén, y subió tras su padre. Tuvieron que aguardar unos minutos antes de que les abrieran la puerta y lo dejaran solo, sin nada más que hacer que esperar.

Decidió así sentarse en el primer escalón.

Era un día claro y fresco en el que las nubes se mostraban intermitentes cuando no dejaban ver un cielo azul intenso. La vista desde allí era hermosa. El bosque se abría en una línea casi perfecta en paralelo al frente del palacio, dejando en medio una planicie verde casi perfecta, solo interrumpida por algunas islas de flores y, por supuesto, por la cancha de ese deporte extranjero.

Esperó un largo rato, pero nada cambió. Su padre no salía, y los jardineros no parecían prestarle atención. Se animó a levantarse y a caminar un poco por la prolija entrada que

atravesaba en forma recta el jardín. Un fuerte dolor apareció en su brazo derecho, aunque era tan frecuente que había aprendido a controlarlo.

—Soldado, eso —pensó *stabskapitan* como Andrey, o *kapitan*. Quizás contramaestre, si se unía a la Armada. Aunque también podría ser médico, como Kozlov, o comerciante, como algunos que visitaban la ciudad por unos días para ofrecer todo tipo de chucherías.

—¿Quién eres tú?

Levantó asustado el rostro, aunque se calmó al ver unos ojos celestes y dulces que lo miraban fijamente. No era posible asustarse frente a ella.

—¿Quién eres? —preguntó insistentemente la niña.

—Yo... yo soy Illya.

—¿Illya, qué? —replicó con cierta impaciencia. Era claro que para ella el nombre familiar era el más importante, o tal vez así le habían enseñado.

—Illya Petrovich.

—¡Ah! Eres siervo de papá.

—No somos siervos —afirmó Illya un poco ofendido.

—¿Tu padre trabaja para el mío?

—Sí, pero...

—¿Y le debe dinero?

—Eso no quiere decir que...

—Entonces eres su siervo.

—¡No! —gritó sin querer. De repente, su brazo derecho comenzó a dolerle más de lo habitual.

—Vamos, vamos. No te enojés, que tampoco es algo malo. Rusia es grande gracias al trabajo que hacéis para nosotros.

Intentó contenerse, pero aquella niña de ojos claros se lo ponía difícil.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó intentando canalizar su molestia.

—Mi nombre es Larisa Romanovna Baranova, y esta es mi casa. ¿Os gusta?

—Mucho. Es muy... bonita.

—¿Bonita? Es hermosa y, sobre todo, muy grande.

Illya no lograba reconocer si ella le estaba hablando con pedantería o con una sinceridad infantil. Por la franqueza de su mirada se inclinó a juzgarla por la segunda posibilidad.

—Lo es. ¿Vives con mucha gente?

—Mis padres, aunque gran parte del año están en Kostromá o en San Petersburgo, y mis hermanas. Son más grandes y no me hacen mucho caso.

Illya se sintió identificado. Yegor le causaba rechazo y miedo, y con Alina prácticamente no conversaba.

—¿Por qué te tomas el brazo? —preguntó Larisa agarrándole inocentemente el codo sin previo aviso.

—¡Larisa! —se oyó desde lejos.

La niña retrocedió asustada, e Illya copió la reacción sin tener idea de qué sucedía.

Un hombre se acercó rápidamente con cara de enfado. Era alto y medio calvo, y su vestimenta era extraña y limpia. Un extraño bigote adornaba su rostro, cubriéndole con sus puntas parte de las mejillas. Detrás, Piotr y Yegor le seguían mientras agitaban sus manos al cielo.

Illya creyó que aquel sujeto se dirigía a la niña, pero solo a unos metros entendió que no. Él era su objetivo.

—¿Qué diablos haces con mi hija, mequetrefe? —exclamó tomándolo del brazo dañado—. ¿Acaso no os han enseñado a respetar a una dama de clase?

No supo qué responder. Estaba asustado y percibía cómo la presión que ejercía el terrateniente acrecentaba su dolor.

—¿No dices nada? ¡Ah! Osa desafiarme con su silencio —señaló Baranov mirando a Piotr.

—¡No ha hecho nada, papá!

—Tú calla —respondió con el rostro rojo por la furia—. Ya hablaremos de esto.

Sin que nadie lo detuviera, Baranov lo tironeó en dirección al palacete. Illya intentó provocar la reacción de su padre, y luego, la de Yegor, pero ambos lo miraban con enojo y decepción. ¡Todavía no comprendía qué había hecho mal!

De pronto se vio en el suelo, y al levantar su rostro notó un pequeño tronco enfrente. Un nuevo tirón llevó su brazo hacia adelante, y luego el otro. El dolor se acentuó cuando Baranov tomó sus manos al otro extremo del madero y las ató.

Cerró los ojos e inhaló para evitar llorar. Sabía qué le esperaba. Piotr ya le había regalado en el pasado esa experiencia.

El chasquido solo lo hizo cerrar los puños con fuerza, pero no ayudó a controlar el dolor que le produjo el primer contacto. Luego la carne se separó con fuerza cuando el látigo volvió a su estado original.

—Quizás eso es todo —pensó respirando agitado, pero su deseo se frustró con el siguiente chasquido.

Por mucho tiempo se convenció de que fue el dolor lo que quedó grabado en su mente, y por más aún, el abandono de su padre, pero en el fondo siempre lo supo. Nada le afectó

más, nada lo hirió más que sufrir tal humillación frente a Larisa. Y, sin embargo, cuando el recuerdo le retorció las entrañas, siempre se calmaba al recordar sus palabras.

—¡No ha hecho nada, papá!

* * *

—No nos han dado ni una porción de tierra buena. Solo nos queda la parcela rocosa de siempre —explicó, disgustado, Piotr—. Estuve cerca de conseguirlo, muy cerca.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Oksana.

—Él —señaló Yegor—. Él sucedió.

Illya se quedó estático en el umbral de la puerta. No sabía si podía entrar o había perdido ese derecho. Por más vueltas que le daba en su cabeza, todavía no comprendía qué había hecho mal, pero seguramente había sido algo muy grave. Tanto como el dolor de su espalda. En total había recibido cinco latigazos, y habrían sido más si los gritos de Larisa no hubieran frenado el arrebato de su padre.

—Iliusha —murmuró Oksana, conmovida por la postura de su hijo.

—¿Acaso lo tratarás con dulzura cuando ha causado la ruina de nuestra familia? —exclamó Piotr—. No lo permitiré. ¡Quédate fuera! Yo seré quien diga cuándo puedes entrar en esta casa. ¡Y tú no lo impedirás! —agregó dirigiéndose a su esposa antes de cerrar la puerta de la isba.

De pronto, no hubo más ruido. Nadie en los alrededores hablaba, y del interior de la vivienda no salía ni un susurro. Se había quedado solo, pero esta vez se alivió de que fuera así. Necesitaba un poco de tranquilidad y alejarse del caos que había, sin querer, provocado.

Caminó con lentitud hacia el bosque, procurando mantener la espalda bien recta para que las heridas no rozaran constantemente con su camisa. Una vez solo, se la quitó y su piel se lo agradeció.

Sin ningún rumbo fijo vagó entre los abedules hasta que se sintió muy cansado, y allí decidió sentarse por un momento. Sus músculos estaban agotados, y aún persistía ese dolor intermitente en su espalda que le hacía olvidar por momentos el del brazo. Solo cuando el cuerpo le dio un respiro, recordó toda la escena y comenzó a llorar. Al principio fue un llanto reprimido y mezclado con dolor físico, pero luego pasó a ser emocional, y su cara, pecho y panza se llenaron de lágrimas que caían a borbotones hasta hacerle difícil respirar. No supo por cuánto tiempo estuvo así, pero cuando no le quedaron fuerzas para seguir ya era casi de noche.

No podía volver a su casa, ni tampoco quería hacerlo. Pensó en dormir allí mismo, pero luego se le ocurrió una mejor idea. Tomó su camisa y se dirigió al único lugar donde sabía que sería bien recibido.

Unos minutos después distinguió el humo en el aire, y luego, la choza. Tocó la puerta con suavidad. No quería provocarle un susto.

—¡Muchacho! —dijo Andrey al asomar el rostro por una ventana—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Illya entró sin decir nada a la isba y abrazó al militar, quien justo antes de responder el gesto observó las heridas aún abiertas de la espalda.

—Pero, ¿qué diablos ha sucedido?

Se sentaron e Illya se lo contó todo desde su perspectiva. Quería que alguien le explicara qué había hecho mal y qué debía hacer para remediar la situación.

—No, Illya, no está en tus manos —resolvió Andrey al final—. Te explicaré un poco cómo funciona nuestra sociedad. En nuestra amada patria no somos todos iguales. Más bien lo contrario. Tú eres un campesino, y no precisamente de una familia enriquecida. En ese caso todo sería distinto. Como la abrumadora mayoría de la población, sois la base de nuestro sistema, por no decir que estáis debajo del mismo.

—Somos siervos —indicó Illya.

—No... y sí —respondió Andrey—. La servidumbre no existe desde hace cuarenta años, pero en la realidad perdura, de alguna manera. Verás, cuando el zar Alejandro II, el abuelo del actual, vivía promulgó la liberación de los siervos. Después de siglos de esclavitud los campesinos de Rusia eran libres. Sin embargo, la libertad no era suficiente. Un campesino sin tierra no es nada, y la reforma tocaba insuficientemente la distribución de ella. Por eso, a muchos antiguos siervos no les quedó otra opción que comprar pequeñas porciones de tierra a sus antiguos amos. No tenían dinero, nunca lo habían tenido, por lo que debieron hacerlo a través de promesas de pago en el futuro. Pero, claro, casi todos los que se sometieron a este sistema quedaron atados de por vida a sus deudas, que, además, crecen con el tiempo. Esa es la razón por la que la servidumbre sigue existiendo en Rusia, y, en definitiva, muchacho, es el motivo de esos latigazos.

—No comprendo qué relación tiene con Larisa.

—Debes entender esto, Iliusha. Aquí, en la profundidad de nuestra patria, las distintas clases no se relacionan entre sí más de lo indispensable. Tú has roto esa costumbre, y Baranov lo ha tomado como un insulto. Su hija está destinada a relacionarse con la alta sociedad de Kostromá, o incluso de San Petersburgo, y su reputación debe ser intachable. Él ha intentado procurar eso dándote a ti y a todos una lección.

—De que no debo hablar con ella.

—Ni con nadie de su familia.

—Pero papá ha ido a hablar con él.

—A suplicarle algo, supongo. Es el único lenguaje que entienden.

—¿Y tú, Andrey? ¿Acaso tu padre no era campesino?

—Lo era, pero yo he hecho la carrera militar, y aunque tiene límites claros para alguien sin nobleza en su sangre, sí que permite avanzar en la escala social.

—¿Es la única manera?

—No. Hay algunos músicos o escritores que han llegado lejos gracias a su talento, pero con ese brazo herido no te veo en el Bolshoi de Moscú —explicó con humor.

—Militar, entonces.

—Pues sí. Aunque debes tener cuidado. Para un campesino el ejército puede ser algo muy duro. Nos mandan al frente de batalla en las peores condiciones, somos muchas veces simples números en los mapas de campaña o, peor aún, puede que hasta os hagan disparar contra nuestro propio pueblo, por razones que desconoces.

Illya notó que las últimas palabras afectaron a Andrey, y que al darle la espalda tomó dos pequeñas copas.

—Imagino que tomas kvas⁹.

—No. Me imagino que podré de más grande.

—Hijo, hoy has recibido varios latigazos. Ya no eres un niño. Andrey dispuso una copa repleta frente a Illya, y este tomó apenas un sorbo. Era suave, y hasta algo dulce.

—De todas maneras, acabarás en el ejército —señaló Andrey—. Tu hermano Yegor deberá sumarse en poco tiempo. Es obligatorio, aunque solo por unos años. Luego puede retornar a su condición de deudor eterno de Baranov.

—Por lo que todos podemos salir de esta situación, si permanecemos como militares.

—No, muchacho. Si quieres resaltar de los cientos de miles de reclutas que se suman cada año al ejército, debes ser justamente diferente. Tú tienes una razón más.

—¿Cuál?

—Tu brazo. Si no logra curarse del todo, poco puedes servir en las tropas.

Illya agachó un poco la mirada, angustiado.

—No dejes que tu debilidad te domine, Iliusha. Tómala y hazte más fuerte con ella.

—¿Cómo puedo ser más fuerte, si apenas puedo moverme con facilidad? —replicó con

9 Bebida tradicional a base de harina o centeno.

un enojo fruto de la impotencia.

—Puedes lamentarte toda tu vida y resignarte a ser un lisiado que siempre deberá bajar su rostro ante Baranov y su gente.

Illya meneó la cabeza. La mención del aristócrata lo montó en cólera.

—O —añadió Andrey, advirtiendo la reacción del niño— puedes sobreponerte y trabajar en aquello que pueda llevarte más lejos que cualquier músculo herido que tengas.

—¿Y qué es eso?

—Tu mente, chico. Tu mente.

Illya no comprendió del todo el argumento del militar, pero una imagen apareció repentinamente en su cabeza: Larisa, sus hermosos ojos y su súplica para que no le latigaran.

—¿Me ayudarías con eso?

Andrey sonrió y, tras guiñarle, tomó su copa.

—*Tvoió zdorovie!*¹⁰

* * *

Era una semana muy especial en Bui, como en toda Rusia¹¹. La reflexión, la culpa y los escrúpulos se habían apoderado de la pequeña ciudad inmersa en el bosque, llenándola de ese mismo misterio que Illya buscaba explicar en la llama de su cirio. Su estómago rugía, y se sentía algo débil, aunque su corazón esperaba con alegría y emoción las palabras del padre Grigoriy.

Ese año había participado en todos los ritos. Se sumergió en el agua fría del río en el jueves limpio, sufrió con los demás la representación de la muerte de Cristo, ayunó hasta el extremo, siguiendo el ejemplo de Yegor. Y ahora, después de recorrer toda la semana con una inesperada devoción, sentía su fin con más expectativa que cualquiera. Además, sabía que el día siguiente estaría cargado de juegos y humor, algo que su ánimo necesitaba.

La noche reinaba desde hacía horas, aunque doscientas velas juntas creaban cierta visibilidad, ayudadas por la luz de la luna que se colaba entre los altos abetos que rodeaban la iglesia de la Anunciación.

El ambiente era cautivador, en especial para los ojos de un niño. Solo había una

10 ¡A tu salud!

11 La Iglesia ortodoxa se guía por el calendario juliano, no el gregoriano.

combinación que podría lograrlo. Fuego y oscuridad. Las personas parecen distintas, pensaba Illya, como si una parte de ellas solo saliera a la luz cuando esta no existía.

A su lado estaba Andrey. Durante las semanas anteriores prácticamente había pasado cada instante con él, con la excepción de las últimas noches. Piotr se había calmado y Oksana le permitía ahora ingresar a la isba, aunque no esperaba a que saliera el sol para marchar nuevamente al bosque.

Al principio iba solo, pero luego fueron sumándose Katya y Misha, que acabaron entusiasmados con la idea de escuchar las historias del viejo militar. Claro que, para recibir esa recompensa, primero debían cumplir con las arduas tareas que les imponía. El alfabeto era el primer objetivo, e Illya ya soñaba con los símbolos de tanto verlos. Katya parecía comprender todo más rápido, pero bueno, siempre había sido la más lista. Lo que le preocupaba era que Misha le seguía el ritmo, ¡con solo cuatro años! Debía esforzarse más si no quería quedarse atrás.

De pronto, las puertas de la iglesia se abrieron, y de su interior salió el padre Grigoriy con las manos alzadas.

—¡Cristo ha resucitado!

—¡En verdad ha resucitado! —respondieron en coro todos los fieles.

En tan solo unos segundos la iglesia se llenó de luz. Eso era lo que más esperaba. Ingresaron y cientos de velas lo enceguecieron un instante, al tiempo que los feligreses se unieron a un cántico solemne y hermoso. Lo conocía. Su madre se los había enseñado para poder participar juntos en familia.

La ceremonia duró dos horas más. En otra ocasión se habría aburrido, pero siempre le fascinaba la misa de Resurrección. Solo Misha se quedó dormido.

Al salir el ambiente de alegría era contagioso. Hombres que usualmente ni se hablaban terminaban fundidos en un largo abrazo; alguna que otra niña aprovechaba la oportunidad para saludar al chico que le gustaba, y hasta Piotr lo besó en la frente.

Era realmente un nuevo comienzo, una oportunidad para cambiarlo todo. Sospechaba que todo sería igual, pero la idea de una transformación tan rotunda era simpática.

Esa noche no durmió. Prefirió descansar de costado mientras observaba la chimenea, y pensaba en todas aquellas cosas que le gustaría que fueran distintas. Su primer encuentro con Larisa, la relación con su padre, la tristeza casi permanente de su madre, su condición de siervo. Larisa de nuevo.

Se sorprendió al notar que sus hermanos se levantaban y que algunos rayos de luz entraban por la ventana. No había descansado nada, pero sonrió y se levantó con energía.

—¡Pascua! —gritó Misha al levantar a sus padres.

—Sí, Misha —respondió su madre suavemente—, es Pascua.
—¡Huevos! —exclamó el pequeño.

Katya ya estaba hirviendo la remolacha, lo que tiñó rápidamente el aire de un aroma suave y dulce. Alina también se levantó con premura y se dispuso a preparar el *kulich*¹² de ese año. Le encantaba hacerlo, y a todos su resultado. Además, siempre dejaba que los más pequeños lamieran los utensilios con los que cocinaba.

Illya quiso quedarse a ayudar, pero su padre lo llamó, junto a Misha y a Yegor. Salieron de la isba al tiempo que los vecinos varones hacían lo suyo, y se encaminaron al bosque. No tardaron mucho en encontrar arbustos de enebro, y durante unos minutos juntaron suficientes ramas como para rodear su hogar. Luego Piotr los juntó a una distancia suficiente para que el fuego no llegara a las vigas de la isba, y con un puñado de brasas sobrantes de la chimenea comenzó a soplar. Poco a poco surgió una llama que se expandió con tranquilidad por toda la circunferencia, soltando un olor cautivador a pino fresco con resina quemada. De todo Bui brotó la misma humareda, y si bien se disipó rápidamente, dejó a su paso un aroma sutil que los acompañaría varios días. De esa forma sus viviendas quedaban purificadas y evitaban que se propagaran enfermedades.

Solo cuando las llamas se habían apagado del todo ingresaron de nuevo a la isba. Ahora el efecto de la remolacha hervida y el *kulich* en el horno fue demoledor. Incluso Piotr esbozó una sonrisa mal disimulada.

Los huevos llevaban un largo rato tiñéndose en el caldo, por lo que Katya decidió que sería un buen momento para comenzar la decoración. Menos Piotr y Yegor, todos se sentaron en la larga mesa de madera de abeto y cada uno tomó uno. Luego, con pequeñas varillas, mancharon las puntas en diferentes extractos que Oksana había preparado el día anterior. Bayas, cebolla, repollo, resina y demás.

Era posiblemente el momento más feliz del año para los niños. Katya siempre los sorprendía a todos con sus juguetas sobre la cáscara teñida, aunque Illya intentaba no quedarse atrás.

Tardaron más de una hora en preparar la canasta, justo el tiempo necesario para que Alina considerara que su *kulich* estaba listo. Luego esperaron un instante a que se enfriara y salieron en dirección a la iglesia. Pero esta vez no les esperaba una larga ceremonia, sino una alegre celebración. Más de cien personas ya habían llegado, entre ellos Andrey, Kozlov y, por supuesto, el padre Grigoriy.

Illya se coló entre los llegados y distinguió tras de ellos una larga mesa, que pareció

12 Bizcocho esponjoso tradicional de la Pascua rusa.

llenarse poco a poco. Katya se acercó también a ella y dispuso los huevos de su familia en una canasta. Había ya unas veinte, y seguramente faltaban otras tantas. Poco tiempo después, en aquella mesa no cabía nada más.

No era aún mediodía cuando el pueblo llenó la plaza de la ciudad. Ilya saludó respetuosamente a casi todos. Los conocía, eso era inevitable, aunque no por ello les guardaba el mismo afecto. Había algunos borrachos empedernidos que solo se arreglaban para una celebración así; una que otra vieja mujer que hablaba todo el tiempo mal de quien no estuviera presente, niños que lo molestaban. Pero eran, de alguna forma, su mundo, y le costaba imaginar que fuera de Bui hubiese mucho más. Sin embargo, Andrey había creado en él la inquietud por averiguarlo, y sabía que no era el único.

—Cuando pueda, me largo de aquí —le había asegurado Katya en más de una ocasión. Era una afirmación polémica para una mujer, pero él la comprendía, y no le importaban lo más mínimo las diferencias de sexo.

—¡Que comiencen los juegos! —exclamó el padre Grigoriy haciendo callar a los demás.

Los adultos se alejaron un poco de la mesa repleta de comida, dejando espacio a los más pequeños. Uno a uno, estos fueron tomando los huevos que se habían dispuesto en la mesa, aunque en general escogían alguno de los que ellos mismos habían pintado. Ilya tomó uno con varios puntos violetas que le había llevado varios minutos decorar.

Luego se dispusieron en línea y el padre Grigoriy los fue llamando de a dos. Era un juego divertido. Los niños golpeaban su huevo contra el oponente, y quien terminaba el choque con el suyo intacto pasaba a la siguiente instancia. En general, él no duraba mucho. Se necesitaba cierta fuerza y suerte, y no se caracterizaba por ninguna de las dos. Además, tuvo que coger su huevo con la mano izquierda, lo que causó la risa de varios muchachos de su edad.

Cerró los ojos cuando le tocó su turno. Sin embargo, los abrió nuevamente cuando notó una textura líquida en su mano y su cáscara en perfecto estado. Sonrió sin buscar ofender a su oponente, quien aun así le devolvió una mirada vengativa.

Siguiente instancia, una niña un par de años más grande que él. No se llevaban bien, o más bien ella no era muy amable con él. No sintió culpa cuando le destrozó el huevo sin sufrir él ni un rasguño. Estaba con suerte, y comenzó a sentirse entusiasmado. Miró al resto de los participantes y se alegró aún más al ver que Misha y Katya seguían participando.

El siguiente niño tenía su cáscara un poco dañada, por lo que le resultó fácil romperla un poco más. Miró a su padre y, complacido, notó que le sonreía. Katya, a su vez, parecía avanzar sin problemas, aunque a ella no le demostraran nada. Percibió esa diferencia, y en la siguiente instancia prestó atención a si alguno de sus padres se fijaba en ella.

Pero no, solo importaba él. Era el hombre que quedaba en juego tras la eliminación de Misha. Le pareció injusto y hasta estúpido, y en las siguientes fases se preocupó más por si Katya seguía adelante que por su propio desempeño.

De pronto se encontró con que solo quedaban ellos dos. Los ojos de todos los presentes se posaban en sus huevos, expectantes de saber quién sería el ganador ese año. Illya pensó en las consecuencias que habría si ganaba. Ya no se burlarían tanto de su brazo lisiado, ya que solo haría más rotundo su triunfo. Por otro lado, si ganaba Katya no habría tanto festejo. El año anterior había sucedido con otra muchacha, y las felicitaciones dejaron mucho que desear.

La miró a los ojos y presintió que ella pensaba lo mismo. Seguramente quería vencer, pero entendía que todos los demás esperaban el resultado contrario.

—¡Ahora! —ordenó el padre Grigoriy.

Los dos acercaron sus huevos con velocidad y por un instante la aldea se quedó en silencio. Los participantes miraron sus manos para averiguar cómo había acabado aquello y comprobaron que el huevo de Illya se había quebrado a la mitad, en cuanto el de Katya se mantenía intacto.

Hubo algunos vítores alejados, y por supuesto que se mantuvieron las formalidades de coronar a la vencedora, pero, como era esperado, la euforia prácticamente no apareció. Un par de muchachas se acercaron a Katya para abrazarla y saludarla, pero el resto de los presentes se dirigió hacia las mesas donde almorzarían.

Illya miró a su padre y se acongojó al ver que lo observaba decepcionado. Decidió alejarse un instante hasta que los demás solo tuvieran en su mente lo que comerían y beberían, para que así se olvidaran de él. Solo Andrey se percató de su reacción.

—¡Pero muy bien, chico! ¡Has llegado a la final!

—Sí —respondió sin mirarle a los ojos—. La desaprobación de su padre le había dolido mucho.

—¡Vamos! ¡Ánimo! El año que viene quizás sea tu oportunidad.

Illya miró a su hermana. Katya rebosaba de alegría, y sus amigas se reían a su lado. De pronto, se sintió mejor. Había resultado. No lo había hecho del todo consciente, y quizás ella hubiera ganado de igual modo, por lo que decidió guardar el secreto de que justo antes de impulsar su huevo, lo había apretado fuertemente para ayudar a que se rompiera. Ahora Katya le había robado la sonrisa a media aldea, acrecentando la suya propia. Sintió su pecho inflarse de orgullo.

—Sabes, de alguna forma he ganado.

Se quitó el sudor de la frente con el antebrazo. Llevaban horas repitiendo la misma tarea y el sol primaveral ese día los alumbraba con toda la fuerza que había guardado en los meses previos.

—¡Debes ser más rápido! —gritaba Piotr a cada instante, pero su brazo derecho se resentía nuevamente, y con la izquierda no era tan hábil. Aun así, casi lograba alcanzar la velocidad de Yegor, por lo que, por más gritos que le propiciara su padre, estaba, dentro de todo, satisfecho.

Era época de cosecha, posiblemente el momento más importante del año, y toda la familia participaba, de alguna manera, en la labor. Los hombres cortaban los manojos de cebada con la guadaña, armaban las gavillas y luego las juntaban en pequeñas pilas que se disponían al sol para secarse bien. Por su lado, las mujeres separaban los granos ya secos de los tallos cortados con anterioridad para luego esperar su turno en el molino de la aldea. Debían tener todo listo para cuando el Mir¹³ los autorizara a usarlo.

Piotr se ponía especialmente nervioso esos días, y no era para menos. De la cosecha debían separar una cuota establecida en el consejo para cumplir con las obligaciones con el zar, y recién luego podrían ver realmente cuánto tenían para sobrevivir hasta la próxima temporada. Era un arduo trabajo y más de una vez el resultado final había sido prácticamente nulo. Peor aún si llovía demasiado o muy poco, y en esos casos la situación se hacía realmente desesperante.

Ese año, al menos, el tiempo había sido benévolo, y se notaba en la tranquilidad de Oksana. Gran parte de la producción se vendería en conjunto con el resto de los campesinos en el mercado de Kostromá, y desde allí a Moscú o incluso a San Petersburgo.

—Menos mal —pensaba Illya mientras cortaba los manojos—. Si la cosecha fuera mala, seguramente me culparían a mí de sus desgracias por haber frustrado el pedido a Baranov de una parcela mejor.

El padre del terrateniente había sido hábil, como la mayoría de su clase, al reservarse las pocas porciones de tierra negra de la zona tras la emancipación de los siervos. De ese modo, mantenía su posición de control sobre Bui, y aunque algunos campesinos libres habían prosperado moderadamente, no podían compararse ni remotamente con el poderío del noble.

13 Los campesinos rusos se organizaban en Mir, es decir, comunidades organizadas que distribuían las tierras arables y a su vez recolectaban los impuestos para el gobierno zarista.

—¡Es hora de comer! —gritó Oksana con fuerza para que le escucharan.

Enderezó su espalda y la estiró con energía, llevando sus brazos hacia atrás.

Solo por eso logró verla. Escondida tras un abeto, una niña lo observaba con detenimiento. Estaba a una distancia considerable como para distinguirla, aunque supuso, por la vestimenta, de quién se trataba. Por un instante no supo qué hacer. Temía la reacción de Piotr, e incluso la del padre de la muchacha, pero, por otro lado, su corazón se agitó y un nerviosismo agradable brotó de sus entrañas. Debía tomar una decisión con premura. Su padre y sus hermanos ya se dirigían hacia donde estaban las mujeres.

—¡Seguiré trabajando! —exclamó sorprendiéndose a sí mismo por su iniciativa.

Piotr lo miró un instante, pero luego no le hizo caso, y lo dejó solo en medio del cultivo. La cebada tenía un buen tamaño, y aunque no alcanzaba para taparlo totalmente, si fingía estar agachado para cortar con la guadaña podía lograr no ser visible. Claro que no tenía demasiado tiempo. Los refrigerios de los campesinos siempre eran frugales y no alcanzaban a generar pereza en quienes los ingerían.

La niña seguía allí, por lo que se dirigió hacia ella sin enderezarse. Al parecer, era una posición graciosa, ya que Larisa comenzó a reírse y debió taparse la boca para no llamar la atención.

Solo al llegar y poder quedar oculto tras el árbol irguió su espalda.

—Eres gracioso —señaló ella liberando su sonrisa.

Illya sonrió, sin saber qué responder. Larisa era preciosa, con su pelo suave y ondulado. Además, ahora sí pudo apreciar el color de sus ojos con más precisión.

—¿Qué hacen?

—Cosechamos —respondió Illya, aliviado de poder responder y no quedar como un estúpido—. Junto a mi padre y mis hermanos cortamos la cebada, y luego las mujeres separan el grano para terminar de secarlo.

—¿Son tierras de mi padre?

—No. Son nuestras. En realidad —aclaró—, son de la comunidad. Nos las repartimos en función del tamaño de cada familia.

—¿Y por qué tu padre fue entonces a pedirle favores al mío?

—Porque el tuyo posee las mejores tierras, muchas más de las que necesita.

Larisa asintió, y le sonrió sin causa.

—¿Cómo lograste venir hasta aquí? —preguntó él—. ¿No pasará nada si no te encuentran?

—Mi padre no está en casa. Viajó hace una semana a San Petersburgo, por lo que estoy casi todo el día sola. Tengo criados, por supuesto, pero creen que estoy en mi habitación,

jugando. Una vez que cierro con llave, no me molestan. Solo debo estar antes de la hora de comer.

—¿Y no es a esta hora?

—No, vosotros coméis muy temprano.

—Es porque nos levantamos muy temprano.

Larisa asintió, pero pasó un rato largo hasta que volviera a hablar.

—¿Te duele la espalda? —indagó la pequeña para cambiar de tema.

—Ya no. ¿Quieres ver?

Se levantó la camisa, pero Larisa puso tal mueca de horror que tuvo que bajarla rápidamente, ahora con vergüenza. No supo qué decir por un instante, y la situación se hizo incómoda.

—Lo siento —dijo finalmente ella.

—¿Por qué lo sientes tú? —preguntó conmovido Illya.

—Fue mi padre...

—Precisamente, fue tu padre, no tú. De hecho, recuerdo que fuiste la única que intentó frenarlo.

Larisa dejó escapar una lágrima mal disimulada que lo conmovió como nada lo había hecho antes. Tomó el mentón de la pequeña y lo alzó para mirarla a los ojos.

—Si algo me consoló en su momento fueron tus intentos de protegerme. Yo debo agradecerte, más que aceptar tus disculpas.

Logró que Larisa sonriera mostrando alivio en su expresión.

Seguramente el almuerzo estaba a punto de acabar, por lo que debía volver rápidamente a su trabajo.

—Debo irme, mi padre no debe vernos, si no... ya sabes.

—Pero quiero que nos veamos nuevamente —interrumpió la muchacha con decisión.

—Es peligroso.

—No me importa. Me aburro en casa y quiero aprender todo de vosotros... y de ti.

Illya pensó rápidamente cómo podrían hacerlo, y se le ocurrió una idea.

—¿En qué momentos te dejan sola?

—Tengo una institutriz, pero por el momento está en Kostromá visitando a su madre enferma, por lo que tengo mucho tiempo.

—Bien, en una semana acabaremos el trabajo. Podremos encontrarnos en ocho días a las afueras de tu... villa, a esta hora. Te llevaré a conocer al hombre más interesante de nuestra ciudad.

—¡Esperaré ansiosa!

—¡Igual yo!

—Adiós, Larisa.

—Hasta pronto, Illya.

Volvió con prisa a ocupar su lugar y se tranquilizó al notar que su padre todavía no volvía. Estaba feliz, feliz y ansioso. Larisa se acordaba de su nombre, y quería verlo nuevamente. Era riesgoso, sí, pero algo dentro de él lo animaba a hacerlo, sin importar las consecuencias. Seguramente Andrey podría ayudarlo. Ese mismo día, al llegar la noche, lo visitaría, y con una taza de té de por medio le contaría cómo había sido el momento más bonito de su vida.

* * *

Tarea difícil, la suya. Al principio no supo cómo decirlo, hasta que ya era muy tarde y decidió dejarlo para otra ocasión. Pero era el único tema que gobernaba sus pensamientos, y tras dos días de ansiedad extrema reunió fuerzas para contarlo.

Por un instante Andrey pensó que se trataba de una broma, hasta que entendió la seriedad con la que venía el asunto.

—No. —Había sido su respuesta.

—Por favor, Andrey, te prometo que...

—No.

Todo cambió cuando Illya, en vez de llorar como un crío, expresó sus razones con total claridad.

—¿Acaso no me enseñas tú que somos todos iguales ante los ojos de Dios?

—Sí, pero es muy osado. Podrías tener problemas. —Andrey intentó ocultar el hecho de que tenía temor de las represalias, pero su joven alumno sabía qué cartas jugar.

—Sería una forma excelente de poner en práctica tus ideas sobre los cambios que necesita Rusia.

Luego vino una hora muy extraña en que ninguno habló, lo cual no quiere decir que no se dijeran nada. Los ojos y los gestos eran suficiente reemplazo.

Finalmente, el militar cedió, aunque con condiciones muy estrictas.

—Nadie debe enterarse, ni tu padre, ni tu madre, y, sobre todo, no debe llegar a oídos de Baranov.

—Lo juro. Convenceré a mis hermanos de lo mismo.

—Es Katya la que me preocupa.

—Con ella puedo razonar. Misha es, tal vez, quien tiene la lengua más suelta, pero confía en mí. Será una tumba.

—Bien, en caso de ser así, acepto. Pero te advierto, no tendré consideraciones porque sea hija de un terrateniente. En mis clases todos deben respetarme por igual y completar las lecturas.

—Créeme, es muy inteligente, y si se ha fijado en mí es porque no se considera ni mejor ni peor que nadie.

—Ve, habla con tu hermana —replicó finalmente Andrey.

Sorpresivamente, Katya se mostró gustosa de la nueva compañera de estudios. Era otra mujer, al fin y al cabo, y además le llamaba mucho la atención la vida de las clases altas. Misha se tomó el asunto como un juego y prometió no decir ni una palabra.

Así, esperó con más nerviosismo aún la llegada del día pactado. Por suerte, Larisa también lo recordaba con exactitud, y cuando él fue a buscarla a las afueras de su residencia la encontró sentada en un tronco cortado, mientras observaba el juego de una pareja de *sneguires*¹⁴. Sin decirse prácticamente nada, se tomaron de la mano y se dirigieron a la isba de Andrey, lo que les llevó al menos una hora.

Illya temió por un momento que Larisa lo encontrara aburrido, pero la caminata fue de lo más agradable. No hacían falta palabras, era un día soleado y el bosque vibraba en todo su esplendor.

Cuando llegaron a la choza del militar encontraron a Katya y a Misha en la entrada. Habían llegado unos minutos antes, pero querían esperarles para que Larisa se sintiera más cómoda. Y así fue. Casi de inmediato, las dos mujeres congeniaron, y ya reían a la par cuando Andrey abrió la puerta.

—¡Me alegra veros! A todos —agregó guiñándole a la niña noble.

Larisa se inclinó levemente, como le había enseñado su institutriz, y Andrey le devolvió una tierna carcajada que rápidamente la libró de todo protocolo. Tomó su samovar y sirvió cinco tazas de madera.

—Me imagino que habéis completado vuestra lectura —indagó mientras repartía la bebida.

—¡Claro que sí! —afirmó Katya, quien notó luego la confusión de Larisa—. Debíamos leer un cuento del gran autor Aleksandr Puschkin.

—*La zarévna muerta y los siete guerreros* —aclaró Misha para llamar la atención, aunque en realidad no lo había leído, aún no sabía hacerlo, pero sí que había escuchado toda la historia

14 Pequeño pájaro colorido, muy presente en la cultura rusa.

mientras Katya lo hacía.

—Muy bien. ¿Conoces acaso tú también la historia? —preguntó Andrey a Larisa.

—No. He leído algunos textos de él, pero no precisamente este.

—Es muy entretenido —interrumpió Illya, buscando impresionar a la muchacha—. Trata sobre una dulce y gentil zarevna que causaba envidia en su madrastra, la zarina. Esta tenía un espejo mágico que podía hablar, y justamente así se enteró de que la pequeña iba a ser mucho más hermosa que ella.

—Para impedirlo —prosiguió Katya queriendo dejar en claro a Andrey que todos habían completado la lección—, decidió enviar a su criada y a la zarevna al bosque, donde esta última debía morir. Pero Cherniavka, la sierva, no pudo hacerlo. En cambio, decidió dejarla abandonada y confiar en que la suerte la salvara.

—¡Y los guerreros la salvaron! —exclamó Misha.

—Sí, bueno, algo así —explicó Katya—. Mientras vagaba por el bosque buscando una razón a su mala fortuna, encontró una isba donde refugiarse. Estaba vacía, aunque habitada. Al principio, dudó si quedarse o no, pero al distinguir varios íconos llegó a la conclusión de que allí vivía gente de bien. Prefirió limpiar todo hasta que llegaron, pero el cansancio la venció y se acostó por un instante.

—Mientras dormía —continuó Illya— llegaron a la isba siete guerreros de largos bigotes. Quedaron sorprendidos al notar tanta limpieza, y cuando se preguntaron qué había sucedido, la zarevna se despertó. Increíblemente, los guerreros se enternecieron con su historia y le permitieron vivir con ellos el tiempo que quisiera.

—Pero la zarina se enojó —interrumpió nuevamente Misha.

—Porque el espejo le aclaró que la zarevna seguía siendo más hermosa —explicó Katya—. Decidió entonces encargarse ella misma del asunto y, disfrazándose de una mendiga, fue a visitar a la princesa. Esta, en su gentileza, le ofreció pan, y a cambio la malvada zarina la obsequió con una manzana envenenada. Claro que esto la zarevna no lo sabía, y al primer mordisco se desplomó por el suelo.

Andrey se levantó y rellenó su taza. Como él no hablaba, bebía.

—Cuando los guerreros volvieron, encontraron a la princesa en ese estado, y pensaron que estaba muerta. Esperaron tres días a que despertara, pero cuando vieron que no tenía sentido, la llevaron hacia una caverna en una montaña cercana y la dejaron allí, dentro de un ataúd de cristal.

—Por suerte, un caballero que estaba destinado a casarse con ella la había buscado todo el tiempo —dijo Illya con un tono optimista, queriendo imprimir entusiasmo al relato—. Y gracias a un consejo del viento la encontró en la caverna. Allí rompió el cristal y,

sorprendentemente, la zarevna despertó. La historia concluye con su retorno al palacio y la muerte de la zarina del disgusto.

—¡Qué bien lo habéis relatado! —concluyó Andrey—. Es un avance importante. Solo habéis tenido una semana. Creo que podemos pasar a textos más complejos.

—¿Divertidos? —preguntó Misha.

—Algunos sí, otros simplemente importantes. No todo es divertido, y es conveniente que aprendáis lo que no lo es.

Larisa se mostraba fascinada. Todo el entorno era especial y nuevo para ella, tanto que se sentía dentro de un cuento.

—Aprovecharemos que tenemos una nueva estudiante —indicó Andrey— para pasar a libros que nos hablen de nuestra sociedad. Dime, Larisa, ¿qué clases de libros te hace leer tu institutriz?

—Muchos, a decir verdad. Shakespeare, Alexandre Dumas, Molière y, por supuesto, las sagradas escrituras.

—¿Quién te gusta más?

—Es difícil de decir. Si debo elegir un libro, este no estaría entre los que me ofrece la señorita Vólkova. Una de mis hermanas me regaló hace un año una novela extranjera. Mark Twain es su nombre. Es muy entretenido.

—No he sentido hablar de él, pero podrías presentarnos sus historias la próxima semana. Veo, además, que no hay muchos autores rusos en tus clases.

—No. Papá quiere que nos eduquemos en la cultura francesa e inglesa. Dice que para la rusa ya habrá tiempo.

—Es una pena. Rusia le ha dado al mundo grandes escritores, algunos de renombre internacional. Pero bueno, ahora que estáis aquí podréis verlos. De más está decir que no debes difundirlo.

—Contad conmigo. No desperdiciaré esta oportunidad. No me he divertido tanto en años.

—Bien. Ustedes tres —señaló a los hermanos— debéis leer esta obra. —Tomó un pequeño libro de la mesa a su derecha y se lo ofreció a Katya.

—*Almas muertas* —leyó—. De Nikolái Gógol.

—Precisamente —indicó el veterano—. Es una de las obras que más me gustan, y su autor, un verdadero genio —señaló tocándose la cabeza con un dedo—. Quizás podáis sentirlos algo identificados en su lectura. Solo tengo una copia, por lo que tendréis lecciones separadas. Ustedes leerán a Gógol, y tú, Larisa, presentarás al autor americano.

Los cuatro niños sonrieron entusiasmados. Para Illya y sus hermanos aquellas lecturas les

abrían un mundo nuevo de interrogantes y aventuras. Para Larisa, una perspectiva totalmente diferente de sus novelas. Ahora debía relatarlas, contarlas con emoción y locuacidad, y eso, de alguna manera, era divertido.

Volvieron juntos hasta la villa de Baranov, donde esperaron que Larisa se colara nuevamente entre las ventanas de su habitación, y luego retomaron el camino a su isba. Prefirieron acortar camino por el bosque, y se sorprendieron silbando al unísono una melodía pegajosa.

Illya miró a sus hermanos y sonrió sin querer dar una explicación. Tenía algo de hambre y sabía que así sería el resto del día, pero de todos modos pensó que no habría momento más feliz que aquel, y que, si por él fuera, solo cambiaría una cosa en su vida: no tener que dejar a Larisa en otro lugar, sino acompañarla, así fuera a los confines del mundo.

* * *

—Debéis quedaros aquí —ordenó Oksana—. Además, seguro que está así de mal por alguna seta que debéis haber comido en el bosque.

Katya e Illya se miraron al tiempo que intentaban recordar, pero no, no había sido una seta. Seguramente Misha había tragado alguna baya sin consultarles, o había ingerido demasiado té en la choza de Andrey. De todos modos, no estaban muy preocupados. Su madre siempre lo exageraba todo, y Misha vivía tragando lo que no debía. Además, en Bui tenían un médico que estaba pronto a llegar. Cómo pagarle sería otro asunto.

—Si vuestro padre se entera, se las agarrará con vosotros —amenazó, aun cuando a ella misma le aterrorizaban los arrebatos de Piotr. Aunque siempre hacía lo mismo. Los espantaba al máximo, pero cuando el padre llegaba los terminaba protegiendo. De todos modos, era muy probable que Piotr no volviese aquel día. Había partido junto a otros campesinos con destino a Kostromá, donde esperaban vender los frutos de la cosecha. Eran días tranquilos en la isba.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Kozlov. Oksana le abrió con premura y el médico entró después de sacudirse un poco las botas, seguido luego por Alina, quien había salido para solicitar su ayuda.

—Gracias, señor Kozlov, por venir con tanta rapidez.

—Es un placer, señora Petrova. —El joven médico era siempre muy respetuoso, además de elegante, sobre todo considerando que en Bui era fácil ensuciarse.— ¿Cómo anda tu brazo, chico? —preguntó dirigiéndose a Illya.

—A veces me duele, incluso en ocasiones no puedo ni levantarlo.

—Paciencia. Será una recuperación lenta. Lo importante es que siga allí, ¿no?

Illya asintió, no demasiado conforme con el diagnóstico.

—Veamos al pequeño. —Kozlov se sentó al lado de Misha, comenzó por tocarle el rostro y luego por hacer suaves masajes en su pequeño estómago. Los demás hermanos miraban detenidamente sin entender nada, y Oksana ya se agarraba el pelo vaticinando lo peor.

Solo una persona estaba encantada con aquella visita, aunque nadie lo sospechara. Era comprensible, Maksim Kozlov era el hombre más codiciado de la aldea. Su pelo suave caía sobre sus hombros en forma de pequeñas ondulaciones y sus ojos eran muy expresivos, por no hablar de su caballerosidad y lenguaje fluido.

Katya se había fijado en él varios meses antes, y cada vez que volvía a verlo quedaba hechizada de algún modo por su presencia. Tanto como para dejar de preocuparse por Misha.

—No es nada. Malestar de vientre, eso es todo. Debéis hacerle una infusión de *távolga*¹⁵. Si no tenéis, yo puedo ofrecerlos. Traje suficiente de mi último viaje a Yaroslavl.

—No podría pagarlo —indicó Oksana—. ¿Hay otra cosa que pueda hacer?

—Señora Petrova, si he venido a Bui no ha sido precisamente para hacer fortuna. Además, ¿qué haría yo si el pequeño Misha empeorara? —preguntó con simpatía.

—Es usted muy amable.

—Podemos zanjar el asunto con una invitación para almorzar su famoso Borsch caliente —propuso Kozlov.

—Estaremos encantados, pero debemos esperar a que mi esposo vuelva.

El médico asintió y sacó de su bolso un manojito de *távolga*. Luego de dárselo a Oksana, se dirigió nuevamente hacia la puerta.

—Esperaré ansioso el regreso de Piotr —afirmó a modo de saludo. Justo antes de cruzar el umbral, notó que Katya lo miraba fijamente, sin poder disimular una sonrisa involuntaria. Le guiñó un ojo como haría con cualquier niño a modo de juego, y partió.

Solo que Katya no lo tomó de la misma manera, y desde ese momento no dejó de pensar ni un instante en él.

15 Hierba usada en la medicina tradicional rusa.

II

1902

Inhaló profundamente y cerró los ojos. No estaba nervioso, pero sí algo inquieto. Todos habían pasado por lo mismo un instante antes, y ahora era su turno.

—El diablo se había sentado detrás de la estufa y lo escuchó todo —recitó en voz alta—. Se alegraba mucho de que la mujer del campesino hubiera inducido a su marido a alabarse: se había jactado de que, si tuviese mucha tierra, no temería ni siquiera al diablo.

«De acuerdo», pensó el diablo, «haremos una apuesta tú y yo: te daré mucha tierra y gracias a ella te tendré en mi poder».

Notó que Larisa estaba encantada con su relato, lo que lo animó a proseguir con un tono más vigoroso. Lo había practicado tanto, que por momentos no necesitaba pensar en las líneas siguientes, y en forma espontánea acabó observando al minúsculo público con detenimiento mientras las palabras simplemente salían de su boca. Podía recordar a las mismas personas en el mismo lugar solo tres años antes, aunque si se vieran entre sí, probablemente no se reconocerían. Solo Andrey seguía igual, aunque tal vez con más canas.

Quien más había cambiado era, sin lugar a duda, Katya. Lo primero que podía distinguirse en comparación con la niña intrépida del pasado eran sus senos. En menos de un año se habían desarrollado de tal manera que igualaban o superaban a los de Alina. Incluso Oksana había tenido que modificar sus prendas para que las pudiera lucir sin incomodidad y sin despertar miradas indecentes de los demás jóvenes del pueblo. Pero no era lo único. Había crecido, su cuerpo era ahora más esbelto y sus caderas se marcaban con definición. Podía competir en belleza con su hermana mayor con la ventaja de tener una personalidad alegre y vivaz, además de poseer una educación guardada con recelo de provocar sospechas. Su pelo era largo y suave, y lo solía recoger hacia el pecho para dejar a la vista la sutil figura de su espalda.

Larisa era más alta y delgada, y usualmente trenzaba sus mechones rubios de una manera delicada y práctica. Los años habían aumentado la intensidad de sus ojos, que inmovilizaban a Illya cada vez que se acercaban.

Entre ellos dos había surgido una relación extraña. Se amaban, eso estaba claro. Illya no dejaba de pensar en ella, y, por lo que él entendía, era mutuo. De alguna manera se habían

mostrado el uno al otro el amplio espectro de experiencias que ofrecía la segmentada sociedad rusa, pero más allá de eso existía un sentimiento sincero de cariño y preocupación. Sin embargo, no podían mostrarse en público así. No, su amor era un secreto entre ellos, Katya, Misha y Andrey. Ni siquiera Oksana lo sabía, ya que, si por algún motivo se lo contaba a Piotr, todo se destruiría en un santiamén.

Podía a veces darse cuenta de sus propios cambios. Se había estirado, lo suficiente como para alcanzar a Yegor, aunque este era más robusto. Su voz era ahora grave y sus brazos resistían mucho más el esfuerzo físico que antes, aun el derecho, que a veces por extensos períodos no le dolía.

—Dos metros de tierra, de la cabeza a los pies, era todo lo que necesitaba —exclamó, queriendo resaltar con la gravedad de su voz la frase final.

Sorpresivamente, Andrey se levantó de la silla y comenzó a aplaudir, invitando a los demás a hacer lo mismo. Illya se sonrojó, y tras sonreír se inclinó para agradecer tal reconocimiento.

—Increíble —juzgó Larisa—. Estamos muy orgullosos.

—Es una obra extensa para aprender de memoria —dijo Andrey—. Y muy interesante. El mensaje que da Tolstoi es rotundo y, a la vez, evidente. Katya, ¿cuál es la idea central de la obra?

—La ambición humana.

—Así es —afirmó el militar—. La ambición que ata al hombre a necesidades que, realmente, lo esclavizan. ¿Necesitaba más tierra Pajóm?

—Pues al principio sí —afirmó Larisa—, pero a medida que obtenía tierras necesitaba más y más. Allí estuvo su error; en no saber cuándo detenerse.

—Y en no comprender que su felicidad no la encontraría en el cuánto —agregó Katya.

—Yo creo que hay una crítica a la sociedad —opinó Illya.

—Muy bien —respondió Andrey—. ¿Por qué lo crees?

—Porque el origen de su necesidad de tierras era legítimo, y a su vez era injusto que tuvieran que pagar tanto dinero al ayudante de la propietaria. Pajóm se vio obligado a despertar su ambición, de otro modo su vida hubiese sido miserable.

Andrey estaba orgulloso de que sus alumnos usaran palabras que posiblemente sin aquellas lecciones jamás escucharían.

—Las multas que les imponía la propietaria eran por faltas de los campesinos en sus tierras —replicó Larisa—. ¿Acaso os parecería justo que cualquiera ajeno a vuestra familia alimentara a sus vacas con tu heno o robara nabos de vuestra huerta?

—Claro que no. Pero quizás lo hacían porque la propietaria tenía muchas tierras y ellos,

nada.

—No deja de ser hurto. Ella tenía derechos sobre sus tierras.

—Lo que nos lleva a discutir sobre si el ser humano tiene derecho sobre la tierra — interrumpió Andrey, visiblemente entusiasmado con la controversia—. ¿Acaso la tierra tiene un nombre debajo del musgo, o somos nosotros quienes creamos esa idea?

Los alumnos se quedaron en silencio. Era una pregunta difícil, y no entendían bien el punto.

—La tierra debe tener un dueño —insistió Larisa—. Si no fuera así, Rusia sería caótica.

—¿Y si esa misma tierra tuviese muchos dueños, de modo que cada uno tenga la oportunidad de labrar su propia suerte? —sugirió Katya, dejando a la aristócrata en silencio un instante.

—Eso implicaría quitarles la tierra a los actuales dueños —respondió finalmente sin levantar su rostro.

Todos comprendieron que estaban pisando terreno pantanoso, y que Larisa podía sentirse mal si continuaban hablando del tema de manera frontal.

—Es un tema complejo, muy complejo —indicó Andrey para cortar la incomodidad latente—. Pero importante, por eso creo conveniente que estudiemos a autores que ya se han referido al tema, todos con diferentes perspectivas.

—Me gustaría —afirmó Katya.

—Muy bien. Tendrán tiempo para leerlos. Por suerte tengo los libros necesarios, aunque debo admitir que sería riesgoso que se divulgara que los poseo. En especial uno —agregó asintiendo con la cabeza—. Katya, leerás a Konstantín Pobedonóstsev. Misha debe hacerlo contigo, aunque, como siempre, debes ayudarlo.

—Entiendo mucho de lo que leo —replicó el aún pequeño Misha. Su cuerpo era alargado y sumamente flaco, aunque parecía ser la secuencia lógica en la familia Petrov.

—Lo sabemos, pero estamos sumando complejidad a las lecciones. Misha, has aprendido más a los siete años que cualquier ruso en toda su vida. Si quieres seguir en esa vía debes ser también humilde y entender que a veces necesitamos una ayuda.

El niño asintió un poco enojado, pero nadie le dio importancia.

—Bien, Larisa, es tu turno. Plejánov es el indicado para ti. Cuidado, es muy complejo. Yo debí recurrir a un amigo en San Petersburgo para que me ayudara a comprenderlo. Si tienes dudas, guárdalas para la próxima lección.

—¿Defiende mi postura?

—La opuesta. Precisamente por ello debes leerlo, si quieres defender tus ideas, o las de tu familia, con verdadera solidez.

El libro era muy pequeño, tanto que parecía en realidad un conjunto de cartas sujetas por una tapa dura. Mejor, pensó Larisa, si además de complicado era largo, correría el riesgo de admitir que no había comprendido nada.

—Illya, Mijaíl Speranski es tu objetivo. Consejero de dos zares y amigo de Napoleón, un personaje de lo más interesante. Tengo precisamente una recopilación de sus cartas en donde trata el asunto de las tierras rusas. Terminemos esta lección. Tenéis mucho que hacer, aparte de leer.

—¿Cosas que hacer? ¿Acaso mamá nos ha dado algún mandato? —preguntó el más pequeño.

—No, Misha —explicó Katya—, debemos prepararnos para mañana. ¿O acaso has olvidado que es la víspera de Iván Kupala?

* * *

Estaba muy entusiasmado. Sería una noche mágica, mucho más que las anteriores, y por un sencillo detalle: Larisa iría.

Cuando Andrey se lo informó en privado no lo podía creer. Nunca dejaban que Larisa participara en las fiestas del pueblo, mucho menos en una tan animada y, además, nocturna. Y es que la verdadera magia de Iván Kupala sucedía cuando el sol se escondía y comenzaba la noche más corta del año. Solo hasta el último momento Andrey se animó a correr el riesgo, pero ante los insistentes ruegos de la muchacha y la seguridad de que Baranov no se encontraba en Bui, terminó por resignarse. Larisa iría como su sobrina, una llegada de Moscú para visitarle por pocos días. Había conseguido ropa de una de sus criadas y ensuciaría un poco su pelo unas horas antes para cubrir su fachada. Por lo demás, no habría tanto problema. Baranov jamás le había permitido visitar el pueblo y nadie la conocía. Ni siquiera Piotr la recordaría, y Yegor no era problema, ya que llevaba meses trabajando en la construcción del ferrocarril que uniría Vladivostok con Khabarovsk.

Cogió una camisa blanca que Oksana había limpiado horas antes, y tras arreglarse un poco el pelo abandonó la isba para ver cómo los últimos rayos del sol acariciaban las puntas de los abedules que rodeaban el pueblo.

El ajetreo en el exterior era incesante. Muchos hombres llevaban sus carretas repletas de leña en dirección al río, mientras las jóvenes de la aldea decoraban sus trenzas con flores y pequeñas ramas. Más de una mujer colgaba en cada abertura de su isba un manojito de ortigas para proteger su hogar de los espíritus que rondarían el pueblo durante toda la

noche, y el mismo padre Grigoriy las ayudaba arrojando agua bendita en las puertas. Era un espectáculo que se repetía año a año, pero que no dejaba de sorprenderle. Esa noche no importaba quién era más pobre o rico, tampoco qué reputación tenía uno. Los prejuicios quedaban encerrados y se liberaba un jolgorio que no hacía distinciones.

Katya y Misha salieron de la isba al mismo tiempo, y tras encontrarse los tres fuera se dirigieron directamente hacia el río. En el camino se unieron varios niños más, algunos compañeros de juego de Misha, un puñado de amigas de Katya, y hasta un par de desconocidos que seguramente estaban de paso por la ciudad. En solo unos minutos ya podían distinguir el divertido alboroto que se concentraba en la ribera del río. Cada veinte o treinta *sazhen*¹⁶ se levantaba una torre de leña, lista para ser encendida. Además, por toda la orilla había antorchas y lámparas de aceite iluminando varios metros en dirección al río. Illya supuso que en plena noche quizás podrían ver la orilla opuesta.

—¡Por fin llegáis! —se escuchó a una distancia considerable. Reconocieron primero a Andrey, que con su considerable tamaño se acercaba sonriendo. Más cerca, pero muy diferente, se hallaba Larisa.

Illya se acercó con cierta prisa para comprobar su atuendo y lanzar una que otra broma, pero cuando la tuvo enfrente no se le ocurrió ninguna. Por más harapos que Larisa usara, seguía siendo la mujer más perfecta que jamás había visto. No había manera de disimular esos ojos.

—¿Y? —sugirió ella.

—Estás... muy bien. Nadie os reconocerá.

—¿Sigo guapa?

—Mucho —respondió Illya con voz entrecortada.

—Me alegra. ¿Qué haremos ahora?

Illya dio media vuelta y vio a Alina caminando entre las muchachas recién llegadas.

—Ven, te falta algo.

No fue necesario que Illya se lo pidiera a su hermana. Apenas esta la vio, colocó una corona de flores en el pelo sucio de la aristócrata.

—¿Ahora debemos ir al bosque?

—No —explicó Illya—. El Leshi, el gran amo del bosque, no se contentará si arruinan su tranquilidad este día. Más tarde nos dejará entrar a los jóvenes.

—Hablas como si lo conocieras.

—Para ser sincero, repito la historia, pero no creo en esas cosas —aclaró intentando

16 Medida superior a los dos metros.

demostrar madurez.

—Es una pena —replicó ella—. Es lo más lindo de nuestras fiestas.

Illya no supo cómo ser consecuente después de haber defendido lo contrario, y se mantuvo en silencio.

—¿Qué otros seres mágicos aparecen este día? —preguntó Larisa, dándole una nueva oportunidad de fascinarla.

—Las *rusalki*, ninfas de los ríos, y Vodianoi, el genio del agua. Es a él a quien más respeto hay que tenerle. Es capaz de ahogar a quien niegue su poder, o eso dicen. Sin embargo, esta noche permite que nos sumerjamos para recordar el bautismo de Cristo en manos de Juan Bautista. Según el padre Grigoriy, es en ese momento en que se liberan todos los espíritus y demonios, justo cuando descienden los ángeles, haciendo del mundo un lugar mágico y tenebroso a la vez por unas cuantas horas. Incluso se afirma que solo por hoy se puede oír a las plantas hablar, y que incluso los helechos florecen por unos minutos.

—¿Lo has visto?

—No, ni nadie que conozca. ¡Ven! Comenzarán los saltos.

Ya casi no quedaba luz natural, y seguramente se encontraban allí todos los habitantes del pueblo. Piotr y Oksana habían llegado a último momento, pero ya ayudaban al resto de los adultos a prepararlo todo para seguir la costumbre al pie de la letra.

—¿Tienes miedo al fuego? —indagó Illya.

—No. A veces me quedo horas en casa mirando las llamas de nuestra chimenea.

—Me refiero a saltar sobre él...

—¿A saltar? —preguntó sorprendida, pero no consiguió la explicación de Illya, sino de una pareja de esposos que repentinamente tomó velocidad y, con las manos enlazadas, saltó sobre una pequeña hoguera. Al caer, sus manos seguían aferradas entre sí, por lo que el resto de los espectadores comenzaron a aplaudir y gritar frases incongruentes por el ruido.

—Si caen con las manos juntas, quiere decir que seguirán amándose por mucho más tiempo. Si, en cambio, se sueltan, se les augura una pelea o tal vez una separación.

—¡Qué rotunda conclusión!

—Sí, pero es graciosa. Además, quienes tienen verdadero miedo de las llamas no se arriesgan.

Otra pareja se atrevió, con igual desenlace. A medida que más se atrevían, también aumentaba el jolgorio. Hasta el padre Grigoriy parecía fuera de sus cabales.

Unos minutos después, un muchacho tomó la mano de Alina y se dirigió a la hoguera. Illya notó cómo Piotr miraba con desconfianza, pero a la vez sabía que no podía interponerse, al menos no esa noche. Los jóvenes saltaron con destreza, y al caer alzaron

sus manos para que todos vieran que seguían juntos, provocando la aclamación respectiva.

—¿Acaso tu hermana está casada? —le preguntó Larisa al oído.

—No. Este es el momento de los pretendientes. El más importante, de hecho. Quienes desean en el futuro estar juntos saltan para comprobar si Dios bendice su unión, y nadie puede oponerse luego, ni siquiera el padre Grigoriy. Sería contradecir la voluntad divina.

Cinco parejas más saltaron, pero solo dos lograron completar la prueba con las manos unidas. Fue en ese momento en el que sucedió algo sorprendente, tanto que fue el tema de conversación del pueblo por varias semanas.

Un hombre se acercó a Katya. Al principio, ni ella podía creer que era la solicitada por el apuesto joven, pero luego tomó su mano con fuerza y se dirigió hacia la hoguera. La luz de las llamas rebeló el rostro del pretendiente, que, para alivio de Piotr y alegría de Oksana, era el de Kozlov.

Illya también se emocionó al reconocerlo. Katya estaba profundamente enamorada de él. No había día en el que no ofreciera algún comentario sobre su deseo de casarse con el médico, y ahora saltaban juntos. Al caer comprobaron que seguían unidos, y copiando el gesto de Alina levantaron sus manos, solo que esta vez la ovación fue abrumadora. No solo duró varios minutos, sino que despertó el llanto de alegría de sus padres y la envidia de casi todas las muchachas de Bui.

Menos una.

—¡Vamos! —propuso Larisa tironeándole la mano.

Le dio algo de temor pasar frente a los demás, pero no podía oponerse, y la verdad es que tampoco quería hacerlo. Si ella deseaba saltar con él, así se haría, y el mundo entero debería verlos.

De pronto se vieron en el punto desde donde habían partido todas las parejas, y percibiendo cientos de miradas fijas en ellos comenzaron a correr. Larisa no paraba de reírse mientras avanzaban, pero él estaba totalmente aterrorizado. Sus padres, el padre Grigoriy, Andrey, todos los estaban observando, y seguramente lo reprenderían luego por saltar la hoguera siendo tan joven. En el caso de Katya era distinto, las muchachas solían casarse desde una edad muy temprana.

El potente calor les avisó de que debían saltar, y Larisa tomó la iniciativa apretando fuertemente su mano para dar el primer paso. De alguna manera, el mismo temor los hizo impulsarse con vigor para dejar bastante lejos la posibilidad de quemarse los pies, y antes de notarlo ya tocaban el suelo nuevamente. Un nuevo apretón en la mano les confirmó que seguían juntos, por lo que levantaron con orgullo los brazos para confirmárselo al resto de los presentes.

Para su sorpresa, los aclamaron con ímpetu, y hasta le pareció que Piotr aplaudía con cierto orgullo. ¡Qué suerte que no sepa quién es realmente mi compañera!, pensó aliviado mientras se apartaban para dar lugar a otros pretendientes.

—¡Fue impresionante! —exclamó Larisa visiblemente excitada—. ¡Debemos repetirlo! ¡Ahora!

—No podemos. Solo hay una oportunidad por año.

—¡Pues el año que viene!

Illya la observó con detenimiento. Había veces que no descifraba si Larisa era sincera con sus acciones o si a veces eran parte de un juego, pero esa noche decidió quitarse la duda.

—Entiendes qué acabamos de hacer, ¿no?

—Claro que sí. Le mostramos a toda la ciudad que nos queremos.

—Más aún. Que estamos prometidos uno al otro, Larisa, que en un futuro nos casaremos —explicó mientras sentía cómo su corazón se agitaba. De pronto sintió miedo, miedo de no ser correspondido, miedo de caer en ridículo.

Pero no.

—Era hora de que se enteraran, aunque no tengan idea de quién diablos soy —respondió esbozando una tierna sonrisa—. Al menos Andrey y tus hermanos son testigos.

* * *

Un fuerte aroma a hierbas lo despertó. No había dormido mucho, pero aun así se sentía con tantas fuerzas que se levantó de un salto. Solo Oksana estaba despierta, aunque se movía en absoluto silencio para no interrumpir el sueño de Piotr.

Illya comprendió que no podría hacer mucho allí, por lo que, tras tomar un bollo de canela horneado el día anterior, abandonó la isba y se sentó en uno de los escalones de la entrada. Bui parecía dormir con la misma tranquilidad de sus hermanos. Tanto, que posiblemente era la única alma en las callejas de tierra que rodeaban la aldea. Luego de acabar su desayuno salió a caminar, y por un largo rato simplemente paseó por los mismos lugares que recorría cada día.

Bui era preciosa pero pequeña, y con tan solo unos minutos podía recorrérsela de punta a punta. Así lo hizo, hasta que se aburría. Seguía sin ver a nadie, ni siquiera a algún niño que se hubiese dormido demasiado temprano la noche anterior. Los festejos habían acabado muy tarde, y la mitad de los habitantes habían esperado al alba para mojarse el

rostro con el rocío matutino antes de dar por finalizada la celebración. Ahora los hombres se recuperaban de su borrachera y las mujeres, del trabajo que les había significado reconducirlos a sus isbas.

¿Cómo podía Katya seguir durmiendo, si su emoción seguramente era tan grande como la de él?, se preguntó desconcertado. ¿Acaso no comprendía que sus sueños se estaban cumpliendo? Ya podía imaginarse con Larisa, viviendo en una casa propia, cerca de la ciudad, pero a la vez internados en el bosque, donde podían pasar las largas noches de invierno conversando y compartiendo las historias de sus lecturas. Podrían quizás visitar muchos de los lugares donde ocurrían los cuentos que Andrey les daba para leer, y tal vez mudarse a alguno de ellos, siempre y cuando Larisa lo hiciera con gusto.

Pensó que, si él no podía dormir, quizás su reciente prometida tampoco, y quizás, con un poco de suerte, pudieran verse. Se dirigió al bosque por la senda que solo ellos conocían y que acortaba la distancia en al menos veinte minutos. Solo cuando vislumbró el tejado del palacete tomó las precauciones usuales para no ser descubierto. No habían acordado aquella visita, por lo que posiblemente ella jamás se enteraría de su presencia, pero aun así existía la posibilidad de verla desde lejos. Para él era más que suficiente.

Los jardines que rodeaban el hogar señorial estaban en una calma casi estática. No se veía ni un jardinero, ni siquiera un simple siervo, y por más que aguardó por un largo rato, nada cambió. Acabó durmiéndose por un momento, aunque al despertar vio la posición del sol y entendió que no había pasado más de una hora. El silencio seguía siendo el mismo, y hasta para un lugar tan poco vivo como aquel tanta quietud era extraña.

Meditó sus opciones. Podía tomar valor y acercarse a los jardines, e incluso a la escalinata principal, aunque con el riesgo de ser visto y provocar cierto revuelo entorno a su persona. Por otro lado, podría seguir allí con la esperanza de que Larisa saliera sola.

La espera terminó por decidirlo. Seguro de que no había nadie en el jardín, se ocultó tras una hilera de rosales que acababa a menos de diez *sazhen* de distancia del muro exterior. Desde allí pudo ver algo del mobiliario del comedor, aunque ni un ser humano. Se fijó en las ventanas superiores, pero estaban completamente cerradas, como si alguien no quisiera que entrara ni un rayo de luz.

—Vamos, Larisa. Asómate —murmuró.

Pero nada sucedió. Ya estaba corriendo demasiado riesgo como para sumarle un grito o un aplauso a su visita, y como nada cambiaría con su silencio, concluyó que era una misión imposible. Esta vez la increíble calma del lugar se volvió una ventaja, ya que no tuvo problemas en recorrer nuevamente el jardín en dirección contraria. Solo cuando llegó al linde del bosque notó cierto movimiento, aunque en el extremo noreste de la villa.

—Quizás... Es muy arriesgado —reflexionó. Aunque si inventaba una historia lo suficientemente convincente podía pasar desapercibido y averiguar qué diablos sucedía. Extrañaba tanto a Larisa que se atrevió nuevamente a exponerse, solo que esta vez convenía internarse nuevamente en el bosque y dar un largo rodeo para terminar en aquel rincón. Además, podía buscar setas para armar su papel con más detalle. Demoró al menos media hora en encontrar suficientes, pero finalmente consideró que estaba listo.

Era una mujer quien limpiaba el césped del señor Baranov y rompía la extrema inactividad que rodeaba el caserón. Illya estaba seguro de no haberla visto nunca, lo que volvía su personaje más creíble.

—Buenos días —saludó con voz alta y clara.

A la criada le tomó un instante enderezar su espalda. Tantas horas en la misma posición le hacían olvidarse de cómo era pararse erguida. Lo miró un instante con desconfianza, sin soltar su rastrillo de hierro.

—Poseo setas para vender al señor de la casa —agregó Illya, que percibió algo de reticencia en aquella sierva—. Están a muy buen precio.

—No nos interesa, muchacho. ¡Vamos! ¡Vete! —ordenó señalando el bosque con su mano ennegrecida por la tierra.

—Pero si es prácticamente un regalo — insistió—. No deseo llevármelas a casa. ¿Acaso no las queréis vos? —sugirió buscando una segunda oportunidad.

—No queremos nada de ti —reafirmó la sierva inclinándose nuevamente para seguir con su tarea—. Además, el señor no está en casa.

—Pero quizás su familia.

—Ninguno está. Se marcharon temprano con dirección a San Petersburgo.

Illya percibió una fuerte presión en su pecho, seguida por una extraña dificultad para seguir hablando.

—¿Han dicho cuándo volverán?

La sierva dio media vuelta sin levantarse, pero en vez de enojarse más aún por la insistencia del muchacho, se detuvo un instante y evaluó sus ojos. Illya no podía controlar su impulso y su rostro revelaba ya dos surcos marcados por pequeñas lágrimas.

—No lo harán, pequeño. No pronto, al menos —afirmó con una repentina dulzura—. Baranov quiere que sus hijas se críen con los ricos de la capital y no aquí. Además, la mayoría de sus negocios están allí, por lo que será difícil verlos en un largo tiempo.

Ya no pudo aguantarse. Su mundo caía en pedazos, y lo que unas horas antes era ilusión y esperanza ahora estaba ahogado en un dolor que no conocía y enturbiaba su mente. Sintió de pronto que su brazo derecho volvía a dolerle, pero, en vez de esperar que pasara, apretó

su mano con fuerza buscando aumentar su tormento. Quizás así no pensaría un segundo en cómo su felicidad se esfumaba, y que ahora debía soportar vivir sin Larisa.

—Puedo comprarte las setas —propuso la sierva, conmovida por la reacción del joven—. Aunque debo advertiros de que no poseo mucho dinero.

Illya dejó la mercancía en el suelo y se levantó con lentitud.

—Lléveselas —murmuró—. Se las regalo.

Caminó con torpeza hacia el bosque, sin siquiera mirar dónde pisaba, hasta que al llegar al pastizal que precedía a los abedules se tropezó, quedando hundido entre la hierba. Pero no se levantó. Su rostro quedó pegado al suelo húmedo y sus brazos permanecieron extendidos sin orden alguno. Y allí, escondido y arropado por la naturaleza, ahogado entre breves recuerdos y bocanadas de aire con sabor a tierra, lloró.

* * *

Andrey alzó bien en lo alto su cubeta, y tensando los brazos fue inclinándola poco a poco hasta dejar que cayera el agua en su rostro. Era un hábito que tenía desde pequeño, y sin el cual no podía arrancar el día. Dejó luego que el líquido se colara entre los mechones de su pelo y empapara la camisa y los calzones. No importaba si hacía frío o calor, la rutina era la misma. Luego movía su cuerpo de la misma manera que los perros mojados, y tras estirar los brazos al cielo nuevamente como si lo pudiera tocar, abría los ojos y comenzaba sus tareas con energía y optimismo.

Solo que ese día estaba un poco melancólico, y sabía muy bien que la causa era su soledad. No le guardaba rencor. Él mismo la había buscado al retirarse del ejército y al escoger a Bui para calmar su mente. Pero había pasado ya cierto tiempo y, además, los pequeños Petrov y Larisa lo habían acostumbrado nuevamente al contacto humano. Se había encariñado tanto, que los veía ya con ojos de padre, y la partida de la pequeña aristócrata la había vivido como tal. Había pasado un mes, pero los efectos habían sido catastróficos. En primer lugar, por su lógica ausencia. La picardía de Larisa y su natural aceptación al orden establecido era esencial en sus lecciones. Sin embargo, la segunda consecuencia le dolía más.

Illya había quedado devastado. No asistía a las clases, prácticamente no se dejaba ver, y las únicas noticias que recibía de Misha y Katya no eran alentadoras. Parecía que su alma se hubiese ennegrecido, haciéndole ver el mundo en constantes penumbras.

Precisamente Illya era quien siempre le había preocupado más, y por una sencilla razón:

eran parecidos. Esa sensibilidad la podían reconocer solamente seres iguales, y él veía reflejado todo su carácter en el pequeño campesino. Sabía que con tiempo se recompondría, y que incluso lo haría más fuerte, pero no le deseaba ese camino a nadie. Y en ese momento, mientras algunas gotas traviesas terminaban de bajar por su pecho, volvía a plantearse la razón de por qué la soledad era un bien preciado en su vida unos meses antes y hoy era lo contrario. Se preguntó también si era momento de crear su propia familia. Reconocía ahora que le fascinaba la idea de tener hijos propios, y una mujer en su cama en las largas noches de invierno parecía una imagen agradable.

Después de desperezarse, cogió como cada mañana su hacha y se dirigió hacia un montículo de leña seca que nunca parecía achicarse, sino lo contrario. Necesitaba solamente un par de leños, y tras recogerlos volvió a la isba para preparar el samovar que bebería lentamente durante toda la mañana. Ese día no tendría visitas, por lo que optó por dedicarse exclusivamente a una tarea que venía postergando por meses.

Años atrás, cuando residía en San Petersburgo, solía visitar con sus compañeros de regimiento una fabulosa *banya*¹⁷ donde podían pasar horas relajándose y conversando. Quizás no tendría ya con quién hablar, pensaba a diario, pero sí que podría dejarse envolver por el vapor hasta que su piel se arrugara. Estaba decidido. Se construiría una propia. Sabía todo lo necesario para hacerlo, y tiempo tenía de sobra.

Luego de beber una taza de té con suma tranquilidad, dispuso una mesa en el exterior donde expandió un amplio trozo de papel en blanco. Luego cogió su lápiz y con sumo cuidado comenzó a trazar las líneas que le servirían de guía cuando el momento de la construcción llegara. Al menos dos horas le llevó dibujar el exterior, pero cuando llegó a la parte central se detuvo un instante a pensar. Había algo que debía resolver antes de proseguir.

—Sí —decidió—. Si voy a hacerlo, lo haré bien.

Tomó la hoja por la mitad y la partió sin reparos. Luego amplió otra y comenzó de nuevo, solo que esta vez el tamaño de la *banya* era mayor, ya que comprendería lugar para tres o cuatro personas.

Las horas continuaron pasando sin que él lo notara, y cuando un leve dolor en la espalda le avisó de que debía erguirse, ya era mediodía.

—Hora de más té —se dijo—. Y quizás algún bocado.

Entró a la cabaña, y al salir con su almuerzo en la mano notó que alguien estaba sentado sobre la pila de madera.

17 Baños tradicionales rusos.

—¡Illya! —exclamó derramando media taza de té al suelo.

Con la columna encorvada, los ojos en el suelo y su brazo izquierdo sosteniendo el peso casi muerto del derecho, parecía no reaccionar al susto de Andrey.

—Muchacho, casi me matas del susto. Al menos podías haber arrojado una roca a la puerta, como antes —agregó intentando imprimir algo de humor a la situación, pero Illya no levantó el rostro. Se acercó y subió a su vez la pila hasta quedar a su lado. Durante varios minutos no se hablaron. Prefirieron de forma tácita guardar un silencio nervioso solamente interrumpido por algún pájaro insensible.

Fue Illya quien lo rompió.

—¿Por qué?

Andrey suspiró. No tenía respuestas para todo, menos aún para cuestiones de amor y mujeres. Apenas había tenido contacto con ellas, y no podía ni imaginarse lo que sucedía en el interior de su joven alumno.

—¿Por qué se la llevaron? —insistió alzando ahora el rostro para revelar unas ojeras profundas por la falta de sueño y unos ojos hinchados por el llanto.

—Es común que los aristócratas se eduquen en las grandes ciudades. De esa manera pueden... pueden frecuentar con jóvenes de su posición social.

—Pueden conseguir un pretendiente rico y poderoso, querrás decir.

Era precisamente lo que Andrey había querido evitar, pero Illya tenía razón. Baranov no solo había querido educar a Larisa en un colegio ciudadano, sino que, ahora que se estaba convirtiendo en una mujer, deseaba que encontrara un marido provechoso para sus negocios. Ella misma le había contado una vez lo que había sucedido con sus hermanas, y que tenía miedo de que la obligaran a lo mismo.

—También —resolvió el veterano.

—¿Por qué tiene que ser así? —cuestionó Illya con algo de enojo en la voz—. ¿Por qué de dónde venimos tiene que determinar quiénes seremos?

—No lo determina, pero sí que influye. Mira, chico, en nuestra sociedad las cosas ya están establecidas. Hay privilegiados y están también quienes no lo son, y aunque suene evidente, los últimos son la mayoría. Así ha funcionado nuestra especie desde tiempo inmemorial. Pisamos la misma tierra, respiramos el mismo aire, pero vivimos en mundos diferentes. Recuerdo que, en San Petersburgo, más de una vez me tocó preparar a jóvenes de la nobleza para que ocuparan luego cargos oficiales. Podía yo ser su superior, pero ellos sabían muy bien que eso solo era temporal, y que, por el simple hecho de pertenecer a sus familias yo era, de alguna manera, su siervo. Guardaban las apariencias hasta que acababan el curso. Muchas veces no era por maldad, sino que simplemente lo creían así. Imagina que

te repiten lo mismo cada día de tu vida. Acabarás creyéndotelo.

—La he perdido —susurró Illya inclinando nuevamente su cabeza.

Andrey quiso decir que no, pero no podía asegurarlo. Desde el comienzo pensó que aquello podía acabar mal, y él no hizo nada para impedirlo. En parte era su culpa. Debería haber desalentado el juvenil romance antes de que se formara.

No hablaron por media hora, tal vez más. Cada tanto Illya levantaba su rostro, pero luego caía en una angustia tal que debía ocultar sus lágrimas.

—Encontrarás otra muchacha —señaló Andrey.

—¡No quiero a otra! —replicó.

El militar se dio cuenta de su error y prefirió volver al silencio. No era bueno para esas cosas.

—¿Queda muy lejos San Petersburgo?

—Mucho. Además, Illya, ¿qué lograrías con ir allí? —preguntó intentando desalentar una temeridad.

—Rescatarla.

—¿Y qué podrías ofrecerle?

Nuevamente reinó un silencio sepulcral. La pregunta de Andrey era dura pero cierta, muy cierta, e Illya lo sabía. Tampoco quería que Larisa viviera en el futuro con las mismas carencias que su familia.

—A veces solo queda poner la frente en alto y seguir —sugirió el militar.

—Dijiste que en nuestra sociedad las cosas ya están establecidas.

—Sí, así es.

—¿Según quién?

—La tradición, nuestra historia y la realidad.

—¿Hay alguien que quiera cambiar eso?

—Muchos.

Illya respiró profundamente y luego, con determinación, levantó el rostro y lo miró.

—Cuéntame de ellos.

III**1904**

—No irás. Eres muy joven aún. Además, con ese brazo dañado que tienes, ¿no crees que serías un estorbo? —Piotr podía ser muy cruel sin siquiera intentarlo.

Era mejor no insistir. Tenían razón con respecto a su condición física; seguramente terminaría trasladando provisiones o asistiendo en las cocinas, pero aun así era algo que lo atraía. Eran muchos los jóvenes del pueblo que ya se habían sumado, mientras que a él le negaban tal aventura. Podría aludir a Yegor y a la posibilidad de estar bajo su protección, pero en realidad nadie le creería. Ni siquiera él mismo lo hacía. Su hermano mayor no le guardaba ningún tipo de afecto, y aunque lo hiciera, no era más que un *riadovói*¹⁸. No tenía ningún peso.

Una pena. Combatir a los japoneses era lo más valiente y excitante que podría hacer en la vida, y tendría que ver pasar la oportunidad frente a sus ojos.

Andrey le había hablado mucho de ese pueblo, sobre todo desde que comenzaron a llegar noticias de la posibilidad del enfrentamiento. Sabía que esos extranjeros habían comenzado la guerra al atacar un puerto lejano que era vital para el imperio, especialmente en verano. No sabía por qué, pero si tanto revuelo causaba, seguramente era un puerto muy importante. Además, el zar no podía dejar pasar tal afrenta, menos considerando que Japón no era tan poderoso como Rusia. Era una cuestión de orgullo, una cuestión de honor.

—Son muy distintos a nosotros. Mira. —Andrey se lo había explicado días antes cuando abrió un viejo libro con ilustraciones que mostraban diferentes tipos de humanos con sus vestimentas típicas—. Así son los japoneses. Podríamos decir que se parecen a los tártaros. No a los de Crimea —aclaró—, sino a los verdaderos, los descendientes de los mongoles. —Una simple ilustración había creado un mundo de fantasía en su mente, mundo que ahora le era prohibido.

Kozlov había partido hacía dos semanas en calidad de médico, y un mes antes, Yuri, el reciente esposo de Alina, se había enlistado para sumarse como infante de marina. Que en su vida jamás hubiese visto el mar era solo un detalle. Ninguno quería perderse la oportunidad de combatir en una guerra que seguramente ganarían y que les traería fama y, con suerte, algunos rublos.

18 Soldado raso.

Era irónico que el único que era militar de verdad no fuera. Andrey había presentado su disposición en el cuartel de Kostromá, pero había sido respetuosamente rechazado. Según le explicaron, los hombres de más experiencia, aun los retirados, debían permanecer cerca del frente europeo.

Por lo visto, Illya sería uno de los pocos que se quedaría cumpliendo las labores de cosecha en la próxima primavera. ¡Qué glorioso! —pensaba—. ¡Segar y segar hasta desfallecer! ¡Realmente heroico! Para eso sí sirve mi brazo —refunfuñaba.

Cogió un tronco seco y lo arrojó a la estufa. Afuera hacía mucho frío, y la nieve hacía casi imposible salir. Katya cosía mientras tanto un viejo abrigo que esperaba enviar a Kozlov cuando partiera el próximo destacamento de Vyatka hacia el este. Alguno de los reclutas de la ciudad le haría el favor de llevárselo, o eso afirmaba ella. Misha, en cambio, jugaba con unas pequeñas figuras de plomo que Yuri le había regalado. El esposo de Alina era un buen hombre, sencillo y trabajador. Piotr no tuvo más remedio que reconocerlo y darle su bendición.

Se quedó un instante observando cómo el fuego tomaba de a poco posesión del nuevo leño hasta que la resina de abeto dejara de crepitar, y luego tomó uno de los libros de Andrey. Miró de reojo a Piotr, quien afilaba su guadaña con una roca, y tras comprobar que no le haría un reproche, comenzó a leer.

No le gustaba hacerlo allí. Prefería la soledad del bosque, o la isba de Andrey, pero aquella maldita nieve lo tenía encerrado. Quizás si su padre no estuviera no tendría problema, pero Piotr siempre se burlaba cuando los encontraba leyendo. Afirmaba que era una pérdida de tiempo, y que ellos jamás podrían hacer otra cosa más que arar la tierra y combatir, si se daba el caso, en alguna de las guerras que los zares disponían fuera de Rusia. Claro que Illya no tenía esa segunda opción, o al menos no con un fusil al hombro.

—Si los campesinos realmente creemos que ese es nuestro destino —repitió en su mente una premisa que cada vez le sonaba más cierta—, entonces ese será. Él es el claro ejemplo —dictaminó observando el trabajo rítmico de Piotr—. ¿Qué opinas tú, Herzen¹⁹?

Pasó al menos una hora hasta levantar nuevamente el rostro, aunque lo hizo por el dolor en la nuca, no por el recorrido del texto. Aprovechó el tiempo que le tomaría aliviar su cuello para pensar en lo que estaba aprendiendo. Andrey había sido sumamente exigente esos últimos años, en particular con él. Se les había abierto un mundo de posibilidades que aumentaba con cada autor nuevo, con cada lección, y se ponía más interesante aun cuando

19 Alexandr Herzen, escritor e ideólogo de la revolución campesina rusa.

se armaba revuelo por alguna idea. Katya pensaba distinto, e incluso llegaban a pelearse de tal manera que podían pasar días sin hablarse. A veces prefería no entrar en discusiones por ello, y por otro motivo. Su hermana era más inteligente, y más de una vez lo había dejado sin palabras. Claro que ella tenía una ventaja. Kozlov era a su vez un hombre muy culto, y poseía una gran cantidad de libros en su casa. Si bien no estaban aún casados, Katya tenía acceso ilimitado a ellos, además de poder conversar sobre cualquier tema con su prometido.

Él, en cambio, no tenía a nadie. Misha era aún muy chico para comprender muchos de los textos que les daba el viejo soldado y, para colmo, tampoco le interesaba demasiado. Era un niño extrovertido, sociable y alegre, y el mundo intelectual le parecía aburrido y monótono. No, Misha no podía ocupar el lugar que una vez había ocupado Larisa.

Recordó la partida de Yegor, y luego la de Yuri. Se los imaginó combatiendo contra aquellos extraños enemigos de la patria para recuperar el bendito puerto que desvelaba al zar. ¿Era acaso tan importante? Decían que incluso en ferrocarril podían demorar semanas en llegar, y que allí prácticamente no vivía nadie. Pensó que era absurdo exponer la vida de tantos jóvenes por algo que en su mente no tenía demasiado sentido, pero luego recordó una reflexión de Andrey.

—El pueblo ruso siempre ha sido la pieza sacrificable para satisfacer la ambición de los nobles. ¿Crees tú que nuestros jóvenes estaban al tanto de la existencia de Crimea, de Polonia o de China²⁰ antes de ser enviados al matadero? Y, sin embargo, ese derramamiento de sangre ha hecho de Rusia un imperio colosal. Pero Illya, dime tú, ¿es acaso justo? El juego de la diplomacia mundial es similar al de ajedrez, solo que en el primero el rey y la reina no se exponen.

—Pero si Rusia obtiene tierras, recursos, oportunidades comerciales, ¿acaso no nos beneficiamos todos? —había preguntado.

—Solo fíjate en lo que ves. Aquí, en Rusia, la respuesta está a la vista.

El libro que estaba leyendo tenía mucho que ver con la reflexión de Andrey, aunque Herzen parecía a veces tener una visión muy idealizada de los campesinos —concluyó observando nuevamente a su padre—. Aunque quizás, si no viviera cargado de tantas preocupaciones, la cosa sería muy distinta.

Ese año les había tocado una porción de tierra menor a la habitual, y es que Alina estaba ahora casada, y Katya lo estaría pronto. Además, Yegor llevaba mucho tiempo fuera. El Mir²¹ lo había decidido, y Piotr no había tenido otra opción que aceptarlo a

20 En 1900 un contingente ruso fue enviado a Pekín a combatir la sublevación de los bóxeres en favor de las potencias occidentales.

21 Comunidad campesina que distribuye sus tierras en función de la composición familiar.

regañadientes. Lo más absurdo era que parte de las tierras de Baranov no serían cultivadas esa temporada. Tal vez por especulación, o quizás hasta por indiferencia, pero lo cierto era que las hierbas silvestres tendrían dónde expandir sus dominios.

—Cuando vea a Andrey —tomó nota mental— le preguntaré qué haría él si pudiese decidir sobre el aprovechamiento de la tierra.

De repente, un aroma entró por sus fosas nasales y le hizo olvidar lo que estaba pensando. Oksana cortaba patatas mientras las coles danzaban en agua hirviendo.

—¡*Shchi!*²² —exclamó hambriento.

* * *

Unos días después la tormenta de nieve comenzó a amainar, haciendo los caminos transitables y, más importante aún para Illya, abriendo el bosque a su imaginación y soledad. Por fin pudo abandonar la isba y adentrarse en su amado mar de abedules. Además, la calma le permitiría visitar a Andrey y entablar una larga conversación en la comodidad de la *banya*.

Salió temprano, apenas la luz del sol acarició las primeras copas y liberó un goteo incesante que a cada rato le hacía secarse el rostro. No le molestaba, de hecho, era una de las cosas que más le gustaba del invierno, como un juego alegre entre él y la naturaleza. Katya estaba demasiado ocupada en preparar los obsequios que haría llegar de algún modo a su prometido, y Misha dormía como un lirón, por lo que sería un recorrido solitario.

Últimamente había estudiado con bastante interés las vidas de los zares, y solía, cuando sus hermanos dormían, imaginarse en todo tipo de situaciones. La semana anterior era un simple soldado durante el reinado de Iván el terrible. La anterior a esa era él el mismísimo Pedro el grande. Ahora era el turno de Nicolás el vivo. Recreó sin problemas el Palacio de Invierno gracias a un dibujo que Andrey le había mostrado, y pronunció, sabiéndose en soledad, un discurso completo en el que sostenía el derecho de cada campesino sobre la tierra que trabajaba, aun fantaseando con rostros de nobles enojados ante su dictamen.

Encontró a Andrey ingresando a la *banya*, por lo que se apresuró a sumarse. Era una costumbre que ambos habían forjado en los últimos años. Podían pasar horas en silencio sin despertar incomodidad alguna. Solo que ese día Illya quería hablar. Llevaba días enteros sin articular una conversación completa.

Con total naturalidad, se sumieron en un ambiente cálido y denso.

El soldado le comentó de las novedades del frente oriental. Recibía constantemente misivas de sus antiguos subordinados, y gracias a eso se mantenía, de alguna manera, conectado con la realidad. Al parecer, la cosa no iba tan bien. Dos cruceros rusos habían sido destruidos por la armada japonesa, y eso le había permitido al enemigo desembarcar un fuerte contingente de infantería en tierra firme, donde ya había logrado sus primeras victorias.

—¡Malditos! —vociferaba Andrey a cada instante. Estaba visiblemente enojado, como si aquel conflicto le hiriera en lo más profundo de su ser—. ¡Claro que nos harán difícil la existencia! ¡Si están enviando novatos!

—Creí que no te importaba si vencíamos o no. ¿No es, al fin y al cabo, una guerra por ambición?

—Sí, pero eso no quita que nuestros muchachos deban morir por nada. Si nos metemos en un embrollo de esta envergadura, al menos que sea eficazmente. Pero no —negó Andrey enfadado—. Ni siquiera eso puede hacer bien este inútil zar. ¡Al menos su padre era un déspota con cabeza!

Pensó repentinamente en Maksim, pero luego calculó que seguramente el enfrentamiento del que hablaba Andrey había ocurrido al menos un mes antes, precisamente cuando el esposo de Alina partía al frente.

Estuvieron al menos dos horas dentro, hasta que el calor comenzó a disiparse y Andrey advirtió que debían cubrirse nuevamente con sus abrigo. Pasaron luego a la isba, donde tomaron té y leyeron en silencio durante el resto de la mañana. Illya advirtió que era momento de volver cuando la fuerza del sol comenzó a menguar nuevamente. ¡Qué cortos eran los días de invierno!

Se despidió de Andrey y, luego de recibir un nuevo libro que el veterano había a su vez obtenido junto a su correspondencia, se marchó.

—*Miguel Strogoff* —leyó en la tapa dura mientras caminaba—. De Julio Verne. Eso sí que es algo nuevo —pensó divertido—. Un extranjero atreviéndose a relatar una historia rusa. ¡Qué atrevimiento! Seguro que nunca ha pisado estas tierras.

La nieve había creado un suave colchón que cubría las raíces de los árboles y el camino, haciendo tal vez difícil la vuelta para alguien que no conociera la zona, pero Illya llegaba a reconocer cada piedra, cada tronco raído, y aunque la superficie del suelo estuviese cubierta, sabía que podía hacerlo con los ojos tapados.

Sintió cierto jaleo en el mismo momento en que vislumbró las primeras casas del pueblo. A diferencia de los días anteriores, media ciudad estaba fuera de la comodidad de sus hogares, y aunque era cierto que el día era amable, tampoco era para tanto. Se

entusiasmo con la idea de que hubiese llegado un extraño mercader, alguna orquesta de Kostromá, y hasta con la posibilidad de que Baranov y sus hijas hubiesen vuelto. Pero luego lo razonó, y no tenía sentido en ninguno de los casos que hayan elegido esa época para hacerlo.

Distinguió a un hombre vestido de uniforme frente a la iglesia de la Anunciación, donde se amontonaban sus vecinos. A su alrededor había otros diez soldados más, todos en posición de firmes y en silencio. Se acercó, y tras encontrar a Katya y Misha entre la pequeña multitud, se dirigió hacia ellos.

—¿Qué sucede?

—No lo sabemos —indicó Katya—. Solo que este hombre llegó y ordenó que todos viniéramos aquí.

—¿Papá está?

—Sí. ¿No lo ves? Allí, junto al padre Grigoriy. —Piotr esperaba pacientemente con los brazos cruzados. Por su expresión, aguardaba una noticia que lo molestaría.

Esperaron al menos media hora más, y es que aquel sujeto quería que todos los habitantes de Bui estuvieran presentes, sin excepciones. La larga espera solo acrecentó las expectativas, por lo que cuando comenzó a hablar, los ánimos ya estaban crispados.

—Habitantes de Bui. Os saludo —dijo con voz alta el militar. Nadie se atrevía a decir nada. El silencio era abrumador.— Soy el *porúchik*²³ Kuznietsóv, y he venido en nombre de la Gobernación de Kostromá para informaros de las disposiciones que nuestro gobierno imperial y nuestro amado zar han dispuesto para arrostrar la penosa situación a la que nos enfrentamos. La madre patria está en guerra, como bien debéis saber, y todos debemos hacer un esfuerzo para ganarla. Sé que muchos de ustedes han despedido a sus hijos o hermanos para que vayan a cumplir su deber, pero ese deber lo tenéis también vosotros.

Illya observó los rostros conocidos de sus vecinos. Algunos asentían, pero la mayoría mostraba cierta desconfianza.

—Por disposición de nuestro excelentísimo Señor Emperador y Autócrata de toda Rusia, cada familia deberá aportar un rublo y medio por cada desiatina²⁴ que cultive. El mismo impuesto será recolectado al final de la cosecha de primavera, sin excepciones. Solo así ganaremos esta guerra.

Contrario a lo que los hermanos habían esperado, no hubo gritos de enojo ni queja alguna, pero sí era palpable la tensión en el aire. Quizás la noticia era demasiado mala para

23 Teniente primero.

24 Equivalente a 1,09 hectáreas.

asimilarse tan rápido.

Fue el padre Grigoriy quien rompió el silencio.

—¿Y cuánto, si me permite, deben pagar los nobles?

—Tendrán que abonar un cuarto de rublo. Pero considerad que poseen más tierras, por lo que pagarán más que vosotros.

No tenía sentido alguno, pensó Illya. Si tienen más tierras, solo significaba que podían afrontar el impuesto con más liviandad. La cantidad de desiatinas debería ser un agravante, no lo contrario. Notó que su padre se adelantó un poco de la multitud, pero el padre Grigoriy lo sujetó del brazo.

Los soldados que rodeaban al oficial levantaron levemente sus fusiles. Seguramente habían tenido una mala experiencia en otra aldea.

—Eso es todo —indicó el *porúchik*, dando inmediatamente media vuelta para dirigirse a sus caballos.

Aun viéndolo marchar, nadie dijo nada. Incluso más de uno volvió tímidamente a su isba.

—Esto no es solo injusto —dijo Illya a su hermana—, es estúpido. Si la distribución de los impuestos fuera al revés, seguramente terminarían recaudando más dinero. Además, nosotros ya contribuimos con hombres, y con los que están en la primera línea, no en una tienda distante.

—Calla, Illya —respondió Katya. Háblémoslo en otro sitio, y lejos de papá.

—Sí, lejos de papá —repitió Misha.

* * *

Su bolsa estaba medio vacía, aunque todavía quedaban horas de sol y media desiatina más. Debía seguir la línea, si no, parte de las semillas de calabaza terminarían brotando tan abajo del nivel que se ahogarían con las lluvias.

—Debemos hacer que coincidan las primeras semanas con las lluvias fuertes, y luego, cuando toquen días de intenso sol, verás como ellas mismas generan su propia sombra —explicaba Piotr una y otra vez. Pero para eso tenían que aprovechar al máximo las semillas. Era un trabajo arduo, pero por primera vez lo disfrutaba de verdad, y es que su brazo no le dolía hacía tiempo, y Larisa ya no era dueña y señora de sus pensamientos. Ahora tenía otra obsesión. Estudiar y aprender hasta que la fuerza de su sabiduría le abriera puertas en la vida. Solo serían unos años de trabajo rural, afirmaba con convicción.— Luego me marchó.

Era un proyecto que le daba fuerzas en el presente, y que Piotr reconocía con satisfacción, aun sin saber la motivación.

—Illya parece otra persona —escuchó que le decía a su madre un par de noches antes—. Se está volviendo fuerte como una mula, y no cesa de trabajar hasta que yo se lo ordeno. Misha, en cambio, parece estar ocupando su antiguo lugar, y holgazanea siempre que tiene oportunidad.

Ya no dependía de la estima que Piotr le tuviera, pero algo de calma en su vida se agradecía.

Solo al acabar el contenido del bolso enderezó la espalda, y tras arrojarle un poco de agua en el rostro con la cantimplora que Andrey le había regalado, observó el cielo. Era claro y suave, con pequeñas nubes intercaladas y un sol en lento descenso. Una fresca brisa del sur le removía el pelo, al tiempo que enfriaba las gotas que caían por su cuello y pecho.

Miró a su hermano pequeño. Misha estaba cada día más alto, y ya casi le alcanzaba. Se querían mucho, aunque admitía que sus personalidades no podían ser más opuestas. Detrás, Piotr ensanchaba los surcos por los que ellos deberían pasar en breve, para así acabar antes de la noche.

Algo llamó su atención. De espaldas a su padre, algo lejos para que este lo notara, se acercaba un jinete a toda prisa. Al principio pensó que pasaría de largo en dirección al pueblo, pero luego notó que bordeaba intencionalmente la parcela y que aminoraba su marcha.

Silbó con fuerza hasta que Piotr levantó la mirada, y le indicó la llegada del desconocido. Atravesó en diagonal la superficie arada y alcanzó a su padre en el momento justo en que el jinete acababa de transmitir su mensaje y excitaba a su caballo para recuperar la marcha.

—¿Qué sucede?

Piotr dio la vuelta lentamente. Su rostro reflejaba una repentina desazón, pero una que segundo a segundo se transformaba en furia, la misma que todos sus hijos evitaban despertar.

—¿Está bien Yegor? —preguntó Illya anticipando la causa.

—Él está bien. Es Yuri quien no lo está. Ha muerto.

Misha llegó en ese preciso momento, pero advirtiendo la expresión de su padre se mantuvo en silencio.

—¿Se sabe cómo sucedió?

—Hundieron su buque.

—Dijeron que el *Petropanlovske* era indestructible —resaltó Misha.

—¡Pues está claro que no lo era! —exclamó Piotr, y luego llevó sus dedos a la frente.

Era una señal de que intentaba controlarse, pero bien sabían sus hijos que raramente funcionaba.

—Es todo culpa de esta maldita guerra —insinuó despejando su rostro—. Ahora debo ir a decirle a tu hermana que su esposo ha muerto. ¿Y por qué? Por un capricho infantil de un hombre que no debe conocer nada de Rusia fuera de su palacio.

Illya notó que la rabia que emanaba de Piotr era nueva. Parecía enfadado, sí, pero a diferencia de sus clásicos arrebatos de violencia, esta vez su ira era tan profunda que había hecho nido en sus entrañas, y solo sus ojos vaticinaban la tormenta que podía despertar en cualquier momento.

Finalmente, Piotr miró a sus hijos sin casi pestañear, y con frialdad dio media vuelta en dirección al pueblo.

—¡Vamos! —ordenó dándoles la espalda—. Hay que acabar con esto.

Se miró con Misha, pero jamás se atrevería a desobedecer. Siguieron su paso no sin dificultad, ya que Piotr por momentos parecía trotar más que caminar. No sabían cuál era su objetivo, pero sí que se sentían molestos por la muerte de Yuri, y si de algún modo podían manifestarlo, lo harían, aunque eso significara repetir las locuras de Piotr.

Llegaron a la ciudad con prisa y percibieron un ambiente enrarecido en el aire. Los nervios estaban crispados y más de un hombre vociferaba insultos a los cuatro vientos.

—Varias bajas —pensó Illya—. ¿Acaso todo el pueblo iba en ese buque?

Tras sortear a varios vecinos exaltados, tuvieron vía libre hasta la isba, aunque antes de llegar se detuvieron. Afuera, en la misma tierra, Alina estaba postrada con las manos en el rostro. Oksana intentaba calmarla acariciándole la espalda, pero solo parecía aumentar los sollozos de su hija. Katya, en cambio, se mantenía apartada, inmóvil ante una situación que claramente la superaba.

—¡Esto es suficiente! —gritó Piotr liberando, ahora sí, su rabia. En vez de acercarse más a su casa, dio media vuelta y se dirigió nuevamente al centro del pueblo. Illya no supo qué hacer, pero terminó por seguirlo, al igual que su hermano menor.

Lo que sucedió después fue tan extraordinario que quedó en el recuerdo de todos por mucho tiempo.

Avanzaron por la vía principal que acababa en la iglesia de la Anunciación, y desde allí, sin decir absolutamente nada, Piotr fue sumando con la mirada a muchos seguidores, quienes tomaban sus azadas y picos antes de seguirle. Caminaron unos minutos por la ciudad hasta que conformaron un número interesante. Al menos, cincuenta hombres pertrechados con sus herramientas de labranza y su impotencia a flor de piel.

Illya había leído mucho sobre esos sucesos. Sabía que en Bui no tendrían un objetivo

concreto al que dirigirse. Ningún cuartel, ni siquiera una oficina de correo. La misma lejanía de la ciudad hacía insustancial cualquier protesta.

—¡A la villa de Baranov! —exclamó Piotr.

No hubo quejas ni opiniones opuestas. Baranov era a quien más querían atacar, y como no estaba en Bui, no quedaba otra opción que hacerlo con su villa.

Se dirigieron en silencio. Era la primera vez que Illya participaba en un movimiento así, aunque siempre lo imaginó con ruido, mucho ruido. Se sorprendió al distinguir al *selski stárosta*, el hombre encargado de mediar entre el Mir y el gobierno, pero luego pensó que tenía sentido que estuviera allí. Era quien recibía todas las quejas de los campesinos como si fueran su culpa. Además, uno de sus hijos también había partido al frente unas semanas antes, y quería que todo acabara antes de tener que lamentar también una desgracia.

A solo una versta de la villa se detuvieron a encender varias antorchas, y luego continuaron. El bullicio comenzó al cruzar la línea divisoria entre el bosque y el florido jardín. Los siervos del noble no tardaron mucho en notar la amenaza, y corrieron hacia la dirección opuesta esperando que no se empecinaran con ellos.

Siguieron el camino principal que acababa en la escalinata y allí se dividieron en dos grandes grupos que rodearon el palacete en cuestión de minutos, pero se mantuvieron quietos por un instante más. Solo el padre Grigoriy se adelantó al grupo y subió la escalinata. Aprovechando que la puerta principal jamás se cerraba totalmente para comodidad de los sirvientes, entró. Piotr parecía nervioso, tanto que Illya se preguntó si sería tan impetuoso como para incendiar la villa con el cura adentro. Pero se contuvo, y Grigoriy salió poco tiempo después seguido de unos diez siervos asustados. Cruzaron la muchedumbre sin problemas y se dirigieron al bosque.

—¡Ahora sí! —exclamó Piotr—. ¡Quemadlo todo!

Nadie se adelantó para tomar la iniciativa. Más bien se quedaron mirando a Piotr con extrañeza.

—Papá —dijo Misha poniéndose a su lado—, ¿no sería conveniente primero sacar todo lo que tenga valor y luego quemar la casa?

Piotr cerró los ojos y levantó el mentón lamentándose de lo estúpido que había sido. Por eso nadie le había obedecido.

—¡Saquead la villa! —dijo rectificándose—. ¡Luego lo incendiaremos todo!

Ahora sí, la muchedumbre se precipitó hacia la casa señorial con tanto brío que terminaron golpeándose en la puerta para poder entrar. Quien llegara último también acabaría quedándose con los objetos de menor valor.

Illya pensó que aquello no tenía sentido. El dolor por la muerte de algunos muchachos

acababa en una rapiña inmoral, y aunque entendía que el odio se canalizara hacia el único noble de la región, no comprendía cuál terminaba siendo el propósito de la protesta. Imaginó la decepción de Larisa al enterarse de que su hogar había sido saqueado, y que, posiblemente, él había participado. Luego pensó que quizás podía hacer algo por ella.

Corrió hacia la casa y atravesó el salón principal, evitando quedar atrapado entre sus vecinos. Subió la escalera con rapidez y al llegar al pasillo principal del segundo piso se detuvo un instante. Ya había muchos hombres allí, tomando todo lo que pudieran revender o quedarse. Calculó por un minuto cuál podría ser la habitación de Larisa, y terminó por decidirse por la más probable. Reconoció al instante sus cosas, aunque muchas ya estaban desparramadas por el suelo. Por suerte, sabía qué objetos tenían más valor para ella, y allí estaban. Una muñeca de trapo que su padre le había traído de Francia, una novela que él nunca había leído y unas gafas que habían pertenecido a su abuelo. No se quedó mucho tiempo más. Vio por la ventana que muchos ya salían de la casa, por lo que no dudaría en arrojar las antorchas sin comprobar si quedaba alguien. Salió en el preciso instante en que Piotr rompía una ventana y dejaba caer la llama que lo iniciaría todo. Los demás siguieron su ejemplo y en poco tiempo el fuego brotó de cada abertura con poder destructor.

El palacete estaba construido fundamentalmente de madera; no tardó mucho en arder por completo. Se quedaron un largo rato viendo cómo las llamas consumían primero las cortinas y paredes y luego, las vigas de apoyo. El techo cayó en forma intercalada liberando miles de pequeñas estelas que se apagaban casi al instante.

Cuando la estructura ya estaba casi en ruinas, dieron media vuelta y volvieron a la ciudad. Esta vez el griterío era contundente, y la excitación del incendio los mantenía a todos alterados y nerviosos, por no decir satisfechos con el botín.

Illya meditó nuevamente sobre aquel sinsentido, pero luego culpó al zar por ello. Nada hubiera pasado si no hubiera aumentado los impuestos al punto de la asfixia y enviado a tantos jóvenes a una guerra absurda. Baranov pertenecía al sistema del zar, y no debía pagar tanto como ellos. De pronto se sintió mejor. Solo le daba pena por Larisa, pero ella, de todos modos, no iba a volver. Al menos tenía sus cosas, y si algún día volvía a verla, podría devolvérselas.

IV

1905

Llevaban un minuto en silencio, pero no sería él quien lo rompiera. Vio cómo el rostro de Andrey había ido mutando de alegre, por recibir una carta de un amigo de San Petersburgo, a triste y, finalmente, a visiblemente furioso. Pero todo bajo un velo de silencio que no le daba una pista de lo que había ocurrido.

Cuando Andrey dejó la misiva sobre la pequeña mesa de roble que tenía a su lado, no los miró, ni siquiera murmuró, sino que dirigió su mirada a la ventana. La nieve caía profusamente, y seguramente ya llegaba al marco inferior de la abertura. Dentro de la isba, sin embargo, la temperatura era agradable, y el olor a resina quemada de la estufa creaba un ambiente embriagador que contrastaba rotundamente con el ánimo del viejo soldado.

Katya y Misha lo miraron buscando una explicación. Al fin y al cabo, Illya era quien más conocía a Andrey. Pero no pudo encontrarla. Supuso que habría alguna mala noticia de la guerra, pero no estaba seguro.

Quiso darle tiempo al veterano y prefirió levantarse para preparar té caliente con unos trozos de azúcar que Andrey había conseguido en Kostromá.

—Les ha disparado —murmuró.

Illya dio media vuelta para mirarlo, animándolo a seguir su explicación, pero Andrey volvió a su silencio previo. Le llevó al menos diez minutos hasta que el agua se calentó lo suficiente y pudo dejarle una taza enfrente, a modo de consuelo.

Funcionó.

—A su propio pueblo —prosiguió Andrey.

—¿Quién ha disparado a su propio pueblo? —preguntó Katya completando la oración.

—El zar. Su pueblo le ha pedido ayuda, sin violencia, sin odio, como un hijo a su padre, y este ordenó dispararles.

—¿Puedes explicarnos qué ha pasado? —reclamó Misha, no satisfecho con las frases aisladas.

Andrey los observó, y volviendo el rostro a la ventana tomó la carta.

—Me la envió un viejo compañero de armas. Un hombre comprometido con los cambios que necesita Rusia. Meses atrás me contó que había conocido a un sacerdote peculiar, aunque en su momento no me dijo su nombre. Al parecer, este hombre de Dios vive en un fiel compromiso de luchar por los pobres, los campesinos y los obreros. No odia al zar, o al menos no lo hacía, pero sí que reclamaba por las injustas condiciones de vida de los trabajadores de San Petersburgo. Sin embargo, sus métodos siempre fueron pacíficos, y muchos eran quienes lo criticaban por ello.

Esta maldita guerra fue la gota que derramó el vaso. Cada día llegan reportes de las bajas sufridas, y el dolor del pueblo solo fue acompañado con impuestos más altos. Gueorgui Gapón no soportó más ver tanta calamidad y organizó una multitudinaria marcha hasta el Palacio de Invierno.

—¿Allí les disparó? —preguntó Misha.

—Nicolás no lo hizo. No tuvo el valor. Prefirió huir de la ciudad y dejar que otros se mancharan las manos.

Illya comprendía el dolor que sufría su amigo. Andrey todavía guardaba esperanzas de que el zar pensara en su pueblo y liderara las reformas necesarias para ello. Pero tal como lo veía, no era seguro que esa ilusión siguiera viva.

—¿Murió también él? El sacerdote que mencionaste... —aclaró Katya.

—No. Al parecer los mismos obreros le salvaron la vida y logró huir del país, aunque no sé a dónde.

Tomaron el té en silencio esperando que fuera Andrey quien siguiera conversando del tema, pero, sorprendentemente, cuando habló, lo hizo cambiando rotundamente de tema.

—¿Sabíais que hay un pueblo en África en el que sus hombres no superan el tamaño de un niño nuestro? Pigmeos, los llaman.

—Siempre nos mencionas lugares nuevos —contestó Misha—, pero no sé dónde están, ni en qué dirección.

—Tienes razón. Es momento de explorar un poco nuestro mundo —reconoció—. Illya, por favor, coge ese cuaderno azul que está detrás tuyo y ven. Os enseñaré las regiones de la Tierra y qué imperio domina cada territorio.

Pasaron varias horas conversando y señalando diferentes puntos en el viejo mapa que tenía Andrey, pero Illya en ningún momento pudo dejar de lado una idea que le transmitió la expresión de enojo del militar.

¿Valía la pena confiar en que el zar haría algo?

* * *

¡Katya! —se escuchó un grito a la distancia.

En la isba reinaba hacía varias semanas una tranquilidad algo tensa. Alina había vuelto a vivir con ellos, aunque eso significaba trasladar consigo su tristeza. Piotr, en cambio, parecía haber resuelto sus problemas emocionales por un tiempo. Era evidente que el incendio de la villa Baranov era un motivo de orgullo para él, y de alguna manera había servido para descargar una ira acumulada por años. Debía continuar pagando impuestos altos, y seguía

dependiendo del Mir para conseguir nuevas tierras en primavera, pero por el momento no pensaba en ello.

Katya se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana. Luego de reconocer que era Misha quien corría sobre la nieve, abrió la puerta enérgicamente y salió junto a Illya sin cerrarla. Oksana también partió detrás de ellos previendo alguna noticia nueva que haría temblar su mundo. En Bui generalmente no ocurría nada extraordinario, pero desde que había comenzado la guerra no cabía esperar nada bueno.

La nieve les cubría completamente los pies, pero tras el paso de varias tormentas de invierno lo sentían como una señal de la vuelta de la primavera. Misha no los esperó, sino que al sentirse alcanzado dio media vuelta y comenzó a correr nuevamente, dejando las marcas de sus botas hundidas bajo el velo blanco. Al cabo de unos minutos llegaron a la intersección que continuaba hasta la iglesia de la Anunciación, a la derecha, y la vía que conducía a Gálích, hacia el este.

—¿Puedes explicarme qué diablos sucede? —preguntó Katya mientras recuperaba el aliento.

—Ya verás —indicó Misha observando la vía con detenimiento.

—Como nos hayas hecho correr sin sentido...

—Que no —insistió—. Espera y verás.

—Si es una mala noticia, Mijaíl, habla ahora —suplicó Oksana.

—Madre, esta vez es una buena. Pero no me hagáis hablar, que arruinaréis la sorpresa.

Pasaron cinco minutos hasta que pudieron reconocer un punto en la vía, a una versta de distancia. Recién allí Misha los miró a los ojos y sonrió divertido. Con los minutos distinguieron una carreta, y luego a un conductor barbudo.

—¡Son soldados! —exclamó Illya—. Detrás lleva varios hombres de uniforme.

—Precisamente —aseguró Misha—. Son soldados. Y un médico.

Se voltearon hacia Katya, aunque ella tardó un instante en entender.

—¿Maksim? —preguntó.

—Ve y compruébalo —propuso el más pequeño.

No se lo pensó dos veces. Comenzó a correr en dirección a la carreta sin importarle la imagen de torpe que generaba al trastabillar entre la nieve, y antes de alcanzarlos vio cómo un hombre saltaba del vehículo con su mochila.

—¡Maksim! —gritó alzando las manos.

El apuesto médico sonrió con los brazos abiertos hasta que ella lo alcanzara. Recién allí pudieron fundirse en un abrazo que, para ellos, duró una eternidad.

* * *

—Es un despropósito total —indicó mientras se levantaba del tronco que les servía de asiento—. No me creerías las cosas que uno ve.

—Inténtalo —respondió Katya sin dejar de mirar cómo su prometido caminaba suavemente sobre la nieve.

—No llegan provisiones, ni siquiera abrigo. El frío allí es intenso, como aquí, pero el viento... ¡El viento, Katya! Se cuela por cualquier hendidura y te paraliza hasta el último pelo de la cabeza. He visto cómo los hombres duermen abrazados para mantener el calor, y ya nadie se atreve a hacer chistes al respecto. Y yo, como médico, tengo la amarga tarea de proporcionar remedios alternativos ante la falta de drogas. La única que poseo en abundancia es morfina, pero, aunque es muy efectiva en pleno combate, es muy perjudicial en el largo plazo. Los soldados se desesperan porque siga proporcionándoselas, y hasta se vuelven agresivos. Lo que no destruyen los cañones japoneses lo destruimos nosotros mismos.

—¿Cuándo debes volver?

—En diez días. Debo partir con una carga de medicamentos antes de la ofensiva que planea el general Linévich. Es obstinado, pero al menos nuevo, y nuestros hombres ya no confiaban en Kuropatkin.

Katya lo observó con tristeza. Tantos meses de espera y ahora solo tenían diez días. Pensó que hasta hubiese sido mejor que no volviera hasta el final, ya que la devoción que sentía por ese apuesto hombre ahora era desmesurada. Lo extrañaría el doble, si eso era posible.

—¡No me creerías la estupidez de nuestro alto mando! Escucha esto —exclamó Kozlov con una sonrisa irónica—. Los japoneses han destruido casi por completo nuestra flota oriental. Pues muy bien, era momento de conseguir refuerzos. ¿Cómo? Pues enviamos la flota del Báltico y del mar Negro, solo que por la ruta antigua que rodea África y cruza el mar Índico. ¿Sabes qué significa eso? ¡Dar la vuelta al mundo! Los japoneses podrían haberse tomado unas largas vacaciones si así lo hubiesen querido. Pero eso no es todo —señaló—. Mientras cruzaban el mar del Norte, nuestros barcos identificaron algunas pequeñas embarcaciones. Como había niebla, no distinguieron a quién pertenecían, y claro, ante la duda, las atacaron. ¿Te imaginas tú buques japoneses en el norte de Europa!? Claro que no lo eran, sino simples barcos pesqueros británicos. Y ahora, por supuesto, tenemos a la armada británica pisándonos los talones, además de ayudando a los japoneses.

—Es una guerra perdida, entonces.

—Eso es imposible de saber. Nuestra comandancia no es muy hábil, Katya, pero no puedes imaginarte el arrojo de nuestros hombres. Sí, campesinos, obreros, artesanos. ¡Pero hay que ver cómo luchan! Si aún no hemos sido derrotados es porque nuestros muchachos tienen más cojones que nadie.

Kozlov notó que estaba preocupando a Katya, más que informándola. Se sintió un estúpido, estaba haciendo lo contrario a lo que pretendía con su visita. Decidió no hablar más de la guerra y concentrarse en su verdadero objetivo. El único que había dado vueltas por su cabeza cada día desde su partida, y que, en parte, lo había sostenido ante los horrores de las camillas de heridos.

—Katya —dijo esta vez poniéndose en cuclillas. Si bien ella estaba sentada en el tronco, Kozlov tenía una altura tal que aun así la superaba en media cabeza—. Cada día de esta guerra ha sido eterno, pero no por el enemigo, ni por las horas intensas de trabajo. Lo ha sido por no tenerte junto a mí. De alguna manera, te has vuelto imprescindible en mi vida. —Tomó sus manos y las llevó a su pecho.— No puedo imaginar otra vida, ni a nadie mejor.

La besó con suavidad mientras unos pequeños copos de nieve caían sobre ellos.

—Aquí, hoy y siempre, ¿serías mi esposa?

* * *

Illya percibió un nudo en la panza a causa de los nervios. ¿Cómo estaría Katya?, se preguntó al mirarla. Pero ella parecía tranquila, y observaba la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaban media hora así, sin que nadie se atreviese a romper el silencio.

—Se te ha salido un mechón —señaló finalmente Oksana, pero luego de acomodárselo todo volvió al mismo estado. El mismo Piotr apenas se movía, aunque por dentro su actividad debía de ser intensa.

Un golpe en la puerta los alteró. Katya quiso levantarse, pero no debía hacer el más mínimo movimiento. Solo Piotr se acercó a la ventana y, para sorpresa de todos, sonrió.

—¿Quién es?

—Soy el doctor Kozlov.

—¿Y qué desea?

—Vengo a robarme a la novia.

Katya rio divertida, y Oksana levantó los brazos para intentar disimular su emoción.

Solo Alina se mostraba más reservada, y es que aquello le traía demasiados recuerdos.

Abrieron la puerta y vieron al pretendiente vestido con tal elegancia, que Piotr y sus hijos más chicos se pensaron dos veces si debían someterlo a las pruebas que habían preparado. Pero la tradición era más fuerte, y si Kozlov pretendía evitarla, estaba muy equivocado.

—¡Esperen! —exclamó Katya—. Al menos dejad que se quite la levita.

—Solo eso —indicó Piotr.

Durante una hora, el médico tuvo que someterse a todo tipo de retos, desde acrobacias en la nieve hasta escalar la isba o formular trabalenguas imposibles. Sin embargo, Katya había controlado lo suficiente los preparativos para asegurarse de que ninguna prueba fuera demasiado peligrosa o humillante.

—Muy bien —señaló Piotr al final—, puedes robarte a la novia.

Katya sonrió con dulzura. Tenía un vestido simple pero delicado, blanco como la nieve, y a la vez colorido en sus encajes. Su pelo estaba recogido en una gran trenza que dejaba caer por delante, tapando en parte su cuello y la silueta de su pecho. Antes de partir, colocó una corona de flores en su cabeza, y solo después alzó la mano hacia su prometido. Kozlov la alzó con ternura y abrió la puerta de la isba. Recién allí se enteraron de que medio pueblo estaba afuera para acompañarlos hasta la iglesia.

Una niña encabezó la columna, dirigiendo con la inocencia de la infancia a la muchedumbre que ansiaba ver la ceremonia. Al llegar a la iglesia de la Anunciación fueron recibidos por el padre Grigoriy en la puerta y, tras unos minutos, en el pequeño interior no cabía más un alma.

Extrañamente, Illya vivió aquella celebración con emociones confusas. Por un lado, estaba inmensamente feliz por ver a Katya hacer realidad sus fantasías de niña. Kozlov era un buen hombre, y estaba convencido de que la respetaría siempre. Pero, por otro lado, ese matrimonio le afectaba. Estaba siendo egoísta, y el remordimiento lo atormentaba, pero no por eso dejaba de sentirlo. Katya era quien siempre lo había comprendido, su compañera de juegos, la persona que más admiraba en el planeta. Era ella con quien compartía su gusto por la lectura, su avidez por aprender cosas nuevas. Solo con Katya lograba replantearse sus ideas, o reafirmarlas. Era, simplemente, irremplazable. Algo en su interior moría ese día. Un momento de su vida, del que ya no había retorno. La idea de que otro comenzaba no lo consolaba en lo más mínimo. Debía, para eso, verlo; al menos un indicio. Para él todo era pérdida.

Al final de la ceremonia logró enterrar la melancolía para brindarle a su hermana el único regalo que podía darle: su alegría. Sonrió intentando parecer espontáneo,

asegurándose de que Katya lo notara al verlo.

Por fin salieron de la pequeña iglesia en medio de cánticos y aclamaciones a los recién casados. Ni bien cruzaron el último escalón de entrada se oyó una propuesta desde el interior.

—¡*Gorka!*²⁵

Inmediatamente, el resto de los invitados se sumaron al pedido, e incluso el padre Grigoriy lo hizo desde el fondo.

Katya rio ante la situación, y Maksim no perdió el tiempo. La cogió de la cintura, y con la misma ternura que hubiese tenido en soledad la besó durante varios segundos, provocando una exclamación que se escuchó en todo el pueblo, y quizás en las afueras.

Fue Piotr quien calmó a la muchedumbre, pero por una buena razón.

—¡Ahora debemos dejarlos solos! ¡Solo así serán verdaderos esposos! —afirmó convencido de que todos comprenderían—. Pero despreocupaos. ¡Continuaremos la celebración mañana en nuestra isba!

Illya vio cómo Katya y Kozlov se alejaban hacia la casa de este último, para transformarla así en su hogar. Se quedó un largo rato en la entrada de la iglesia hasta que no quedó nadie, y luego se sentó en la escalinata.

De pronto, todo se cubrió de silencio. Solo las ramas de los árboles, agitados por la fresca brisa, se atrevían a romperlo.

Respiró profundamente mientras calentaba sus manos y dirigía la vista al camino blanquecino que atravesaba el pueblo.

Comenzaba una nueva vida también para él.

* * *

—¡Traed el pan! —exclamó Piotr, que estaba increíblemente alegre ese día. Había comenzado temprano, desde que los invitados más ansiosos tocaron la puerta a primera hora. Oksana debió ocuparse de ofrecerles té para calentarlos, ya que Bui había amanecido de blanco esa mañana.

En pocas horas la isba de los Petrov rebosaba de gente, al punto de que debieron extender dos mesas en las afueras para poder dar abasto a todos los que querían celebrar la boda. Claro que muchos de ellos no eran amigos de la familia, pero Piotr los acogía a todos

25 Montaña. Originalmente, el novio debía subirse a la montaña para darle un beso a la novia. Con el tiempo, el detalle de la montaña desapareció y adquirió otro significado, el de, simplemente, besar a la novia.

sin importarle el trabajo que significaba ello para su mujer.

Maksim y Katya llegaron también temprano. Estaban exultantes, enérgicos y sociables. Illya no recordaba que el médico fuera tan gracioso y amable, pero acabó aceptando esa nueva faceta. Quizás el matrimonio le vendría bien.

Ante el pedido de Piotr, Alina apareció sosteniendo una gran hogaza de pan con forma de rosca y adornada con semillas de girasol. El pan aún humeaba, y su olor a recién horneado se expandió por toda la sala. A más de uno le dieron ganas de probarlo, pero ese era un privilegio de los flamantes esposos.

—Recordemos la tradición —indicó Piotr—. Quien saque con la boca un trozo mayor de pan será quien mande en su nuevo hogar. Por suerte —agregó intentando ser gracioso—, fui yo quien ganó en mi casamiento.

Oksana asintió acompañando la risa de los invitados, y luego acercó el pan a los esposos. Katya y Kozlov se miraron, y al unísono lanzaron sus bocados con las mandíbulas abiertas al máximo. El silencio en la sala se hizo uniforme hasta que Kozlov soltó primero el pan, mostrando el trozo que había sacado. Luego Katya repitió el gesto, solo que su trozo superaba claramente al de su esposo.

—¡Katya mandará! —predijo Piotr precipitando así la carcajada general, incluyendo la de Kozlov.

La celebración continuó acompañada por vodka y las succulentas recetas de Alina, que, si bien eran sencillas, no podían ser igualadas por nadie en toda la ciudad. Muchos habían concurrido precisamente por eso.

A mediodía un personaje curioso se asomó por la entrada. Todos lo conocían, pero solo algunos habían hablado con él. Era solitario, y apenas frecuentaba la aldea en los días de fiesta. Sin embargo, Piotr se acercó y le ofreció un gran vaso con vodka, y sin decir más, lo dejó solo.

Illya notó su presencia y se acercó sonriendo.

—El gran Andrey en mi casa. ¡Qué honor!

—No podía perderme el casamiento de mi alumna. Es, de alguna forma, su adiós a mis clases.

—Quedamos pocos.

—No lo sé —objetó el veterano—. Últimamente he pensado mucho. Illya, ¿y si ofrecemos lecciones a más niños? En este pueblo sobran críos y faltan libros.

—¿Tú crees que puedes con tantos alumnos?

—No me has comprendido. Los dos seríamos sus profesores. Ya poco puedo enseñarte, y lo que falta la vida misma lo hará a su debido tiempo.

Illya lo miró sorprendido. Jamás había pensado en esa posibilidad. Pero pensó que tenía sentido. Había aprendido bastante bajo la tutela de Andrey, y no deseaba trabajar el campo toda su vida. Tal vez aquella era una puerta que debía abrir. Sin embargo, había un problema.

—No creo que nadie pague por lecciones aquí. Todos son igual de pobres, más con los impuestos nuevos.

—Gratis, Illya. Como yo lo hice contigo y tus hermanos. ¿No os gustaría hacer lo mismo por los demás?

—Claro que sí. Déjame pensarlo. Hay un asunto en medio, llamado Piotr.

—Lo imaginé —respondió Andrey—. ¿Se irán? —preguntó cambiando de tema.

—Aún no lo sé. Katya supone que eventualmente lo harán. Quizás a Kostromá, donde Kozlov puede tener más oportunidades.

—¿Y ella? Me niego a la idea de que Katya será una esposa dedicada a ser la acompañante de su marido.

—Creo que Kozlov se llevará una gran sorpresa —replicó Illya sonriendo mientras observaba a Katya.

La pareja bailaba en medio de la sala, con la mirada unida y la alegría a flor de piel.

—Una gran sorpresa —repitió Andrey jocoso.

* * *

Dos semanas después tocaba recomenzar los trabajos de las parcelas asignadas. Todavía hacía frío, y los riesgos de una helada tardía amenazaban con arrasar con el trabajo de los más intrépidos. Sin embargo, algo que Illya reconocía de su padre era su experiencia para predecir los tiempos de siembra.

—Nos queda una helada —aseguraba—. Aguardemos una semana más. Es mejor tener menos pero seguro que más pero con riesgo.

Así harían, aunque eso no significaba que perderían el tiempo. Debían recuperar los surcos preparados en otoño y que la nieve había deformado, rejuvenecer las herramientas que por tamaño no podían entrar a la isba y, sobre todo, fortalecer al buey. Muchos en Bui afirmaban que Piotr cuidaba más a su animal que a sus hijos, y no era del todo falso. Illya recordaba que en más de una ocasión habían ahorrado en alimento para que Veles, porque así se llamaba, no sufriera de ninguna privación en invierno. Ahora tendría meses de trabajo, y que su musculatura fuera imponente era esencial.

—Debe tener unos diez años —calculó Ilya, recordando el día en que lo compraron en una asamblea del Mir—, por lo que pronto habrá que pensar en su reemplazo.

—¡Ven aquí! —ordenó Piotr—. Ayúdanos a separar las semillas. Si tenemos suerte, podemos cubrir un encargo grande para Kostromá. El *selsk²⁶* afirma que se está abriendo una nueva destilería de vodka y que necesitarán de toda la remolacha que podamos ofrecerles. Creo que le venderán al ejército.

Misha ya se encontraba en plena tarea. Era sorprendente lo que crecía cada mes. Posiblemente, ya era el más alto de la familia, aunque necesitaba engordar un poco y fortalecer aún más sus brazos.

Pasaron dos horas en completo silencio, armando pequeñas bolsas que harían su trabajo más fácil los días de siembra. Piotr contaba de un pequeño artefacto heredado de su padre que le permitía colocar cada semilla donde él deseaba, evitando así arrojar de más, ahorrando dinero y esfuerzo. Durante el invierno habían copiado el sistema, y ahora podían los tres trabajar con mucha más eficacia. Lástima que gran parte de lo cosechado se iría en impuestos, pero al menos lograrían cumplir con estos y no ser la carga del Mir, y, por lo tanto, la del pueblo.

Cuando el tímido sol se encontraba lo suficientemente alto para despertar pequeñas gotas de nieve derretida sobre las ramas de los abetos, Piotr mandó a su hijo menor a buscar algo para comer. Así, Ilya se quedó solo con su padre por un instante. Jamás habían hablado mucho, y estaba seguro de que a Piotr no le complacía hacerlo, pero necesitaba decirle algo que rondaba su mente desde el casamiento de Katya.

—Yegor volverá pronto. Dicen que la guerra está cerca de finalizar.

—Eso espero —respondió secamente Piotr.

—Podrá ayudar con los trabajos del campo. Es fuerte como un toro y cuenta con experiencia suficiente.

—¿Por qué me explicas lo que ya sé?

Sería difícil hablar con él. Pensó en evitar el tema, pero luego se decidió por lanzarse.

—Deseo arriesgarme con algo nuevo, papá. Sabes bien que Katya, Misha y yo hemos tomado lecciones los últimos años.

—Ni me lo digas —contestó sin desviar la mirada de su bolsa de semillas—. No soporto ver tantos libros desperdigados por la casa.

—Pues el asunto es que quiero ahora ser yo quien imparta clases. He aprendido mucho de la mano de Andrey, y creo que es momento de hacer lo mismo con otros niños.

26 Alcalde, elegido por los padres de familia.

—Ni hablar.

Illya se quedó con un nudo en la garganta ante la frialdad de Piotr. Pero ya había comenzado, y la tozudez de su padre lo molestaba un poco.

—Es una excelente oportunidad —insistió—. Puedo comenzar aquí, pero luego podría servir en algún instituto en Kostromá, o quizás instruir al hijo de algún noble. Sé que pagan buen dinero.

—¿Acaso estás sordo? He dicho que no. Necesitamos de tus brazos para labrar.

—Podría hacer ambas cosas. Durante la mañana os ayudaría, y por las tardes impartiría mis lecciones. Es más práctico así. Muchos niños y niñas trabajan con sus padres por las mañanas.

Piotr lo miró encolerizado. En su vida ya era costumbre que nadie le respondiera, y que, si tomaba una decisión, no debiera luego defenderla.

—¡Harás lo que yo te diga! ¡Tu vida está en este campo!

Esta vez fue Illya quien se enojó. Siempre había sido tratado como un peón, alguien que había nacido para obedecer y sin capacidad de elegir absolutamente nada. Se levantó, y al pararse frente a él comprendió que ya se igualaban en tamaño.

—Seré maestro —afirmó con determinación—. Es hora de que tome las riendas de mi vida.

Piotr tomó velozmente su cuello y lo agitó hacia abajo, provocándole un dolor tan agudo que pensó que reventaría algún hueso. Fue la desesperación la que le permitió brindarle a su padre una patada tal en el talón que logró separarlos.

—¡Ya tengo dieciséis años! ¡Debes tratarme como a un hombre!

—¿Quieres que te trate como a un hombre? ¡Bien! Busca tu propia casa, tu propia comida y tu propio abrigo. ¡No quiero verte más en mi isba! ¿Has entendido? ¡Mi isba!

Illya dio media vuelta y se alejó no sin el temor de tener a Piotr justo a su espalda. Varios escalofríos lo acompañaron al imaginarse el rostro de su padre a un palmo del suyo. Recién a una versta dio media vuelta y notó aliviado que no lo seguían.

Una vez lejos, lo inundó un sentimiento de nostalgia, algo normal en él. Pensó en Oksana y recordó breves momentos de su vida en la isba. Se sorprendió al sentir un par de lágrimas en la mejilla. Como hacía cada vez que lloraba, se sentó bajo un árbol y dejó que su tristeza fuera la voz cantante por un momento.

Quizás fueron unos minutos, o tal vez una hora, pero finalmente se sintió con más energía y se levantó. Solo allí entendió que, de alguna manera, era un hombre libre, y que, si había tomado una mala decisión, al menos esa vez había sido totalmente suya.

V

1907

—Tú puedes.

Trazó el lápiz apretándolo demasiado, aunque logró mantener una línea recta hasta doblar la punta y marcar la panza de la letra. Illya le había enseñado a asociar la b blanda con una mujer embarazada, haciendo más fácil el proceso para adoptarla.

—¡Eso es! —exclamó al ver el trabajo terminado—. Otro gran avance, Tatiana. Con constancia solo necesitarás un par de meses para aprender el alfabeto completo.

—Yo también aprendí rápido —señaló con ternura Marisha. Era la alumna más joven que tenía, además de ser la primera. No tenía ni cinco años cuando su madre la dejó a su cuidado, más por librarse de ella que por un verdadero interés en su educación.

—Tengo alumnos muy inteligentes —reconoció guiñándole un ojo a la pequeña. Por el momento, cuatro hombres y ocho mujeres asistían a sus lecciones de forma ininterrumpida, aunque siempre concurría algún otro que luego perdía interés. Tatiana era la más reciente, aunque a su vez la mayor. Apenas un par de años menor que Illya, nunca en su vida había visto siquiera un libro. Ni hablar de poder, además, leerlo. Pero su voluntad era firme, y no parecía tener problema de hacer pública su ignorancia con tal de terminar superándola.

—¿Repito? —preguntó Tatiana.

—Las veces que sean necesarias para que lo hagas con fluidez.

Caminó entre sus otros alumnos para controlar que todos estuvieran trabajando correctamente. No había una sola lección cada vez, sino muchas, ya que la mayoría se había

incorporado en diferentes momentos, e Illya no quiso que esperaran hasta el año siguiente. Un par repasaban las letras, otros realizaban simples cálculos matemáticos, y los más avanzados leían cuentos que había seleccionado cuidadosamente para no desanimarlos por su complejidad. Marisha pertenecía orgullosamente a este último grupo, aunque sus textos eran aún más simples.

Ese día tendría que trabajar solo. En general, las clases eran impartidas con Andrey, pero el viejo militar tenía que hacer un mandado, por lo que volvería más tarde. Recordaba frecuentemente lo que había significado montar esa pequeña escuela. Durante mucho tiempo nadie les hizo caso alguno. Pasaban horas mirando la ventana con la esperanza de ver algún niño con permiso de sus padres. Fue el padre Grigoriy quien les dio el empujón inicial al incitar en un sermón a los campesinos para que aprovecharan esa oportunidad única.

La mayoría de los padres aún no entendían qué beneficio les traería a ellos, pero confiaban en el sacerdote, y cuando notaron que sus hijos volvían felices de sus clases comenzaron a relajar sus prejuicios. Ni Illya ni Andrey cobraban por su trabajo, aunque se había hecho costumbre que sus alumnos concurrieran con algo de comer. Así, si bien no ganaban dinero, cada noche podían cenar con abundancia.

Parecía que ese año la primavera necesitaba de un poco más de tiempo para instalarse, pero el ambiente dentro de la isba era cálido, e Illya pensó en preparar té caliente. Acompañaría perfectamente el pastel de miel que Tatiana había traído, y que compartirían con los demás. Como si necesitara su aprobación, dirigió la mirada hacia la muchacha, y aunque esta agachó su rostro, entendió que lo estaba observando desde hacía rato. Algo le decía que tenía interés en él. Tal vez su modo de mirarlo, o el hecho de que siempre le respondiera con una dulzura exagerada. La había visto antes en el pueblo, pero sin reparar en ello, aunque admitía que era una muchacha hermosa. Su pelo era más bien castaño, y eso resaltaba el verde de sus ojos. Ya había desarrollado plenamente su figura, mostrando una cintura delicada, pero a la vez sugerente.

Se sintió extraño. Si su intuición no era errada, quizás realmente una mujer lo veía atractivo, pero no estaba del todo seguro de que le gustara. Había una razón, y aunque sabía que era estúpida, no podía ignorarla.

En el fondo, se repetía que engañaría a Larisa.

Sonrió ante lo insensato que era, pero luego levantó los hombros asimilando que, aun así, era lo que sentía.

La puerta de la pequeña escuela se abrió repentinamente, dejando entrar una brisa helada que fue mal recibida.

—¡Buenas tardes a mis fantásticos alumnos!

—¡Cerrad la puerta! —ordenó Marisha levantándose de su silla.

—Qué carácter —murmuró Andrey sin disimular lo graciosa que le resultaba la pequeña.

Illya le acercó una taza de té mientras el soldado dejaba un gran paquete en un costado.

—Gracias. Tengo congelado hasta el estómago.

—¿Habéis conseguido lo que necesitabas?

—Mejor aún. Luego te explico. Traigo además conmigo una colección de cuentos de Gógol que les fascinará; a ti, sobre todo. Me la mandó un amigo de Tsaritsyn.

—Siempre me sorprendes con la cantidad de amigos que tienes, Andrey, y de lo alejados que están unos de los otros.

—Y, sin embargo, seguimos en contacto. Esos son los vínculos del ejército, Illya. No los rompen ni mil verstas.

Andrey se hizo cargo de continuar con las lecciones de cálculo y de acompañar las lecturas de los más experimentados, e Illya se sentó al lado de Tatiana para acompañarla en cada trazo. Claro que esto la puso algo nerviosa, pero solo al principio, ya que luego se mostró de lo más complacida por la atención que el maestro le daba.

Cuando llegó la hora de retirarse, los alumnos se despidieron uno a uno de sus profesores, y nuevamente Tatiana dejó en claro que sentía algo por él. No solo por el tiempo que se tomó en saludarle, sino porque antes de que se alejara lo suficiente se dio media vuelta para mirarlo una vez más.

—Veo que tienes una admiradora.

—Calla, viejo bobo.

La relación entre ambos había evolucionado los últimos años. Ya no se veían como alumno y profesor, sino más bien como amigos inseparables. Illya había construido una pequeña isba al lado de la casa del militar, aunque era en esta última donde ejercían ambos su poco lucrativa profesión. Era más grande, más cómoda y, sobre todo, más cálida.

—No me digas que no te parece bonita.

—Lo es, sin duda. ¡Pero déjate de esas cosas! Ahora sí, dime: ¿qué era lo que tenías que buscar con tanta urgencia?

—Primero que nada, una botella de vodka. ¿Acaso te diste cuenta de que ya no quedaba?

—¿Y...? —insistió Illya.

—Ven —sugirió entusiasmado mientras cerraba la puerta. Tomó el paquete y comenzó a desnudarlo. Estaba cubierto por varias capas de tela, y le llevó al menos diez minutos

quitar todo el envoltorio. Sacó luego una gran corneta y una caja de madera fina con un extraño disco encima. Uno de sus bordes tenía una inscripción, aunque en un idioma incomprensible. Había también otras piezas metálicas, pero Andrey fue uniéndolas a la caja una a una, mostrando un conocimiento amplio en el tema. Recién a la hora se separó del aparato y se puso a la par de su compañero.

—¿Y bueno? —preguntó Illya extrañado—. ¿Qué hace?

—Lo más maravilloso del mundo. Siéntate, Illya, pero sirve antes dos copas de vodka. Lo amerita, créeme —afirmó el veterano. Tomó luego de un paquete más pequeño pero ancho una serie de sobres finos de los que sacó más discos, aunque estos eran de un color más intenso. Iba a ponerlos sobre el plato que iba unido a la caja, pero antes se acordó de algo.

—¡Claro! Para este momento la guardaba —se recordó. Se dirigió a un pequeño mueble que estaba al lado de su cama y tomó una pequeña pipa tallada en madera de roble. Después procedió a prepararla, y cuando notó que Illya ya le esperaba con todo listo, la encendió.

—Estás a punto de conocer uno de los milagros de la modernidad —indicó al colocar uno de los discos más finos sobre el grueso, para luego descender un trozo de metal que había permanecido suspendido en el centro.

Illya no comprendía qué sucedía, y menos lo hizo cuando comenzó a sentir un suave sonido proveniente de la corneta. Andrey se sentó a su lado, y con una gran sonrisa tomó su copa de vodka a la vez que avivaba la llama de su pipa.

De pronto, el suave sonido tomó fuerza, e Illya entendió que no estaba escuchando una serie de ruidos amorfos y disonantes, sino una melodía perfecta y sutil. Pensó por un instante que aquello tenía algo de brujería, pero la tranquilidad en el rostro del veterano lo convenció de lo contrario. Debía de ser algo divino. Se asustó con una repentina explosión musical, aunque entendió, todavía sobresaltado, que era parte de la pieza.

—No salgas corriendo —bromeó Andrey—. Es así como debería sonar. Mussorgsky siempre fue muy dramático.

—Había leído de él, pero jamás escuchado una de sus composiciones.²⁷

—Acostúmbrate. Tengo varias. Kórsakov, Dargomizhski, Tchaikovski, y hasta de algunos extranjeros como Chopin.

—Chopin fue polaco, por lo tanto, ruso.

—No, Illya. Rusia conquistó Polonia, y eso la hace un territorio del imperio, pero eso no

27 El gramófono fue patentado por Emile Berliner en 1887. Desde ese momento, su difusión fue asombrosa.

significa que sean rusos. Pregúntales, si algún día visitas Polonia, cuáles son sus sentimientos para con Rusia. No recibirás aplausos, eso es seguro.

—Creí que eras un ferviente amante de la madre patria —insinuó Illya complacido por la polémica que estaba surgiendo.

—Lo soy —afirmó Andrey a la vez que se llevaba la pipa a la boca. Después de avivar la llama abrió la boca y soltó una densa bola de humo que surcó el aire hasta disolverse con la madera del techo.— Precisamente, de nuestra madre patria. De nuestra cultura, nuestras raíces y nuestras costumbres. Polonia tiene las suyas propias. Es peligroso, según mi entender, aplastar el alma de un pueblo tan intensamente rico. No nos sirve, y nos traerá problemas en algún momento, créeme.

—Sucede que nuestra cultura es en parte fruto del dominio de tantos pueblos, y del papel de guía que tiene el pueblo ruso sobre el resto de los eslavos —argumentó, convencido de que estaba planteando una controversia en las ideas de Andrey.

—Nuestro espíritu tiene siglos de vida y el imperio, unos cuantos siglos. Me atrevo a decir, Illya, que el pueblo ruso no se ha beneficiado mucho de la expansión de la que hablas. Sí creo que tenemos la misión de unir a los eslavos, pero siempre y cuando ellos así lo deseen. Si no, nuestro noble propósito se convierte en tiranía.

El sonido del aparato descendió bruscamente para dar paso a una melodía suave y lenta, aprovechada para beber un poco de sus copas antes de continuar.

—Comprendo, pero aun algunas situaciones desagradables pueden, en el largo plazo, resultar beneficiosas para quien sufrió el ínterin. ¿En eso estás de acuerdo?

—Sí, pero a la vez caes en un error.

—Explícame —desafió Illya.

—Partes del concepto de que lo que tú crees que será beneficioso realmente lo será. Además, quien debe sufrir ese tiempo es quien debe tomar la decisión de hacerlo. ¿No crees?

No tuvo opción que reconocer que Andrey le había ganado. Siempre se lo tomaba como un juego, aunque en general era el militar quien tenía la última palabra. No le causaba vergüenza. A decir verdad, era entretenido para ambos.

—Creo que es momento de hacer honor a Chopin —sugirió Andrey—. Escuchemos la segunda de sus nocturnas. No podrás olvidarla jamás.

—Mira eso, Illya. Es la línea del progreso, el avance del desarrollo.

Hasta donde alcanzaba la vista podía distinguirse el brazo de hierro que avanzaba hacia ellos lentamente, exhalando un repique de golpes metálicos que seguirían por horas hasta que no hubiese luz natural.

Illya estaba encantado por tal espectáculo, pero sobre todo por lo que significaba. Siempre había pensado que, si bien se sentía instruido gracias a la cantidad de libros que había leído, era, en experiencia, un ignorante hecho y derecho. La culpa de ello era el aislamiento de Bui y su falta de dinero para emprender viajes que le permitirían abrir su imaginación. Intuía que sus lecturas carecían a veces de sentido por el simple hecho de no poder figurar cómo sería tal o cual lugar, ni qué ambientes se creaban realmente. Quizás lo que había armado en su mente era una patraña inocente, y un poco le aterraba que fuese así.

Ahora todo cambiaría. Corrían rumores de que el verdadero motivo por el que el ferrocarril pasaría por Bui era un arreglo extraño entre el noble Baranov y la compañía ferroviaria. De todos modos, debía pasar por la región, pero había otras opciones más lógicas que su ciudad. Eso ya no importaba, la extensa vía los uniría al mundo y era para él más que suficiente. Lo primero que hizo al enterarse fue averiguar qué ciudades conectaría, y quedó fascinado ante la confirmación de que San Petersburgo estaba incluido en la lista. De hecho, allí comenzaba el recorrido, o acababa, según como lo viera cada uno. En el otro extremo estaba Vyatka²⁸, aunque no le interesaba tanto esa dirección.

—Será una oportunidad excelente para los jóvenes de la ciudad —aseguró Andrey.

—Veo a Misha entre los trabajadores. Se ve que han tomado a hombres del lugar, y seguramente se les está pagando bien —supuso, a la vez que pensaba lo que haría con un dinero extra.

—No solo por eso. Por esa vía vendrá conocimiento, cultura, comercio y, de seguro, mucha más gente. Recuerda cómo se ve Bui ahora. Podrá cambiar en poco tiempo.

Illya imaginó la iglesia de la Anunciación abarrotada de gente, edificios de piedra de dos o más pisos de alto. Carruajes, quizás. ¿Un teatro? Podía beneficiarse personalmente del asunto, pero sabía que necesitaba para ello algo de dinero.

—Hablaré con Misha. Quizás sea una oportunidad para mí.

Andrey asintió y le dio una palmada en el hombro, aunque se quedó en su lugar para seguir observando el pausado trabajo de los constructores.

Si bien no hacía calor, la humedad en el ambiente era inusualmente intensa ese día, y su

hermano tuvo que arrojarse agua en el rostro justo cuando él se le acercó.

—¿Cuánto llevas trabajando en las vías?

Misha se sorprendió al sentir que le hablaban, y con sus manos se quitó las gotas de los ojos para reconocer a su interlocutor.

—Dos semanas —indicó tras reconocerlo—. Papá fue el primero, pero poco después me tomaron a mí. No les importa mi edad.

—¿Y los cultivos?

—Los cuidan mamá y Alina. El trabajo de siembra ya está hecho. Lo hicimos los dos solos —agregó a modo de reproche.

—Yo me ofrecí a ayudar por las tardes.

—Lo sé, lo sé —respondió Misha volviendo a su repetitivo ejercicio. Era evidente que había capataces nada comprensivos dando vueltas.

—¿Con quién puedo hablar para que me dé un lugar? —preguntó Illya tras entender la reacción de su hermano.

—Con él —señaló. Un joven de su misma edad caminaba en la dirección opuesta luciendo un gorro gastado y una vara en la mano.— Su nombre es Serguei Riybakov. No es un mal jefe. Solo algo exigente. Dile que eres mi hermano.

Misha no se detuvo un instante más, e Illya se alejó en dirección al joven capataz. En medio del camino distinguió a su padre, quien acarreaba con diez hombres más una de las pesadas vigas que hacían de arterias del sistema. Solo por un instante cruzaron la mirada, pero Piotr lo ignoró por completo.

Desde su enfrentamiento habían pasado casi dos años, y sin embargo no se habían vuelto a hablar. Sí se habían visto; en un pueblo como Bui eso era inevitable. Las pascuas, Navidad o Iván Kupala eran festejos que vinculaban a cada habitante del lugar, y más de una vez habían acabado frente a frente. Pero Piotr hacía como si no lo hubiera notado y seguía su camino. Al menos Oksana le regalaba siempre una sonrisa, aclarándole así que ella sí lo extrañaba.

Riybakov estaba justo remarcando algo mal hecho a un obrero cuando llegó. No alcanzó a interrumpirlo, sino que fue el mismo capataz quien dio media vuelta al advertir su presencia. Tenía ojos muy expresivos, los de un hombre inteligente y astuto, aunque la musculatura de sus brazos y las manchas de aceite revelaban un origen humilde, con la ignorancia que eso presuponía en su país.

—¿Tú quién eres?

—Illya Petrov. Mi padre y mi hermano trabajan aquí.

—¿Tu hermano quién es?

—Mijaíl Petrov. Es aquel que está allí —señaló.

—¡Misha! Por supuesto que conozco a Misha. No conozco muchacho más gracioso. Y conozco muchos, ¿sabes?

Illya sonrió sin decidir su respuesta.

—¿Qué necesitas? —preguntó Riybakov recuperando su seriedad—. Tengo mucho que hacer.

—Necesito trabajo, y quería preguntarle si usted podría...

—Comienzas mañana —decretó.

—¿Mañana? —preguntó Illya sorprendido—. Es que quería antes consultarle algo. Por las mañanas podría decirse que manejo un negocio. Quería preguntarle si...

—Solo de tarde, entonces. Se paga por hora. Tenemos que completar esta etapa en un mes. Si trabajas duro puedes acompañarnos en los siguientes tramos. Antes del próximo invierno en Vyatka, ese es el objetivo.

—Muy bien.

Riybakov le dio la espalda, dándole la oportunidad de alejarse para contarle a Andrey, pero este ya no estaba.

Aprovechó una pila de vigas que parecía que no serían usadas pronto para sentarse y ver el lento avance del progreso. Sintió de pronto un cosquilleo en la panza. Estaba entusiasmado.

¿Qué es lo primero que haré con el dinero?, se preguntó deteniéndose en las posibilidades por un largo rato, hasta que encontró la respuesta perfecta.

Un pasaje a San Petersburgo. Eso es.

* * *

Esperó toda la mañana a que llegara el momento de ir a trabajar a las vías. Estaba realmente ansioso por aprender el oficio y comenzar a hacer realidad su próximo objetivo. No pensaba dejar las lecciones, pero una pequeña estadía en la gran capital sería una experiencia asombrosa. Abriría su mente, ampliaría su imaginación y quizás le ofrecería oportunidades inimaginables en Bui.

Tatiana notó que la mente de su profesor estaba en otro lado, y al partir se mostró algo molesta. Al principio Illya pensó que era un simple capricho de niña, pero luego consideró el hecho de que la muchacha seguramente llevaba días esperando fuera hora de tomar sus lecciones para verle, y se sintió algo culpable. No estaba enamorado de ella; no era Larisa. Además, era improbable que Tatiana pudiese alguna vez mantener una conversación

profunda o polémica, ni entender sus anhelos y ambiciones. Aunque, por otro lado, él no dejaba de ser un maestro pobre, hijo de campesinos, sin experiencia real del mundo moderno ni una carrera prominente. Tal vez pecaba de soberbio, pensó, al denegarle la posibilidad a su tímida alumna.

Al salir de la isba en dirección a las obras volvió a ocupar su cabeza con las posibilidades que el ferrocarril podría darle. Caminó con cierta nostalgia por la vía que había creado junto a sus hermanos para unir la isba de Andrey y Bui. Recordaba, como si de unas semanas antes se tratara, las veces que la había recorrido con Katya y Misha.

Todavía podía verlos a su lado. Misha intentando entretenerse con cualquier cosa y Katya caminando unos pasos delante, con la mirada firme hacia el frente. Allí, en el cruel silencio de ese mediodía en el bosque, comprendió que estaba realmente solo y que aquellos momentos no volverían jamás.

Podía lamentarse eternamente del pasado, incapaz de volver a vivirse, o entender que la mejor manera de no sufrir de tal melancolía en el futuro era realmente apreciar cada instante del presente, para así acallar la conciencia con la seguridad del tiempo bien aprovechado.

—Cuando dé las próximas lecciones —se prometió— las daré como si mi vida dependiese de ellas. Tatiana sentirá que una avalancha le pasó por encima.

Llegó a la vía que rodeaba Bui y que enmarcaba a su vez el bosque, pero en vez de adentrarse en la ciudad, siguió su circunferencia hasta que llegó al río, y tras cruzar el puente se dirigió hacia el norte, donde encontró otros hombres con su mismo propósito. Claro que la mayoría de los trabajadores se habían incorporado bien temprano por la mañana. Era inusual que aceptaran trabajadores de medio turno, pero que así lo hicieran era señal de la prisa que tenían los capataces de completar sus tareas.

Finalmente, escuchó el ruido metálico y seco de las obras. No sabía bien qué hacer, pero siguió a los demás, y sin siquiera recordar cómo, ya estaba acarreado con otros cinco hombres unas carretas sobrecargadas con piedras que harían de lecho para ese río artificial que eran las vías. Al principio tuvo temor de cansarse demasiado rápido y quedar en evidencia ante sus compañeros y Riybakov, pero con el pasar de las horas no notó cansancio alguno. Tantos años de trabajo arduo en el campo habían hecho mella en él, y ni el dolor en el brazo era suficiente para detener su tenacidad.

Se alegró de caber en aquel mundo. Ahora comprendió por qué contrataban campesinos, aunque tuviesen algún impedimento. Eran bueyes de trabajo perfectos, constantes, acostumbrados al sacrificio y a la inclemencia del clima. Las empresas solo necesitaban algunos hombres experimentados provenientes de las ciudades para organizar

el trabajo. El resto podía hacerlo cualquier ser humano con fuerza suficiente, siguiendo unas tareas simples y repetitivas.

Dos veces pasó junto a su padre, pero no se dirigieron la palabra. Misha, en cambio, le sonrió en varias oportunidades, y hasta bromeó sobre alguna nimiedad cada vez que lo tuvo suficientemente cerca.

El día fue más que productivo, y los días siguientes repitió el trabajo con el mismo esmero, pero con los músculos más fortalecidos y una experiencia en ascenso. No pasó mucho tiempo en llamar la atención de Riybakov, al punto que este fue dándole tareas que implicaban más responsabilidad o actividades no tan agotadoras como supervisar a los demás cuando debía alejarse un instante.

A veces, cuando comenzaba a anochecer y los obreros abandonaban sus tareas para volver a sus casas, el capataz e Illya se sentaban exhaustos sobre algún montículo de rocas y conversaban sobre tal o cual aspecto de la construcción. Las obras avanzaban a un ritmo impresionante y Riybakov estaba entusiasmado al saber que cumpliría con creces su objetivo. Eso le traería posibilidades en el futuro, o eso presuponía. Illya, en cambio, no comprendía mucho de los aspectos técnicos de la construcción, pero poseía una capacidad para interpretar situaciones o problemas muy efectiva, y más de un aspecto se había agilizado gracias a sus ideas. Quien ganaba mérito era en realidad su capataz, pero era buen negocio para ambos. Además, Illya estaba complacido por reconocerse esencial en algo.

Andrey notó ese entusiasmo y consiguió de sus contactos varios libros y artículos relacionados a la construcción de ferrocarriles que podían serle de ayuda. De algún modo, él mismo se contagió de ese interés y hasta comenzó a trabajar en un modelo a escala construido con madera de abedul.

Una tarde, aprovechando que los trabajadores volvían antes a sus hogares ante la proximidad de una tormenta, Illya sacó de su saco una pequeña pipa que le había regalado Andrey, y apoyando el hombro en un roble observó pensativo los cuatrocientos nuevos *sazhen* alcanzados ese día.

—¿No vuelves a tu casa? —preguntó Riybakov mientras se sacudía el polvo de su chaqueta.

—Me gusta caminar bajo la lluvia. Cuando caiga, me marchó.

El capataz asintió reconociendo el capricho de su subordinado, y se apoyó en el otro lado del árbol.

—Hemos progresado mucho esta semana.

—Si implementan el sistema de premios, se avanzará más —advirtió Illya—. He leído

que en los Estados Unidos se estableció esa estrategia y que ha dado resultados más que satisfactorios.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó Riybakov con el ceño fruncido—. Llevo diez años en este negocio, la mitad de mi vida, y tú en unas semanas parece tener más idea que mis colegas.

—Leo mucho —reconoció Illya.

—¿Lees? Explícame cómo un simple campesino de una pequeña ciudad sabe leer.

—Es una larga historia. La vida me puso en el camino a un maestro que se empeñó en que aprendiera.

—Suerte la tuya. En mi profesión, aunque no lo parezca, saber leer y escribir es una herramienta fundamental, al menos para ascender. Me crié en las calles de la ciudad, por lo que de niño mi preocupación era comer y sobrevivir el invierno, no asistir a clases, aunque de igual modo no hubiera podido pagarlas. Recuerdo que un viejo sacerdote intentó hacerme ingresar a mí y a otros niños huérfanos a una escuela de la iglesia, pero ese pobre hombre tenía menos alimento incluso que nosotros, por lo que nadie terminó asistiendo. Y así crecí sin la posibilidad real de darme el lujo de aprender nada más que lo que la calle me ofrecía.

—Eso tiene solución —afirmó Illya.

—No iré a una escuela a mi edad —indicó Riybakov—. No tengo el tiempo, además.

—No irás a la escuela. La escuela vendrá a ti.

—¿A qué te refieres?

—¿Deseas realmente aprender a leer y escribir? ¿Estás dispuesto a hacer un esfuerzo adicional para mejorar tu posición?

—Sí, pero no puedo. No tengo tiempo ni...

—Yo te enseñaré —interrumpió—. No vengo por las mañanas porque dirijo una pequeña escuela. Si quieres, por las tardes, cuando los trabajadores se vayan, te daré lecciones privadas para enseñarte.

—Pero, Illya, si continuamos a este ritmo, en un mes a lo sumo nos iremos de aquí, y por lo que me has dicho no deseas continuar en dirección al este.

—Pues no hay tiempo que perder. Mañana comenzamos.

* * *

—¿Tienes sueño?

—Anoche dormí muy mal —explicó Illya. En realidad, había dormido de corrido, pero poco. Las clases que impartía a Riybakov solían acabar tarde, y dos semanas seguidas de intensas lecciones ya le pesaban en el cuerpo.

—Pobrecillo —dijo Tatiana. Imagino lo difícil que debe ser trabajar todo el día. Es un gran sacrificio, el que haces por nosotros, ¿sabes?

Illya sonrió, y sin darse cuenta le acarició suavemente los hombros para agradecer su comentario. Tatiana se sonrojó y él mismo acabó rojo de la vergüenza.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado.

—No me molesta —reconoció la muchacha sin levantar el rostro.

La clase continuó sin más palabras entre ambos; aunque miradas, esas sí sobraron. De hecho, Illya las buscó. Quizás fuese su nueva confianza, fruto de su labor en las vías, tal vez la seguridad de que sería correspondido, o también era posible que fuese su soledad, pero el punto es que de a poco dejaba que aquel revoloteo entre los dos se diera con libertad.

—Debes esforzarte al trazar los números —señaló Andrey a otro alumno—. No se entienden. ¡Imagina si tuvieses que usar la numeración cirílica!

—¿Qué es eso? —preguntó Marisha.

—Es el sistema de números que usábamos en el pasado. De hecho, proviene de nuestro propio alfabeto, aunque debo reconocer que nuestro sistema actual es más simple. ¡Un gran logro de Pedro el grande!

—¿Y de dónde viene el actual? —insistió la pequeña.

—Pues su origen... La verdad, no sé. Sí puedo decirte que llegó a Europa, a España más específicamente, gracias a los árabes. De hecho, se les llama números arábigos.²⁹

—Qué gracioso nombre. ¡Abárigos!

—Arábigos —corrigió Illya. ¿Acaso no sabéis quiénes son los árabes? —indagó aun sabiendo de antemano la respuesta.

—Pues no. ¿No ves que soy una simple niña del campo? —respondió con sarcasmo.

—Les contaré entonces una historia de ese misterioso pueblo. —Illya solía colar en las lecciones cuentos que a él mismo le habían fascinado, y que sabía que les llamarían la atención. Esperó a que todos dejaran sus actividades y que lo observaran, aunque en realidad quería especialmente que Tatiana se fijara en él.— Los árabes provienen de una tierra muy lejana a la nuestra, cubierta de arena y sol. ¿Podéis imaginaros un día caluroso de verano? Bien, pues ese sería uno de sus días de invierno, solo que seco. Los rayos solares invaden toda la tierra y se cuelan en las casas y en la ropa, tanto, que en su país casi no hay

29 Si bien en general se cree esto, el verdadero padre del álgebra como la conocemos fue Diofanto de Alejandría.

vegetación, salvo en pequeñas lagunas que brotan en medio de la nada. Allí viven, protegidos por árboles finos que los protegen algunas horas de la inclemencia del cielo. Como no pueden cultivar demasiados alimentos, se dedican fundamentalmente al comercio, y para ello utilizan a los camellos como bestias de carga. ¿Habéis visto un camello? Claro que no, yo tampoco. Son animales grandes, más altos que un caballo, y con dos protuberancias enormes en sus lomos, donde guardan grasas suficientes para aguantar durante días sin alimentarse ni beber agua. Ahora, se preguntarán, ¿cómo hacen esos hombres para sobrevivir al sol? Daos la vuelta y mirad a Andrey.

Los alumnos obedecieron y se sorprendieron al ver al veterano cubierto casi por completo por una sábana. Solo sus ojos tenían contacto con el exterior, dándole un aspecto intimidante. Incluso Marisha se asustó un poco, hasta que reconoció que dentro estaba su maestro.

—Es un pueblo que ha logrado expandirse por gran parte del mundo —prosiguió Illya—, incluso hasta Europa, donde tuvieron su propio reino en el sur de España. Es allí donde ocurre la historia que les quiero contar.

»En ese reino existía un anciano rey llamado Aben Habuz. Durante toda su vida había sido un valiente guerrero, lo que le había permitido acumular grandiosas riquezas, pero con su vejez comenzó a interesarse por otras cosas.

»Un buen día llegó, procedente de Egipto, en ese entonces gobernado por los árabes, un mago llamado Ibrahim. Era un hombre sumamente sabio, sobre todo porque le había sido otorgado el libro de la sabiduría, el mismo que Dios le dio a Adán antes de echarlo del paraíso.

»El mago se ofreció a crear un invento con el cual podía conocerse cuándo iban a atacar los enemigos, y así creó un curioso tablero de ajedrez donde se encontraba un jinete con una lanza. Al principio el rey pensó que se trataba de una broma, cuando de repente el jinete apuntó a un sitio. El mago explicó que eso significaba que se acercaba un ejército por allí, y entonces en el tablero aparecieron unas figuras representando al enemigo.

»El mago le aconsejó al rey que derribase las figuras, y entonces podría eliminar al ejército enemigo. Como recompensa, Ibrahim pidió que se le diesen todo tipo de lujos, tantos, que llegó a gastar la mitad de la fortuna del rey. Pero Aben Habuz siguió disfrutando el juego del ajedrez, ya que así exterminaba a sus adversarios.

»Hasta que un día el jinete del ajedrez apuntó a un punto del reino donde no apareció ningún enemigo. Por las dudas mandó a su ejército, pero en vez de un rival encontraron a una dulce cristiana con una lira de plata.

»Ibrahim la quiso para él, pero Aben Habuz también, pues era una muchacha muy bella.

Ella, sin embargo, no quería estar con ninguno, pero prefirió quedarse con Aben Habuz.

»El rey empezó a gastar todos los tesoros que le quedaban para complacerla, pero cuando la quería... —miró a Marisha y decidió suavizar el relato— amar la cristiana tocaba su lira y él se dormía dulcemente.

»Sus súbditos se cansaron de que las riquezas se perdieran por tal capricho, y aunque Aben Habuz pudo calmarlos, pidió al mago que hiciese algo para evitar que cayera en el mismo error, pues quería vivir en tranquilidad con la joven.

»Ibrahim le propuso construir para él un paraíso que no fuese visible desde fuera y en el que no se pudiese entrar, a menos que lo aceptara el que viviera allí. Por supuesto que el anciano rey aceptó. Tres días después, Ibrahim le presentó la entrada, que estaba decorada por una mano y una llave.

»A cambio, Aben Habuz prometió que le entregaría el primer animal y la carga que entrara por esa puerta. Pero cuando el rey y su rehén fueron a ver la construcción, el corcel de la joven echó a andar sin orden alguna y cruzó la puerta. Ibrahim dijo que la cristiana le pertenecía, pero Aben Habuz, sintiéndose engañado, se negó. De todos modos, Ibrahim entró rápidamente con su caballo y cerró la puerta.

»Se dice que desde entonces todo el que se queda un momento delante de esa puerta oye la lira de la cristiana y se adormece como el rey moro.³⁰

Los alumnos se miraron desconcertados por el misterioso final. No podían creer que algo así pudiese suceder, e Illya decidió no aclarar el factor irreal del cuento. Así era mejor, más atrapante.

—¿Cómo conoces esas historias? —preguntó intrigado un muchacho que asistía hacía poco.

Illya tomó un libro de la mesa y lo levantó.

—Porque leo. Y si ustedes lo hacen también con asiduidad y verdadero interés, quedarán encantados con la cantidad de relatos que hay para leer. Nosotros mismos tenemos aquí muchos, pero el mundo está lleno de historias como estas. ¿Veis ahora lo importante que es aprender a leer y escribir?

—¿Y pueden conocerse esos lugares? —preguntó Tatiana.

—Claro que sí, aunque debo admitir que no es fácil. Pero mirad, con el ferrocarril todo será más simple. El mundo entero se está conectando gracias a sus vías.

—¿Es allí donde trabajas por las tardes? —interpeló Marisha.

—Así es. Construimos las vías que unirán Bui con el mundo —afirmó orgulloso.

30 Adaptación de *La leyenda del astrólogo árabe*, de Washington Irving.

Andrey consideró que el descanso había sido suficiente y los puso a todos nuevamente a trabajar.

Aunque una persona ya no pudo concentrarse más. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el hombre que más admiraba en el mundo. No solo era generoso e inteligente, sino que además era parte del futuro, una pieza esencial de él. Con vergüenza, notó que Illya le devolvía la sonrisa que no lograba borrar de su rostro al verle.

* * *

La ceremonia de ese domingo era especial. En primer lugar, porque su padre finalmente bajó la guardia y lo saludó antes de entrar, pero, sobre todo, porque vio a Yegor por primera vez desde su regreso. No había cambiado mucho; su frente había ganado espacio y la coronilla revelaba espacios en blanco, pero, fuera de eso, era el mismo muchacho de la mirada seria y preocupada.

Su nariz se embriagó del olor a incienso que flotaba en el aire, interrumpiendo el destellar de los cirios. Si bien Illya no era particularmente devoto, reconocía la fascinación que le producía el misticismo religioso. Ese aroma, esas imágenes, un silencio sepulcral, pero a la vez acogedor, la palabra grave y resonante del sacerdote. Era, en conjunto, un espectáculo que le hacía erizar la piel.

Recordó en ese instante una discusión que había sostenido con Andrey, y que en esas circunstancias tomaba un color distinto.

—Según Marx —citó en aquella oportunidad el soldado—, la religión es el opio del pueblo. Tengo realmente mis dudas, pero fíjate, Illya, ¿no soportan los pobres y desposeídos mil injusticias con el consuelo de la recompensa en el paraíso? ¿Acaso los nobles no justifican su poder en un derecho derivado, de alguna manera, de la voluntad divina? ¿Y no es la Iglesia la que le dice al pueblo que debe someterse a dicho orden de las cosas?

La conversación había durado horas, ya que Illya tenía conocimiento de muchos casos en que la misma Iglesia había defendido a los siervos contra la injusticia de sus amos. Si la misma Biblia, recordó, condenaba rotundamente el dominio del hombre sobre los hombres. Pero algo no podía refutar.

—Sea como sea —había concluido Andrey—, la Iglesia ortodoxa sostiene y defiende un sistema en el que unos salen beneficiados y otros, perjudicados. No digo que Marx tenga la razón, solo que tiene sentido adherir a su idea.

Illya miró disimuladamente a los fieles que tenía a su alrededor. Sabía que todos tenían una vida marcada por el sufrimiento y el dolor, sin embargo, allí estaban, sumidos en un respetuoso silencio y listos para aceptar cualquier cosa que les dijese el padre Grigoriy. Era algo difícil de comprender, sobre todo porque el mismo fervor que los hacía aceptar las injusticias como dictadas desde el cielo era lo que les permitía sobreponerse y continuar con sus vidas. De alguna manera, podía ser el mal y el bien para el pobre, aunque sin distinguir cuál tenía más peso. Notó en ese momento que Tatiana también estaba distraída, aunque en él.

Al salir de la iglesia decidió acercarse a ella para poder hablar con sus padres, pero estos ya le esperaban sin disimular sus sonrisas. Al parecer, Tatiana ya lo tenía todo decidido. Contrario a lo que originalmente pensaba, no fue un momento incómodo. Llegó a imaginar que sus padres se opondrían, ya que era un muchacho parcialmente lisiado y con porciones de comida como ingreso, pero sucedió todo lo contrario. Tiempo después comprendió que era fruto de la perspicacia de su alumna. En vez de un maestro pobre, fue vendido como un constructor inteligente y con un futuro brillante. Oksana hizo a su vez su parte, convenciendo a la madre de tener un hijo cariñoso y atento. Para una joven pobre como Tatiana, Illya terminó siendo un excelente partido.

Se despidieron con la promesa de que les visitaría pronto para cenar en su isba, y luego caminó solo hasta el linde del pueblo, donde se internaría en el mar de abedules hasta llegar a su casa. Pero antes de dejar el pueblo atrás notó que alguien le esperaba en el lugar exacto donde solía comenzar su recorrido.

—¡Misha! ¿Sucedó algo?

—Mamá quiere que hoy comas con nosotros, y papá ha aceptado. Se ve que la llegada de Yegor ha calmado su ánimo.

Sintió un poco de nervios al pensar que estaría en la misma mesa con Piotr, pero terminó aceptando. No podía negarse a su madre.

Sorpresivamente, lo recibieron como si nada hubiese pasado. Piotr, serio en su semblante, pero nada fuera de lo común, Yegor con algo de indiferencia y las mujeres de la casa con una alegría mal controlada. Faltaba Katya, y se notaba. Desde hacía meses que no volvía de visita desde Kostromá, pero allí era feliz, y nadie se lo reprochaba.

El olor a *svekolnik*³¹ era intenso y le hizo recordar todo lo que Alina era capaz de hacer. Para su suerte, Yegor y su padre conversaron por su cuenta, lo que le dejó vía libre para ponerse al día con los demás.

31 Sopa fría de pescado.

Las cosas no habían cambiado mucho. Misha ahora significaba un ingreso nuevo para la familia, y claramente su propia ausencia implicaba una boca menos que alimentar. En general, las cosas parecían tranquilas en la familia Petrov.

—¿Cómo van las obras del ferrocarril? —preguntó Piotr. Desde hacía una semana que no asistía al trabajo. Su espalda se resentía cada vez más y no podría levantar la cosecha si se forzaba demasiado.

—Dentro de poco acabaremos —explicó Misha—. Aunque hay varios hombres que irán junto con la compañía a construir el siguiente tramo. Se ve que causamos impresión en los dueños.

—Tú no irás, imagino. Si todavía eres prácticamente un niño —indagó Oksana, visiblemente preocupada por la posible ida de otro hijo.

—Creo que sí, si me dejáis. La paga es buena, y si todo sale bien volvería justo antes de comenzar los trabajos del campo.

—¿Y tú? —preguntó Piotr, quien, sorprendentemente, se dirigía a Illya.

—Yo... pues no lo sé. Tengo la escuela, y, además, si debo irme, mi intención es hacerlo hacia el oeste, quizás a la capital.

—Es una decisión sensata —afirmó su padre—. Aquí no hay futuro.

—Eso no es cierto —respondió Oksana.

—¡Es cierto, mujer! ¿O quieres que tus hijos vivan las mismas penurias que nosotros?

—Al menos aquí está su familia.

—Sí, bueno... solo eso.

—Yo opino que debe quedarse —dijo Yegor rompiendo su silencio—. Las ciudades solo contagian a los campesinos con sus vicios y malos hábitos. Es aquí donde puede crecer como un buen cristiano.

—Qué bueno que sea una decisión mía —replicó Illya para marcarle a su hermano que ya no era el crío del pasado, y, sorprendentemente, Yegor no respondió. Nadie lo hizo, de hecho.

No habían acabado aún de comer cuando la puerta sonó con un ruido seco y repetido. Nadie interrumpía la hora del almuerzo en un domingo, por lo que todos se levantaron para indagar la causa.

Notaron con sorpresa que quienes aguardaban del otro lado eran tres soldados, y Piotr abrió sin más la puerta.

—Buenos días —saludó por cortesía el del medio. Por su gorra supusieron que era el que mandaba.— ¿Es acaso esta la isba de Piotr Mijáilovich?

—Así es —respondió Piotr—. ¿Qué queréis? —preguntó con cierto malestar en su tono.

El *unter-ofütser*³² le entregó una carta y se marchó sin decir más.

—¿Qué diablos es esto, Yegor?

—No lo sé. Puede ser una carta entregada demasiado tarde, por lo que a mí respecta.

—Tú —señaló a Illya—, léela.

Oksana comenzó a llorar sin esperar siquiera a que la abriera, suponiendo como siempre que eran malas noticias.

Se trataba de un mensaje corto, un simple comunicado, pero con una importancia trascendental.

—Es una carta de reclutamiento.

Se quedaron en silencio un instante, intentando descifrar el alcance de la misma, hasta que Yegor comenzó a reír exageradamente.

—¿Qué te sucede? —preguntó Oksana, molesta por la reacción de su hijo.

—¿Es que acaso no lo entiendes? Es para él. Debe ir a cumplir su servicio militar.

Illya releyó la carta para confirmar tal afirmación.

—Aquí no dice mi nombre.

—Pero se trata de ti, estúpido. Yo ya fui al ejército, y Misha es muy joven. Así son los reclutamientos. No les importa de quién se trate, siempre y cuando cada familia aporte un hombre.

—Debe de ser un error —aseguró Oksana—. Illya aún no tiene veinte años.

—Eso solo lo sabemos nosotros —reconoció Piotr—. ¿Hay acaso algún documento que lo pruebe?

Illya sintió cómo el peso de la noticia recaía en sus hombros, y percibió un leve mareo. ¿Soldado? Admitía que había pensado en esa posibilidad, pero con su brazo dañado siempre imaginó que era imposible.

—¿Querías ir al oeste? —preguntó jocosamente Yegor—. Pues ve. ¡Diviértete!

—¡Calla! —Era la primera vez que veían a Piotr retando a su hijo mayor.— Illya, debes ir. No puedes traer deshonra a esta familia.

Tuvieron que aguardar varios segundos antes de que respondiera.

—Lo sé.

—¿Dice qué día debes irte? —preguntó Alina.

—En una semana. Lo siento —dijo levantándose—, debo contárselo a Andrey.

—¿Qué le dirás a Tatiana?

Recién allí comenzó a afligirse de verdad. Era la primera vez que se permitía querer a

alguien tras la ida de Larisa, y la vida, caprichosa, se le burlaba en la cara.

* * *

—¿En una semana? —exclamó Tatiana tomándose la cara—. No puedo creerlo, Illya, ¿de verdad?

Asintió sin agregar nada, y es que no había más que decir. Ya había dado vueltas al asunto una y otra vez, y no quedaba otro remedio que asumirlo. Habían decidido su vida por él desde un despacho. Su escuela, su trabajo en las vías, su relación con ella; colapsó con una simple firma.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo sé, Tatiana. No lo sé. Puede ser en seis años, o tal vez antes. Eso depende de muchas cosas, ¿sabes? De dónde me destinen, de si hay alguna guerra, o de si acabo antes por culpa de, o más bien gracias a, mi brazo.

—No es cierto. No puede estar pasando —exclamó la joven meneando el rostro—. Debe de haber una confusión.

—No hay confusión alguna, querida. Así funcionan las cosas.

—Pero, ¿nosotros?

—Todavía no hay un nosotros —argumentó Illya con mucho pesar—. Puedes olvidarte de mí, conocer a otro muchacho de la ciudad. Eres muy atractiva. Te sobrarán pretendientes, ya verás.

—Y tú eres un estúpido —respondió ofendida—. No quiero otro pretendiente, te quiero a ti. ¿Es que acaso no lo entiendes?

Nunca la había visto en ese estado. Por lo que él entendía, Tatiana era la muchacha más dulce del mundo. Había aún mucho que conocer de ella, aunque ahora estaba convencido de querer hacerlo.

—Entonces contaré los días para verte, si tú me esperas a mí.

—¿Dónde más puedo ir? —contestó Tatiana recuperando la sonrisa. Su repentino enojo desapareció en un instante, y, tras acercarse, apoyó su rostro en el hombro de Illya.

—No llores. —Las lágrimas en su pecho la delataban, haciéndolo sentir culpable.

—¿Cómo no hacerlo, si ya soñaba con nuestra boda y ahora nos separan?

—Eso sí que puedo solucionarlo —aseguró—. Si tú quieres, claro.

Tatiana levantó su rostro y lo miró a los ojos, primero con cierta confusión, y luego con ilusión.

—¿De veras? ¿Ahora?

—Si el padre Grigoriy lo permite...

—¡Illya! —exclamó borrando su tristeza en su santiamén. Se separó unos pasos y se quedó observándolo mientras sus manos cubrían su boca—. ¿No es en broma?

—No bromearía con esto. Te quiero y me quieres. ¿Qué más hace falta?

Tatiana saltó repentinamente hasta su cuerpo y lo abrazó con fuerza, dándole el espacio para que él la rodeara a su vez con los brazos.

—Vamos —animó alzándola hasta separarla del suelo—. Busquemos al sacerdote.

Corrieron como chiquillos hasta el centro del pueblo, y, para su suerte, el padre Grigoriy estaba reparando un reclinatorio en las afueras de la iglesia. Illya explicó sus intenciones en pocas palabras y, como si ya estuviera arreglado, encontró una respuesta afirmativa.

—Pero vuestras familias deben estar —puso el clérigo como única condición.

Eso no era problema. Tanto la familia de Tatiana como Oksana estaban complacidos con la pareja, y en menos de lo que canta un gallo ya habían organizado un sencillo festejo para cuatro días después, fecha dispuesta por el sacerdote para que fuera en simultáneo con la celebración de la ascensión de Cristo.

La espera se les hizo eterna, en especial a Illya, que estaba en medio de un torbellino de pensamientos de todo tipo. Intentó ponerle orden hablando una y otra vez con Andrey, pero era demasiado para procesar y muy poco tiempo, por lo que terminó dejándose llevar por los eventos.

Lamentablemente, Katya no podría asistir. El ferrocarril todavía no estaba habilitado, y un viaje en carruaje les llevaría más días de los que había. Él se tomó, sin embargo, la molestia de escribirle para que al menos se enterara de su decisión y de la jugarreta que le jugaba la vida.

Los preparativos hicieron que Tatiana se encerrara en su isba casi todo el tiempo. Lo que inició con la idea de una pequeña celebración terminó siendo una invitación a medio pueblo, obra de las madres de los pretendientes. Por ese motivo, las mujeres de ambas familias se vieron colapsadas de recetas que seguir y elaboraciones que preparar. Se harían al menos veinte postres distintos, y no faltó quien reclamó su preferido para agregar a la lista.

Finalmente, llegó el día. El sol apareció con timidez en la mañana, pero luego corrió con fuerza las nubes que le incomodaban y bañó con sus rayos los alrededores de la iglesia, calentando los rostros de quienes se habían quedado afuera por falta de espacio.

Tatiana estaba hermosa. Tenía el pelo recogido de tal modo que solo una trenza acababa un entramado que seguramente le había llevado horas de montaje. En su frente lucía una corona de flores que aún soltaban su perfume para quien estuviese cerca, y debajo, sus ojos,

sus pestañas, todo parecía finamente retocado para exaltar su belleza.

Recién al salir de la iglesia Illya pudo reconocer la suerte que tenía de estar unido a ella hasta el fin de sus días, aunque debieran esperar años para volver a verse. Es por eso por lo que no pudo aguantar a que los dejaran solos, y en medio de la celebración le propuso a Tatiana escaparse. Sabía dónde, lo había arreglado con Andrey.

Esos pocos días tendrían la isba que había construido al lado de la del militar para ellos solos, y no los acompañaría nadie más que el bosque y su amor. Llegaron cuando todavía no anochecía, e Illya decidió preparar un poco de té para agasajar a su esposa en lo que alguna vez sería su casa. Por primera vez desde su propuesta podían detenerse y hablar en paz.

Puso a calentar el agua y tomó unas finas hierbas que aromatizarían la infusión. Se preguntó si Tatiana tendría tal vez algo de hambre, pero cuando dio media vuelta para preguntarle quedó paralizado por la sorpresa.

Su esposa estaba desnuda. Había soltado su cabello y dejado que cayera hacia adelante, aunque no alcanzaba a cubrir sus senos, que apuntaban a su dirección firmes y sugerentes. La línea de su cadera era delicada y suave, y mostraba sin tapujos su vagina.

Illya sintió cómo su miembro se erguía, pero, en vez de sentir vergüenza, soltó su cinturón y dejó que sus pantalones cayeran para liberar su sexo. Pero se quedó quieto, aún sorprendido por la iniciativa de la que hace poco consideraba una infantil muchacha. Fue Tatiana quien se acercó, y tomándolo de los hombros lo dirigió hacia una pequeña silla de madera hasta hacerlo sentarse. Con sus manos le tapó los ojos, aunque él sintió cómo dos piernas lo envolvían y sus estómagos de pronto se rozaban. Luego, poco a poco, su miembro fue atrapado suavemente hasta estar completamente dentro del cuerpo de su amada, quien recién allí liberó su vista y le abrazó con dulzura.